



EL EXTREMO ORIENTE ⁽¹⁾

ESTUDIO DE LOS PAISES
DONDE HA TENIDO ORIGEN LA GUERRA DE FRANCIA CONTRA
EL CELESTE IMPERIO

(Conclusión)

IX

A VISTA DE PÁJARO

S IEMPRE que se nos habla de las comarcas orientales más directamente influídas y dominadas por China, se nos representan los tipos, las escenas y los trajes pintados en los abanicos llamados japoneses. Y nada es más verdad que lo que entonces suele decirnos la imaginación nuestra. El Oriente es la tierra clásica de la inmovilidad, de la reglamentación y del tradicionalismo, siendo los gobernantes y los gobernados, los hijos del pueblo y los mandarines de hoy, exactamente lo mismo que los de ayer fueron. La silla de mano ó el palanquín, el carruaje ó el sampán, los canales y los caminos, las viviendas y las pagodas, todas las cosas obedecen á reglas determinadas y tienen generalmente los mismos tipos ó modelos.

(1) Véase la pág. 438 del tomo LVII.

Los jardinitos de los poderosos, por ejemplo, adornados con construcciones rústicas, floreros de porcelana, árboles enanos, puertas abiertas á capricho y de irregular figura, todos tienen, sin embargo, una fisonomía idéntica ó parecida que se relaciona perfectamente con lo que en los dibujos de los abanicos vemos. Hasta en las costumbres se observan caracteres de una identidad que en ningún país es más constante. Automáticos parecen muchos actos de la vida, y esta circunstancia hace más interesante el estudio de lo que se practica.

La comida indígena que nos describe el Barón G. de Contenson puede perfectamente instruirnos de lo que en los convites de ciertas pretensiones pasa. Es curioso lo que el antiguo agregado militar nos dice.

El anfitrión espera á los convidados en la sala dispuesta, los recibe á medida que llegan con las inclinaciones y saludos de ritual, introduciéndolos en el comedor. El comedor se parece á todas las habitaciones de una casa; pero el techo y tres de los lados suelen estar cubiertos de papel con dibujos satinados sobre fondo mate. Una de las cuatro paredes de aquella sala es trasparente para dar luz á los que allí permanecen, estando dicha pared formada con un enrejado de caña ó de madera cubierto de papel claro. Dos ó tres peldaños dan por allí salida al jardín, y nunca faltan objetos de arte, dibujos y sentencias en hermosos caracteres negros ó dorados.

En medio aparece la mesa, cuyo tablero de encima gira á veces sobre un eje para poder dar vuelta á los manjares y servirse más cómodamente de ellos. Si los convidados no pasan de cuatro, la mesa suele ser cuadrada. En un ángulo están los dulces y las frutas para abrir el apetito, y sobre todo las imprescindibles granas de sandía que de tanto entretenimiento sirven en los banquetes de los indo chinos.

Cuando el anfitrión cree que ya se ha picoteado y mascullado bastante, ruega á la persona más distinguida que tome asiento en el puesto de honor, siempre el más apartado de la puerta. No accede á la súplica el invitado sin mucha resistencia; hay que rogarle de nuevo y volverle á rogar, hasta que, vencido en la porfía, se sienta por fin en el famoso sitio

que por singular ficción es el más honorífico, pues es el que más adentro está de la casa del que convida. El segundo lugar es el de la izquierda del primero, y el tercero el de la derecha. El dueño ocupa el último sitio, el más próximo á la puerta. La mesa no tiene mantel, pero está en cambio maqueada, y los asientos son taburetes cuadrados con almohadones. Cada convidado tiene delante uno ó dos platos de cinco á seis centímetros de diámetro, una taza de las de tomar café en Oriente, un par de palillos de marfil ó de ébano, en vez de tenedor y cuchara, y unos papelitos cuadrados de papel oscuro que sirven de servilleta y que se arrojan sucesivamente al suelo cuando ya están inservibles ó sucios.

Se ponen en la mesa, en primer lugar, platillos, peces secos, gelatina, tiernos retoños de bambú, pedacitos de carne seca ó con aceite, huevos conservados en cal, cuyo color negruzco sorprende un poco, pero que son muy buenos, al decir del Sr. de Contenson. En una comida de lujo se sirve hasta treinta y dos de esos platillos en compotas de porcelana, y luego de sesenta á ochenta platos diferentes, asados, carnes con salsas y potajes, y aun es costumbre preguntar á cada convidado si tiene algún plato predilecto, y denota mucha amabilidad el que cada convidado indique uno diferente, que es servido en el acto. No hay más lujo en Europa.

Al principio de la comida se obsequian unos á otros por deferencia; pero se pronuncia luego la palabra *Sui-pien* que tiene la virtud de dar á cada cual una libertad completa, y desde aquel momento todos atienden sólo á su propio plato.

La bebida consiste en una especie de aguardiente ó cerveza de arroz que se bebe caliente, muy apropiada en general á la cocina de aquellos países, bebida que mejora envejeciendo y con la que rocían abundantemente alones de tiburón, huevos revueltos, langostas, musgos marinos, costosos nidos de golondrina cortados en rajitas y nadando en caldo de pollo perfumado, así como gallinas, pichones, patos, carnero estofado y trozos de cerdo, ó bien el rico faisán y el pescado *Li-yu* que tanto gusta á los europeos. Sabido es que los orientales de la Indo-China no comen nunca buey ni terne-

ro, prohibiéndoles sus principios religiosos matar y comer animales útiles á la agricultura.

El vino de arroz produce su natural efecto; la conversación se anima, y empieza entonces el juego llamado *mora*, que es la diversión obligada, y consiste en acertar de pronto el número que forman los dedos de la mano simultáneamente extendidos por los jugadores. Sólo la afición de los napolitanos á este juego puede compararse con la de los annamitas. Los jugadores necesitan mucha precisión en los movimientos, y es de ver el entusiasmo con que los orientales se entregan á este ejercicio, teniendo su ancha manga recogida hasta el codo, variando de postura cada vez que lanzan la mano para engañarse mutuamente, gritando su número, cuya exactitud ó falsedad aprecian con una ojeada tan rápida como sorprendente, y haciendo el juego aún mucho más interesante que los italianos, pues en vez de anunciar simplemente el número como cinco, siete, ocho, etc., añaden alguna otra idea que á veces provoca la risa, diciendo cinco caballos, siete muchachas, ocho letrados y otras análogas ocurrencias. El que pierde queda castigado á beber una taza de vino de arroz, lo que suele hacer de buena gana, enseñando el fondo de la taza en prueba de que la ha apurado del todo. Cuando se ve que uno pierde demasiado y no tiene sed, le invitan por cortesía á seguir jugando, bebiendo otro en su lugar si pierde de nuevo.

Hasta ciertas mujeres y cantadoras de oficio tienen verdadera pasión por el juego de moda. Asisten algunas á los grandes banquetes, y los orientales, que jamás permiten en sus casas comer con ellos á sus esposas é hijas, admiten á veces en sus festines á muchachas de vida alegre cuya educación suele ser tan esmerada como la de las antiguas cortesanas por lo menos. En la época del florecimiento de la literatura china no era raro dar con algunas cantadoras que cultivasen con fruto las bellas letras.

Antes de retirarse los convidados, el dueño de la casa manda siempre servir el tradicional arroz. Hasta los que sólo han probado los más exquisitos productos de una cocina refinada, se aprovechan bien del arroz cocido, que es para

todos lo más excelente. Verdad es que tiene un blanco admirable, ni demasiado duro ni demasiado cocido, y forma la base del alimento de todas las clases, como el pan entre nosotros; sólo que, en vez de tomarse á pequeñas dosis durante toda la comida, lo guardan para comerlo junto después. Al levantarse de la mesa, se lavan todos la frente y el rostro, práctica excelente y de los mejores resultados después de una comida copiosa. Algunos tienen la perjudicialísima costumbre de fumar en seguida pipadas de opio, lo que les proporciona sueños encantadores á trueque de una muerte temprana ó de un embrutecimiento absoluto.

Respecto del fausto en el vestir, casi no se conoce en el Extremo Oriente, donde rarísimas veces se ven los espléndidos trajes de gala que corresponden á la dignidad de los altos funcionarios. El dragón bordado y el collar, insignias de los mandarines, no salen á relucir más que en las ocasiones muy solemnes, y aun entonces sin deseos de exhibirse. Los negociantes en grande escala y con fortuna se ven en la precisión de comprar algún título oficial para vivir libres de ciertas vejaciones, puesto que la riqueza no tiene allí privilegio alguno, y las personas opulentas procuran hacerse admitir, á fuerza de dinero, en la clase de los letrados, única que tiene ciertas preeminencias y ciertos derechos negados al común de las gentes. Pero estos mandarines, que bien pueden llamarse falsificados, nunca suelen vestir el traje de tales, si no es una vez en la vida para hacerse retratar y dejar póstuma memoria. De esta manera, prescindiendo del aparato en el acompañamiento, no sería posible distinguir á un Gobernador ó encopetado *Tao-tai* del más modesto de los letrados, ni al jefe de una casa de comercio que maneje millones, del último de sus dependientes. Todos visten casi de la misma manera, y desde el Soberano al más pobre de los *coolis*, todos gastan un gorro de la misma hechura, y hasta la forma del *ta-kua-ze* y del *siao-kua-ze*, sus principales prendas de vestir, la una con siete botones y con cinco la otra, está fijada de una manera constante por las leyes, no habiendo variado en doscientos años, desde la época en que la dinastía mongólica impuso á los chinos el gorro y el vestido tártaros

que llevan todavía. Sólo en porcelanas, dibujos ó retratos aparece el antiguo y rico traje nacional, y sólo las mujeres son en el Oriente amigas de adornos y de lujosas preseas, pendientes, brazaletes de oro, plata ó rico jade, agujas y dijes con piedras preciosas, y en la cabeza adornos de plumas, ni más ni menos que nuestras señoras las de Europa.

Una frivolidad menos existe, pues, en el Extremo Oriente. No se preocupan los hombres por la variabilidad de las modas, y juzgan cosa muy poco seria dedicar un tiempo precioso y nunca insignificante á cuestiones de *high-life* y de tocado.

*
* *

«Juzgando á los indígenas por sus costumbres, sus leyes, la forma de su Gobierno y en general por todo lo que entre ellos se observa—dicen los PP. jesuitas que se establecieron á fines del siglo XVII en el Extremo Oriente y dieron á luz sus *Memorias* sobre los países chinos,—puede deducirse sin ningún género de duda que son los pueblos más pacíficos y los en menor escala dotados de las brillantes cualidades que adornan á los guerreros. Su genio naturalmente suave, honrado, resistente y flexible, les hace mucho más idóneos para el comercio de la vida que para las acciones militares y el tumulto de las armas. Su corazón, siempre susceptible del temor á los castigos, siempre encerrado en los límites de una obediencia ciega hacia todos aquellos que la Providencia hizo superiores, les hace incapaces de los atrevidos proyectos que forman los héroes. Su espíritu, siempre restringido por un número casi infinito de pequeñas prácticas, hace que hasta en la edad más bulliciosa, la sangre corra en sus venas con una lentitud que sorprende á todos los europeos. Sus preocupaciones, ó mejor dicho, su buen sentido les hace mirar con cierto horror la triste necesidad en que se encuentran á veces algunos hombres de atentar contra la vida de otros. Todo esto contribuye en verdad á que los orientales sean hijos respetuosos, buenos padres de familia, súbditos fieles y excelen-

tes ciudadanos; pero nada inspira arrojo al soldado, valor al oficial ni arranque á los generales.»

Así hablan y escriben los hombres que mejor han conocido el Oriente. Mr. Jametel aprecia en 1883 las cosas de la misma manera (1), y atribuye ese amor á la paz y ese odio profundo hacia toda clase de aventuras á la configuración geográfica del territorio, que encierra en sus límites todos los climas bajo los que es posible la vida del hombre. La raza china, llamada á vivir y desarrollarse en este círculo, ha encontrado en tal situación una fuerza que tendía tanto más á hacerla homogénea, cuanto los variados productos de su cuna le permitían procurarse sin esfuerzo todo lo necesario á su existencia. Colocado el pueblo en semejantes condiciones, no ha sentido la necesidad de ir á conquistar por la fuerza lo que encontraba en su propio territorio; ha descuidado el manejo de las armas, y se ha dejado invadir por sus vecinos sin oponer la menor resistencia, confiando en la gran vitalidad que le permitió siempre asimilarse sucesivamente á sus conquistadores, hasta el punto de anular sus primitivos caracteres y hacerlos desaparecer por completo.

Los países indo-chinos no fueron nunca tenidos por militares. La civilización es allí el fruto de una cultura intelectual desarrollada en exceso, y su ambicioso sueño es conseguir brillar en un refinamiento literario. Ya hemos visto que los honores y las distinciones sólo se conceden á los que sobresalen en conocimientos y en el estudio de sus clásicos. La influencia de esta educación, cuyo objeto es puramente erudito, ha creado el espíritu antimilitar y hace que les sea profundamente antipático el empleo de la fuerza.

No faltan, sin embargo, tratados clásicos del arte de la milicia en China, tratados sobre los que versan los exámenes de los que aspiran á ser oficiales. Estos libros, que son seis, tienen una fecha anterior á la era cristiana, menos uno que es del siglo VII, después de J. C. El más antiguo cuenta más de tres mil años de existencia.

(1) *La Jeune France*, tomo VI, pág. 110.

El erudito jesuita P. Amiot ha hecho la traducción de varias de esas obras y también de una atribuída á Yong-Tchen, muy posterior á las de que hemos hablado, puesto que su fecha es de 1728. Está dividida en diez capítulos, cuyos preceptos, dirigidos á la malicia, son los siguientes:

«1.º Es preciso amar y respetar á los padres. 2.º Es preciso atender y honrar á los mayores. 3.º Es preciso estar en buena inteligencia con todo el mundo. 4.º Es preciso instruir á los hijos y á los hermanos menores. 5.º Es menester cultivar la tierra con cuidado. 6.º Es menester tener habilidad en el ejercicio de la flecha, tanto á pie como á caballo. 7.º Es preciso tener economía. 8.º Es preciso abstenerse de vino y de licores que embriaguen. 9.º Es preciso no jugar. Y 10. Es preciso evitar los combates y las disputas.»

Pero la primera y más estimada de todas las obras militares es la muy antigua, compuesta por Sun-Tse, uno de los más hábiles y valientes Generales de que se enorgullece el Celeste Imperio. Los orientales consideran este libro como una obra maestra en su género, un verdadero modelo, un compendio de cuanto puede decirse en el arte de la guerra. Los doctores en armas—porque la milicia del Extremo Oriente tiene también sus doctores como las letras,—los doctores en armas sólo llegan al grado que les distingue sabiendo explicar ó comentar algunos artículos de dicho libro en el examen que tienen que sufrir para ser tales doctores.

Sun-Tse dividió su tratado en trece artículos, que son los siguientes:

- I. Fundamento del arte militar.
- II. Principios de la campaña.
- III. De lo que debe haberse previsto antes del combate.
- IV. Del porte de las tropas.
- V. De la habilidad en el gobierno de las tropas.
- VI. De las verdaderas astucias.
- VII. De las ventajas que es menester procurarse.
- VIII. De los nueve cambios de parecer (I).

(I) Estos nueve cambios se refieren á las circunstancias en que un General debe variar sus proyectos, rechazando los planes preconcebidos.

- IX. De la conducta que deben tener las tropas.
- X. Del conocimiento del terreno.
- XI. De las nueve clases de terrenos.
- XII. Compendio de la manera como se ha de combatir por medio del fuego (1).
- XIII. Del modo de utilizar las disensiones y de introducir la discordia.

Toda la teoría de este autor puede reducirse á expresar que un General debe principalmente saber valerse de astucias, todas lícitas en la guerra, siendo antes que jefe de la milicia, un diplomático consumado. Por esto se dice que en el Extremo Oriente el rinoceronte, como la más feroz de las fieras, es el símbolo de la guerra. El rinoceronte, en efecto, aunque mucho más pequeño que el elefante, consigue á veces derribarlo y también matarlo, no por medio de la fuerza, sino por su osadía y astucia. Por esta razón dicen los chinos que aquél es el verdadero emblema de un buen guerrero.

Mucho más que la obra de Sun-Tse, es interesante y en extremo curiosa la historia verdadera ó supuesta de aquel famoso General.

*
* *

He aquí lo que nos cuentan los comentadores que dieron á conocer al gran táctico y nos hacen admirar su incomparable talento en el arte de formar las tropas y de mantener la disciplina militar:

El Rey de Ou, estando reñido con los Reyes de Tcheu y de Ho-lu, llamó á Sun-Tse.

—He visto—le dijo—la obra que has compuesto sobre el arte militar, y por cierto muchísimo me place. Pero los preceptos que das me parecen muy difíciles de ejecutar, y hasta creo que algunos son absolutamente inverosímiles. ¿Podrías tú mismo practicarlos?

(1) Es claro que no puede tratarse aquí del uso de las armas de fuego.

—Príncipe—respondió Sun-Tse,—nada digo en mis escritos que no haya ya practicado antes en mis ejércitos, y me encuentro siempre en estado de hacerlo practicar por cualquiera, adiestrando al más ignorante en los ejercicios de las armas, cuando tenga yo orden y autoridad para hacerlo.

—Ya te entiendo—replicó el Rey,—querrás decirme que eres capaz de instruir fácilmente con tus máximas á hombres ignorantes en el arte de la milicia, pero en el caso de que sean bastante inteligentes y estén dotados de prudencia y valor. Sin embargo, no son así por desgracia la mayor parte de las gentes.

—No importa—respondió Sun-Tse.—He dicho que podía instruir á cualquiera, y á nadie exceptúo de mi proposición.

—Oyéndote—repuso el Rey,—parece que hasta á las mujeres eres capaz de inspirar los sentimientos que animan á los guerreros, pudiendo ejercitarlas perfectamente en las armas.

—Sí, Príncipe—contestó Sun-Tse con mucha firmeza,—y suplico á V. M. que no lo dude.

El Rey, á quien las diversiones de la corte no llamaban ya la atención por las circunstancias especiales en que entonces se encontraba, quiso divertirse de una manera nueva é imprevista.

—Que me traigan aquí—mandó en seguida—á ciento ochenta de mis mujeres.

Fué obedecido, y aparecieron las Princesas. Entre ellas había particularmente dos que el Rey amaba con ternura, y fueron colocadas á la cabeza de todas las otras.

—Veremos—dijo el Rey sonriéndose,—veremos, Sun-Tse, si sabes cumplir tu palabra. Desde ahora te nombro General de esta nueva tropa. En toda la extensión de mi palacio puedes escoger el sitio que más cómodo y á propósito te parezca para ejercitarlas en las armas. Cuando estas mujeres estén suficientemente instruídas, avísame, y yo mismo iré á hacer justicia á su habilidad y á tu talento.

Comprendió el General toda la ridiculez del caso y del papel que le destinaban; pero no se desanimó, manifestándose, por el contrario, muy satisfecho con el honor que el Rey le

dispensaba, no sólo con dejarle ver á sus mujeres, sino también con ponerlas bajo su dirección.

—Pronto os daré cuenta, señor, de mi cometido—le dijo con tono seguro;—y también espero que dentro de poco Vuestra Majestad estará contento de mis servicios, convenciéndose por lo menos de que Sun-Tse no es hombre de promesas vanas ni temerarias.

Después que el Rey se hubo retirado á un cuarto del interior, el guerrero no pensó más que en cumplir del mejor modo su encargo. Pidió armas y los arreos militares que necesitaban sus soldados de nueva creación. Mientras que esperaba que todo estuviese dispuesto, condujo á su tropa á uno de los patios del palacio que le pareció ser el más apropiado para su designio. No tardaron mucho tiempo en traerle todo lo que había pedido, y dirigiendo entonces Sun-Tse la palabra á las Princesas, les dijo:

—Estáis ahora bajo mi dirección y á mis órdenes. Tenéis que escucharme atentamente y obedecerme en todo lo que os mande. La obediencia es la primera y más esencial de las leyes militares; guardaos mucho de infringirla. Quiero que desde mañana hagáis el ejercicio delante del Rey, y cuento con que se hará exactamente.

Después de estas palabras, les terció el tahalí, les puso una lanza en la mano, las dividió en dos compañías, poniendo al frente de cada grupo á una de las Princesas favoritas. Todo arreglado así, empezó á dar sus instrucciones en estos términos:

—Supongo que todas sabéis distinguir muy bien vuestro pecho de la espalda, y vuestra mano derecha de la izquierda. Respondedme.

Algunas carcajadas fueron toda la contestación que desde luego obtuvo; pero como él guardaba mucho silencio y estaba muy serio, algunas de aquellas señoras le respondieron juntas:

—Sí; no hay duda alguna.

—Siendo de este modo—repuso Sun-Tse,—conservad bien en la memoria lo que voy á deciros. Cuando el tambor no dé más que un golpe, permaneced como estáis ahora, no pres-

tando atención más que á lo que está delante de vuestro pecho. Cuando el tambor dé dos golpes, es preciso que os volváis de manera que vuestro pecho esté en el sitio donde estaba antes vuestra mano derecha. Si en vez de dos oís tres golpes, habréis de volveros de manera que vuestro pecho esté precisamente en el sitio donde estaba antes vuestra mano izquierda. Pero cuando el tambor dé cuatro golpes, es menester que os volváis de modo que vuestro pecho se coloque donde estaba vuestra espalda, y vuestra espalda donde estaba vuestro pecho.

Todas guardaban silencio, aunque se sonreían.

—Tal vez lo que acabo de deciros—prosiguió el General—no esté bastante claro, y voy y explicarme. Un solo golpe de tambor ha de significaros que no se ha de cambiar de actitud, y que sólo debéis estar alerta; dos golpes significan que debéis volveros á la derecha; tres golpes, que debéis volveros á la izquierda, y cuatro golpes, que debéis dar la media vuelta. Quiero explicarme mejor todavía. El orden que seguiré es el siguiente: Haré primero dar un solo golpe, y á esta señal estaréis todas prontas á hacer lo que os mande. Algunos momentos después, haré dar dos golpes, y entonces todas juntas os volveréis á la derecha con gravedad. Mas tarde haré dar, no tres golpes, sino cuatro, y acabaréis la media vuelta. Os haré muy luego recobrar vuestra primera situación, y como antes, haré que den un solo golpe. Recogeos y preveníos á esa primera señal. Después, haré que den, no dos golpes, sino tres, y os volveréis hacia la izquierda, acabando la media vuelta á los cuatro golpes. ¿Habéis comprendido bien lo que he querido deciros? Si os queda alguna dificultad, no tenéis más que indicármela y procuraré satisfaceros.

—Ya estamos al corriente—respondieron las damas.

—Siendo así—repuso Sun-Tse,—voy á empezar. No olvidéis que el sonido del tambor es para vosotras lo mismo que la voz del General, puesto que por este medio os comunica sus órdenes.

Después de esta instrucción, que repitió tres veces, Sun-Tse puso en fila y firme de nuevo á su pequeño ejército, mandan-

do luego al tambor que diese un golpe. A este ruido, todas ellas se echaron á reír. Hizo dar dos golpes, y las damas se rieron con más gana todavía. Sin perder entonces el General su seriedad, les dirigió de nuevo la palabra, en estos términos:

—Muy bien puede suceder que no me haya yo explicado con bastante claridad en la instrucción que os he dado. Si es así, la culpa es mía, y voy á tratar de enmendarla de una manera que esté más á vuestro alcance.

Y en aquel instante mismo les repitió hasta tres veces la anterior lección en sencillísimas palabras.

—Ahora veremos—añadió—si seré mejor obedecido.

Hizo que el tambor diese un golpe; hizo que diese dos; pero al ver ellas el aire grave de su jefe, y al mirarse á sí propias con los extraños atavíos en que se encontraban, se olvidaron de lo que habían de hacer, y después de haberse esforzado algunos momentos por contener la risa que las sofocaba, soltaron por fin las más ruidosas carcajadas.

No perdió con este nuevo fracaso su serenidad Sun-Tse, y con el mismo tono con que antes les había hablado, dijo ahora:

—Si yo no me hubiese explicado bastante ó no me hubiese asegurado todas que comprendíais lo que yo he querido deciros, no seríais culpables; pero os he hablado con claridad, según vosotras mismas habéis confesado. ¿Por qué me habéis desobedecido? Merecéis castigo, castigo severo, castigo militar. Entre la gente de guerra el que no obedece las órdenes de su General merece la muerte. Así, pues, moriréis.

Después de este corto preámbulo, Sun-Tse mandó á las formadas en las filas inmediatas que matasen á las dos Princesas que tenían al frente. En aquel instante uno de los encargados de guardar á las mujeres, viendo que el guerrero no se andaba con chanzas, se escapó para ir corriendo á contar al Rey lo que pasaba.

El Rey envió inmediatamente á un emisario para prohibir que el caso pasase adelante, y á fin de evitar que fuesen maltratadas particularmente las dos mujeres que más amaba y sin las que no podía vivir.

El General oyó con respeto la orden que le daban de parte del Rey; pero no cedió por esto á sus voluntades.

—Id á decir al Rey—respondió,—que Sun-Tse le juzga demasiado prudente y demasiado justo para mudar tan fácilmente de idea. No creo ahora que quiera ser obedecido de veras en lo que acabáis de anunciarme de parte suya. El Príncipe dicta la ley, y no puede dar órdenes que envilezcan la dignidad de que me ha investido. Estoy encargado de enseñar los ejercicios de las armas á ciento ochenta mujeres suyas; me ha nombrado su General, y á mí me toca saber serlo. Me han desobedecido, y morirán, sin que haya apelación que les valga.

Apenas había pronunciado estas últimas palabras, cuando sacó su sable; y, con la misma sangre fría que hasta entonces había manifestado, cortó de un tajo la cabeza de los dos que mandaban á las demás. En el acto nombró otras dos en lugar suyo; hizo dar al tambor los diferentes golpes que había convenido con su tropa, y como si aquellas mujeres hubiesen hecho toda su vida el oficio de soldados, se volvieron muy á tiempo, ejecutando los movimientos con maestría y profundo silencio. Sun-Tse dirigió entonces la palabra al emisario, diciéndole:

—Os ruego que vayáis á avisar al Rey que sus mujeres saben ya hacer el ejercicio; pueden ir á la guerra y arrostrar toda clase de peligros, siendo capaces en caso necesario de vadear ríos y hasta de mantenerse firmes en medio del fuego.

No deja de ser elocuente la idea que de la disciplina militar tenía el buen Sun-Tse.

*
* *

Repetidamente nos han dicho los franceses que los mandarines del Annam mantienen bajo el más tiránico de los yugos á aquel desgraciado país, no tratando más que de poner obstáculos al desarrollo de la agricultura, del comercio y de la industria. Se nos afirmó que los diques y los canales estaban muy mal conservados; que las inundaciones devastaban las llanuras de arrozales; que los impuestos eran origen

de mil vejaciones por la mala fe de los mandarines; que se despilfarraba gran parte de las cosechas, y finalmente, que el Gobierno annamita, lejos de asegurar la navegación por el río Rojo, sostenía en su territorio partidas de rebeldes y piratas, violadores manifiestos de todos los tratados.

Permítannos los franceses que juzguemos algún tanto exageradas sus afirmaciones. Los indígenas del Extremo Oriente pudieron vivir antes muy vejados y en la más triste pesadumbre; pero todo nos hace creer que no son mucho más felices ahora en que ven tremolar en sus ciudades el pabellón tricolor de las orillas del Sena.

La pacificación del Annam y del Tong-King no tiene trazas de ser un hecho en mucho tiempo, siendo también éste el parecer de distinguidos militares que allí han vivido. Primero pensó Francia en acorralar á los indígenas; pero luego ha advertido que esta táctica era impracticable en poblaciones tan densas. Se decidieron más tarde los gobernantes por la política de tutela y de asimilación progresiva, política á todas luces quimérica, dada la inexperiencia de la administración colonial francesa por una parte, y dado por otra el carácter del pueblo conquistado. El Gabinete actual de París se fija en la idea de un protectorado, como término medio para allanar todas las dificultades. Se quiere que nada cambie en el gobierno ni en la administración del país, que quedarán en manos de los mandarines, bajo la vigilante inspección de los agentes franceses. Este régimen no puede tampoco tener más resultado que el odio contra Francia de los habitantes de aquellas posesiones, más difíciles de conservar que de ser conquistadas. ¿Qué ha de ganar con esto la civilización general á cuya sombra tanto se nos promete? Política y económicamente, nada.

Lo prueban sucesos recientes.

En febrero último, el Rey de Cambodge, como hoy se dice, país que nosotros creemos llamar con más propiedad Camboya, dirigía al pueblo la siguiente proclama, dada á conocer por el diario oficial de la Cochinchina francesa:

«El Rey Norodom á sus súbditos:

»Gentes perversas recorren las provincias, diciendo siem-

pre que tienen por misión levantar hombres y batirse contra los franceses. Hay habitantes sencillos que los creen y los siguen, cuando todos los que vienen así á engañar al pueblo son enemigos del Rey, que es señor de las vidas. Los tales son individuos seducidos por Votha que demasiado conoce el pueblo por desgracia suya.

»El Rey, los Príncipes y los mandarines de todos rangos están unidos en perfecta amistad con el Gobierno francés, no teniendo más mira que la de administrar bien el reino. Jamás ambos Gobiernos han estado en desacuerdo, y el pueblo puede ver que en las tropas francesas hay siempre mandarines de Camboya.

»No habéis de dar crédito á ciertos individuos malos que os excitan, queriendo separaros de vuestras familias y arrastraros á la miseria. Es preciso que detengáis á estos perturbadores y los presentéis en Pnom-Penh. Si así obráis, seréis recompensados. Si, por el contrario, seguís á los malhechores y escucháis sus palabras detestables, vuestros bienes serán confiscados cuando muráis alcanzados por las balas; y si sois hechos prisioneros, caerá sobre vosotros el más duro castigo, según las leyes.»

¡Pobre Norodom! Hace pocos años que vivía pacíficamente en su serrallo, cobraba regularmente los impuestos y un orden inalterable imperaba en su reino. Pero vino un día en que, á nombre del progreso y de la civilización, quitaron los franceses al Rey su autoridad, queriendo sin duda sustituir con la libertad republicana y el sufragio universal las antiguas instituciones á cuya sombra los indígenas prosperaban. Hoy los conquistadores han tenido que recurrir á Norodom para restablecer el orden, cuando sus propios súbditos le consideran instrumento de extranjeros planes y levantan en el campo la popular y enemiga bandera del pretendiente Sivotha.

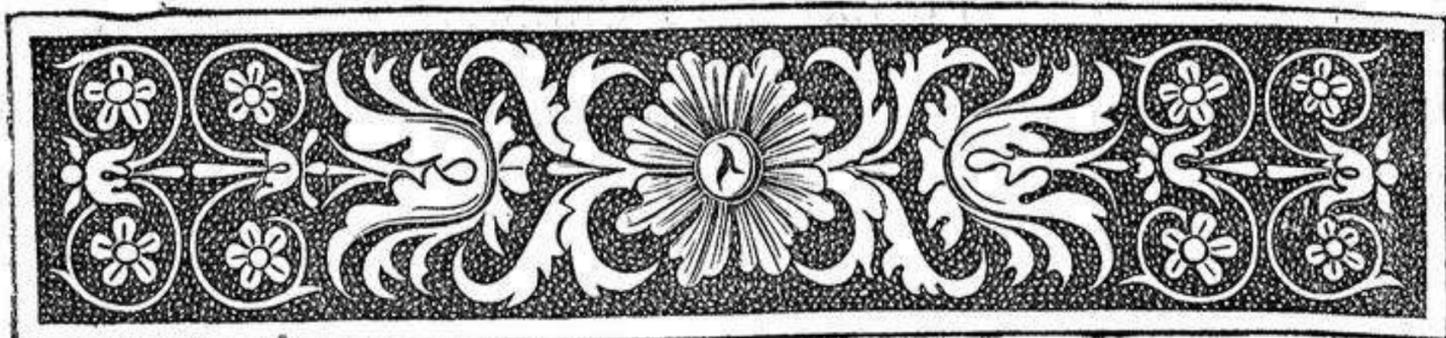
No es sólo en la Conchinchina y en el Camboya donde los oprimidos se declaran en plena insurrección. La situación de los franceses en la isla Formosa es tan triste y no menos alarmante que en el Tong-King. La sangre de los misioneros católicos corre en la Indo-China, y parece que sacudimientos

eléctricos despiertan de su antigua atonía á los pueblos á quienes no había dotado Dios del espíritu de la guerra.

Pero el ruido del cañón de Occidente, que empujado por la codicia mercantil nada respeta, puede en su día obrar inesperados prodigios, anunciando con su boca de trueno al Extremo Oriente sorprendido que no hay ya salvación ni derecho sino en la fuerza bruta.

CARLOS SOLER ARQUÉS.





EXCURSIONES ARTÍSTICAS

LEON

AL EMINENTE ARQUITECTO, MI BUEN AMIGO DON JUAN DE MADRAZO

LEÓN 3 de noviembre de 1876.

SIGLO XI

SAN ISIDORO

Vuela, vuela, fantasía
del soñador peregrino,
que descansa en su camino
ante un recuerdo de ayer;
vuela, que en la altiva mole
del templo, sacra memoria
está escrita, y de su historia
los restos hay que leer.

Oscuro y rojizo tono
pinta su extensa fachada;
en su puerta está trazada
de un siglo la condición,

corto el pilar, ancho el arco,
múltiples las esculturas,
y místicas las figuras
que trazó la religión.

El romántico dibujo
arte de un siglo medroso,
dejó su timbre piadoso
en el fondo y el perfil,
y melancólico tinte
de recogimiento extraño
va adquiriendo de año en año,
allá desde el año mil.

De la undécima centuria
como reliquia y ejemplo,
se alza el histórico templo
que hablando á la mente está;
y en su ajedrezada cinta,
en sus rudos canecillos,
en los estrechos visillos
por donde la luz se va;

en los toscos capiteles,
por el artista historiados;
en esos fustes calados
con elocuente primor;
en las curiosas cabezas
de animales y vestiglos,
que buscan hace diez siglos
de su idea al traductor;

en los humildes relieves
do el piadoso imaginero,
el dolor terrible y fiero
de Jesús llegó á estampar;
en el bíblico conjunto
del Abraham obediente,

que una mano reverente
dió un tímpano por altar;

en los vetustos sillares,
desde el suelo á la cornisa
viva, elocuente y precisa
la edad pasada se ve;
y con su aparato mudo
y con su aspecto severo,
para llamar al viajero
é inspirarle queda en pie.

Aquí en la desierta plaza,
y del santuario á la sombra,
busco una mancha en la alfombra
de piedra; que, oí contar
que aquí, cual triste recuerdo,
entre la piedra se esconde
la sangre del regio Conde
que á León se vino á casar.

En Alava, que es mi tierra,
cuenta tradición perdida,
que una gente fementida
en el Conde se vengó,
y en el palentino suelo,
donde el Carrión manso corre,
de Monzón veo la torre
en que el crimen se purgó.

Por eso con vivo anhelo,
con ilusión peregrina,
la tradición me encamina
á buscar la huella aquí,
y á ver el templo testigo
de aquella olvidada historia,
que conservo en la memoria
y que de niño aprendí.

Penetro en la regia estancia,
cuyas tres naves sencillas
esconden mil maravillas
entre audaz mutilación,
pues del arte primitivo,
sólo el asiento y trazado
y otros restos ha dejado
la piadosa emulación.

Cruz es su planta; y esbelta
la nave central airosa,
que ostenta, rica y grandiosa
labor románica á fe;
en ella hay del bizantino
la curva en su aspecto bello;
allí de una época el sello
cristiano y rudo se ve.

Historiados capiteles
de delicado follaje,
tipos de estrecho ropaje,
que tal vez santos serán,
grupos de extrañas figuras,
del arte rancias quimeras,
ya profanas ó ya austeras,
allí esculpidas están.

Agrupadas columnitas
sobre zócalos cuadrados,
altos arcos lobulados,
de rara ornamentación,
angostas, bellas lucernas
y signos que el tiempo cubre
de polvo, do se descubre
una latina inscripción.

Todo á la mente interesa,
y con elocuencia suma,

habla al viajero y le abruma
con recuerdos mil y mil.
Arte humilde y misterioso
de perdida edad lejana,
donde hay más unción cristiana
que en el gótico perfil.

Al contemplarlo, el poeta
con su loca fantasía,
la imaginación envía
á otro lejano confín,
á otro templo, rica joya
del romántico trazado,
que se ostenta reflejado
en los cristales del Rhin.

Cual éste, nueve centurias
tiene del tiempo en la cuenta;
cual éste, el recuerdo ostenta
de piadosa esplendidez;
y tumba y templo de Reyes
como éste guarda su fama,
que por el mundo derrama
templo y sepulcro á la vez.

Y de la Germania ilustre
al pueblo enseña é inspira;
llámase el Domo de Spira
la admirable catedral;
nueve ó diez Emperadores,
en el sueño de la muerte,
guarda allí muda é inerte
la fría tumba Imperial.

Allí la lira alemana
siente sus inspiraciones;
allí se escuchan los sonos
del legendario cantor,

y al eco de su armonía
en entusiasmo deshecho,
se agita y se enciende el pecho
de un pueblo batallador.

Tumba y templo de los Reyes
de la leonesa falange,
que del Oriente el alfange
vieron rendido á sus pies;
reliquia ilustre y severa,
que un pasado divinizas,
dando amparo á las cenizas
del noble pueblo leonés.

También tú, cual la de Spira,
catedral de los Monarcas,
dos grandes siglos abarcas,
siglos de lucha y de fe;
y de Isidoro al amparo
gloriosa vejez presentas,
y del tiempo en las tormentas
sigues potente y en pie.

En vano clásico gusto
de estéril arquitectura,
su mano alevosa y dura
en tus primores plantó;
lo antiguo brilla y resalta
ante el contraste moderno;
es en lo cristiano, eterno
lo que el romántico dió.

Siéntese el alma apenada
ante las tumbas reales,
que ostentan huellas fatales
de profanación audaz;
dió la imperial soldadesca
de Francia tales motivos,

y ni sujetó á los vivos,
ni á los muertos dejó en paz.

Polvo de Reyes guardado
da á la humanidad ejemplo,
ocho siglos en el templo,
ocho instantes han de ser.
Mañana cuando derrumbe
su fábrica el tiempo aleve,
con el polvo de la plebe
se ha de venir á envolver.

¡Vana ilusión! Aunque yacen
en riquísima mortaja,
aunque en fuerte y dura caja
los regios huesos están,
por la tierra reclamados,
en la tormenta bravía
de los siglos, algún día
á la tierra volverán.

El pueblo en su mente guarda
de los Monarcas la historia;
si fueron justos, la gloria
les habrá otorgado Dios;
las cenizas... ¡polvo vano!
en los mundanos reveses
mofa ayer de los franceses,
¿de quién lo serán en pos?

Muerte que todo lo iguala,
con la pompa no transige,
y su guadaña dirige
contra lo que alzado está;
ella á los Reyes hundiera,
y del tiempo triste esposa,
á la tumba presuntuosa,
gracias al tiempo hundirá.

Verdad es que en la memoria
se vive más, así muerto;
nada goza el muerto, es cierto,
pero con regio morir,
¿qué es en el tiempo infinito,
ni cuanto la gloria medra,
en rica tumba de piedra
un momento más vivir?

Del bravo Guillén González,
de los leoneses caudillo,
héroe á quien mató el cuchillo
del victorioso Almanzor,
¿dónde yacen los despojos?
¿bajo qué lugar sagrado
está el recuerdo guardado
de su indomable valor?

¿Do duermen sueño tranquilo
los que al rojo león siguieron,
los que su sangre vertieron
en lucha larga y tenaz,
en Badajoz, en Sevilla,
en Nájera, en Talavera,
en Osma, en Valdejunquera,
en Simancas y en Gormaz?

¡Polvo del pobre soldado,
por la tierra repartido,
polvo en la sangre teñido,
la tierra es tu panteón!
Siempre el suelo, do algún hijo
del pueblo en la lid sucumba,
tan sagrado es cual la tumba
de los reyes de León.

No es, pues, la altiva mortaja
la que á la mente ilusiona;

es un siglo el que te abona
en tu típico valer;
el arte de edad pasada,
batallador, religioso,
en cuyo rastro curioso
palpita vivo el ayer.

Viva en la tumba de Alfonso
el de los fueros, se encuentra,
la memoria que concentra
del pueblo el ruin batallar;
á su poder arrancaron
las leyes, porque los Reyes
si dieron al pueblo leyes
fué para poder reinar.

Viva en las urnas gemelas
de un Bermudo y de un Fernando,
que vivieron peleando
con odio fraterno y vil,
la triste suerte se mira
del pueblo, siempre caído,
en mil pedazos partido,
siempre contento y servil.

Elvira, Urraca y García,
al mal hijo y mal hermano
recuerdan, Rey castellano
á quien Delfos acabó;
la Reina Urraca, una historia
de espantoso maridaje,
aquí, con su regio traje,
con escándalo enterró.

Vivo, en el pendón sagrado
de la lanciana nobleza,
que en los muros de Baeza
llegó Alfonso á tremolar,

se encuentra de los leoneses
la inolvidable memoria,
cual girón de la victoria
que el tiempo vino á rasgar.

Palacio de doña Sancha,
dulce esposa de Isidoro,
templo que guarda el tesoro
de los huesos de los dos,
junto á tus santas reliquias,
junto á tu regio renombre,
brilla el artístico nombre
del maestro Pedro de Dios.

Restos mil de otros mil santos,
guarda cual rico tesoro
la Iglesia, ayer joyas de oro
de milagroso poder;
hoy son joyas el trabajo,
la libertad y el derecho;
lo que los santos han hecho
¡ah! ¿lo volverán á hacer?

Agua sudaron las piedras
llorando al Rey de Toledo;
¡ah! si sudaran de miedo
la sangre de su erección,
las bóvedas y la torre
en San Isidoro alzadas,
en sus olas anegadas
hubiera visto León.

Viejo Escorial de los Reyes;
de tus tiempos maravilla,
foco ilustre que á Castilla
redimida fué á alumbrar,
más que el Escorial moderno,
vano coloso de piedra,

que el alma enfría y arredra,
sabes tú á el alma inspirar.

En el esfuerzo gigante
del pueblo, que ante tu ara,
Rey, patria y fe restaurara,
se honra hoy el pueblo leonés.
Ante la losa que cubre
milagros y tiranía,
restos de olvidado día,
dejó la lira á tus pies.

A la reliquia respeto
y á la gran tumba saludo,
porque eres recuerdo mudo
de lo que el pueblo creyó;
y al partir, digo en resumen
de tu existencia gloriosa:
«aquí un ideal reposa
que para siempre murió.»

SIGLO XIV

LA CATEDRAL

I

LA FACHADA

El corazón palpita sorprendido,
y muéstrase reacio
á avanzar en la plaza, mole inmensa
de un monumento acaso suspendido
en la etérea masa del espacio,
al frente marca su silueta extensa.
Desde el inerte suelo
se elevan sus labores hasta el cielo;

un bosque de pináculos pregona
que allí los ojos á admirar se envíen;
é imponentes y rígidos se engríen
cual los radios de atlética corona.
Galerías esbeltas
y ojivas mil, la débil pesadumbre
de las caladas y admirables vueltas
decoran y sostienen; y en sus claros
lucen los vidrios y metales raros,
del sol hermoso á la brillante lumbre.
Fanal inmenso, que la mente loca
de algún genio soñara, me parece;
y el espíritu evoca
á su vista, recuerdos de otros días,
de otros siglos, ardientes fantasías
con las cuales se anima, vive y crece
ese gigante de aéreo vestido,
con asombrosa norma concebido,
y que en suma comparte
las históricas glorias hermanadas,
con las que el genio aquí dejó grabadas,
gloria de España, admiración del arte.

Al Ocaso su gran fachada extiende
que triple arcada ostenta;
y en dos torres bellísimas se escuda;
la del Norte presenta
del románico gusto huella ruda,
y en su aguja maciza
delicada veleta se desliza;
la opuesta en sus airosos botareles,
en sus ventanas conopiales bellas,
en los cortados, góticos dinteles,
en su calada, esbelta crestería,
en las cruzadas huellas,
donde se puede leer: «*Ave María,*»
en la admirable aguja,
que al encaje precioso sobrepuja,
allí donde el temor la fantasía

concibe, de, si el huracán empuja,
se llevará el encanto trasparente,
desecho en trozos mil por el ambiente;
en su perfil divino
del arte incomparable leonino,
siéntese la belleza y el encanto
de la fe inspiradora,
que avivando la llama creadora,
pudo con su ilusión llegar á tanto.

Entre una y otra nave, más sublime
que el poético sueño de un artista,
en su retina imprime,
asombrada la vista,
la triple arcada de ojivales vueltas,
con admirable genio cinceladas,
y entre las cien aristas,
en sus graciosos arcos desenvueltas;
sublimes estiletes
labraron las estatuas animadas
de vírgenes y apóstoles, querubes
cobijados por ricos doseletes,
de los cuales, como en escala altiva,
asciende la archivolta hacia las nubes,
siendo las curvas del Edén rivales
en concurrencia y pompa celestiales,
en la animada y admirable ojiva.

Es el Juicio final el que esculpido
del tímpano en la línea extensa y franca,
corona el centro; allí Jesús ungido
castiga y premia, en su poder eterno;
puesto á sus pies arranca
sus codiciadas presas el infierno,
y en el pilar formado
por el doble portal, la Virgen Blanca
tiene su asiento egregio y coronado.

Y como una aureola
que circunda del arte el señorío,
el sacerdote con su rica estola,

el arcángel que sube
en la celeste y suspendida nube,
el monje humilde, el pecador sombrío,
la madre vigilante y cariñosa,
y la Reina piadosa,
y el creyente guerrero,
en sus bellas imágenes de piedra
á la archivolta dan gusto severo,
entretejido en espiral de hiedra.

En una y otra puertas laterales,
dejaron los artísticos cinceles,
ásombro de los fieles,
de la madre de Dios puesta la historia
en cuadros inmortales;
y en ellos, con el alma, la memoria
se engolfa en placentero arrobamiento.
Allí desde el humilde nacimiento
hasta la eterna, figurada gloria,
de la mujer sin culpa y sin mancha,
el recuerdo distínguese trazado;
y al contemplar la rica maravilla
que las bellas ojivas atesoran,
cual ángeles y santos se enamoran,
el artista se siente enamorado.

En una al pie, distínguese severo
del románico gusto en la rudeza,
el sitial de justicia,
donde, en nombre del fuero,
el pueblo, el Rey, el templo y la nobleza
pagaban sentenciando, la primicia
que al derecho se debe en las naciones;
bajo el amparo mudo
del Dios omnipotente y de la patria,
que ostenta sus castillos y leones,
de aquel doble pilar, en el escudo.
De la alta majestuosa galería
el calado antepecho,
y el óculo tejido de labores,

por do la luz envía
al interior del templo sus colores,
y el plateresco tímpano derecho,
cierran la altura, en la gentil fachada
de la *Pulchra leonina* renombrada.

II

EL INTERIOR

Descubierta la frente, y con los ojos
ansiosos de portento y maravilla,
los góticos antojos
donde el artista un tiempo se espaciara,
y donde el genio valeroso brilla,
fijan á el hombre en éxtasis profundo
al contemplar el ara,
rodeada de joyas sin segundo,
que forman la custodia trasparente,
si no la más severa y más preciosa
del arte universal, la más airosa
perla de ejecución, la más valiente.

Alza la extensa y asombrosa nave
su trazado ojival próximo al cielo,
y al mundo asusta el que, del pie á la clave,
sostenga el equilibrio tal grandeza,
estribando en el suelo,
con pilares de tanta sutileza,
que parece que al soplo más ligero
de la rápida brisa, cada pieza,
de su enlace rompiendo la coyunda,
se lanzará al espacio en horroroso
estruendo horrible, el monumento entero,
quedando solo ruina tremebunda
del colosal portento religioso.

Pilares agrupados,

cual orientales aéreas palmeras,
los arcos atrevidos y elevados
de la bóveda apoyan, sosteniendo
las rasgadas lumbreras;
la esbelta galería,
que la gran cruz del templo recorriendo
le presta incomparable fantasía;
en lo alto, las vidrieras,
que Valdovín pintara,
en sorprendente y mágica armonía
de luz y de vivísimos colores
en la arrogante nave, esbelta y clara,
en el espacio inmenso,
del sol á los brillantes resplandores,
entre ondulantes ráfagas de incienso,
parece que se mueven las figuras,
que los muertos del suelo se levantan,
y que en círculo de oro
á los ecos del órgano hacen coro,
y que de Dios las maravillas cantan.

En el lustroso pavimento umbrío,
que guarda de ocho siglos los despojos,
en las ventanas góticas inmensas,
donde encuentran los ojos
cristianas odas, del color suspensas,
en los severos muros,
que ostentan en sus tímpanos oscuros
los místicos pasajes
de santos y de vírgenes sagradas,
con el áureo limbo coronadas,
y con verdes ramajes,
y espadas y saetas en las manos,
cual indicio simbólico é inerte
de su gloriosa muerte,
en los frescos extraños, que el descuido
dejó pintar para contraste horrible,
cuyos santos pintados
se ocultan en el polvo avergonzados,

en la valiente creación sensible
que dió forma á la idea,
el espíritu goza y se recrea;
y el perfume divino,
que en las naves espárcese y orea
extasía y embriaga tanto y tanto,
al venir peregrino
de cruzar entre el mirto y el acanto
de bellas esculturas, que absorbidas
del alma las potencias, de repente
se encuentran confundidas,
ante el vuelo potente,
que tanta inspiración pura y preclara
al espíritu artístico prestara.

Ni el desecho cimborrio, audaz padraastro,
ni la central capilla desdichada,
que entre el impropio y lamentable rastro
de Borromino y Churriguera,alzada
ostenta el arca de Froilán glorioso,
detengan las miradas del curioso;
mas, párese y admire
ante la tumba del segundo Ordoño,
del ojival florido el rico sello,
y en sus detalles la mirada gire,
y del arte el destello
verá cual adornó la tumba regia,
de ese guerrero de memoria egregia,
que asentó la basílica primera
sobre las termas del señor romano;
que cual bravo cristiano
triunfara en Badajoz y en Talavera,
y en San Esteban de Gormaz un día,
y engendrara á Ramiro el animoso,
que de Madrid á la morisma impía
lanzara victorioso.

Allí, con su diadema coronado
y envuelto en regia púrpura bordada,
en frío mármol duerme reposado

el ínclito leonés, del pueblo dueño;
y en su ojiva calada
apóstoles, y vírgenes y flores,
estofados con mágicos colores,
en severa actitud guardan su sueño;
rico sepulcro que un poema abarca,
que no tuvo cual él ningún Monarca.
Verja arrogante la capilla envuelve,
cerrando aquel tesoro
del gótico prodigio adulterado;
si la atención se vuelve
á la extensión amplísima del coro,
también en su exterior amanerado,
se admirará la rica fantasía,
que ornamentó su duplicado asiento
en la ojival preciosa sillería,
mezclando la verdad del Testamento,
y las glorias cristianas
con raras y quiméricas labores,
de livianos horrores,
y figuras grotescas y profanas;
desahogos artísticos triviales,
huellas de iconoclastas orientales.

Aún tiene el arte hermosas maravillas
en tumbas, en estatuas y en el ara
de múltiples capillas,
en el sepulcro del que el templo alzara
Manrique, Obispo de la grey de Lara.
Aún puede el gusto en ilusión tranquila,
ver de Santiago en la capilla hermosa,
la inspiración grandiosa
de un florido bellísimo labrado,
de una labor armónica y preciosa,
de aquel altar de piedra en filigranas
en masa iluminado,
por el iris de luz que los cambiantes
de santos y de vírgenes amantes,
que á los rayos del sol dan las ventanas.

Interesante claustro tiene el templo,
rico museo de encontrados gustos,
de la ley de los siglos claro ejemplo;
en sus muros robustos
bórranse ya las góticas pinturas,
y en lindos capiteles
campean confundidos
mil asuntos curiosos, mil figuras
de pasajes apenas comprendidos,
hombres, fieras y flores y laureles,
enterramientos viejos
con monacales cifras y aparejos,
ojivales apoyos adornados,
y fustes y labores confundidos,
al arte plateresco encomendados,
y en precioso desorden esparcidos.

De la Regla, la Virgen,
tiene su altar allí, su foro fijo,
do las leonesas bellas
piadosa tradición diz que mantienen,
por más que á hacer su oferta ya no vienen,
en memoria del triunfo de Clavijo,
que emancipó del feudo á las doncellas.

III

Tal brilla el arte, que la fe en su día
supo inspirar de creaciones lleno;
y que en alas de rica fantasía
mística escala es, que á el alma imprime
tendencias á elevarse á el alto seno;
rica fuente es de inspiración sublime,
muestra de que, en el mísero camino
do su pobre existencia,
arrastra el hombre, ocúltase divino
el hálito de Dios entre su esencia.

El monumento de León proclama
cuál, al través del tiempo, se transforma
la creadora llama
del arte, que en su mente el pueblo forma;
ayer, en el románico modesta,
cual era el siglo en su sencilla norma,
hoy, esplendente, arrebatado, inmenso
en el genio ojival se manifiesta,
de la fe y del espíritu suspenso;
de la fe entonces, que en su plena vida
con el estruendo de la lid comparte
del mundo la atención, y que atrevida
llega á ostentar la plenitud del arte.

Elevando las bóvedas grandiosas,
y de admirables himnos ante el coro,
las reinas y matronas orgullosas,
los nobles paladines,
y los Obispos con sus mitras de oro,
en los sublimes antros del espacio,
cual electos celestes serafines,
creían encontrarse en el palacio
de la inmortal y de la eterna calma,
olvidando del mundo el hado adverso,
y realizando la ilusión del alma
con el bello ideal del universo.

El ideal entonces comprendía
el combate y la fe; cumplió la plebe
con arrancar al sarraceno aleve
la patria esclava, que infeliz gemía,
y con alzar soberbias catedrales,
cual síntesis final de su esperanza;
dejando en sus trazados inmortales,
con rocas transformadas en el suelo,
el camino seguro, en lontananza,
por donde humilde subiría al cielo.

Con su deber cumplido,
entre el polvo reposa aquella gente,
pero en la edad presente

al obrero que alienta en las ciudades,
 donde el quietismo nunca interrumpido
 domina entre las tristes soledades,
 donde la mente aleve
 á sentir y á pensar tal vez se atreve,
 en vista de este ejemplo,
 si se pasó de la piedad la hora,
 si ya no es un deber alzar un templo,
 ¿qué nos demanda el siglo diez y nueve?

Vivir en la rutina es imposible,
 y el no avanzar, el retroceso impone;
 hoy la fe en el trabajo al hombre abone,
 pues tiene por divisa irresistible
 el: *¡Adelante siempre!*, noble idea
 que brilla de los pueblos en la frente.
 Para cumplir con Dios, fuerza es que sea
 un templo cada hogar, y en él escrita
 con convicción potente
 del progreso la ley siempre se vea;
 la libertad bendita,
 que no alza monumentos grandes, vanos,
 sino que engendra insignes ciudadanos,
 fortifique la pública cultura;
 y la igualdad legal de augusto nombre
 constituya mansión digna y segura,
 doquier que viva y que trabaje un hombre.

No dé el labio su adiós al monumento
 que la gloria pregona,
 de haber sido el asiento
 de los leoneses fueros y olvidados;
 cátedra de las leyes,
 templo de unción de memorables Reyes,
 que de un Emperador con la memoria
 se enaltece en la historia,
 que de oscuros artistas distinguidos,
 autores de tamaña maravilla
 de la plebe nacidos,
 se engendró poderoso y sin mancilla

de vil imitación. Aún la alabanza
de esos genios plebeyos y perdidos,
se volverá á escuchar viva y sincera,
al contemplar la construcción que avanza
en el derecho brazo del crucero,
ostentando la joya verdadera
del exterior magnífico y ligero,
en triple arcada de ojival estilo
de la primera edad de las labores,
con rudo trazo, bíblico y tranquilo,
el tímpano, los arcos y las flores
de las bellas aristas,
los relieves del Cristo y los querubes,
de incienso entre las nubes;
los cuatro evangelistas,
el concierto sagrado
del religioso coro respetable,
el erguido é ilustre apostolado;
y en el pilar Froilán tan venerable
en el centro se miraban esculpidos.
En el ingreso diestro,
con arte por la pena compungido,
en gusto dolorido,
un entierro verdad trazó el maestro;
y en el frente siniestro
de romántico gusto las figuras
lamidas y severas,
curiosas y vetustas esculturas,
castillos y leones,
y místicas austeras
y agrupadas diversas creaciones,
que hoy con gozo del arte y de la vista,
con esplendente y afinado tono,
si bien entre miseria y abandono,
empezó á restaurar un grande artista (1).

(1) El sabio y malogrado arquitecto D. Juan Madrazo.

Exigiera la mente entusiasmada
largas horas de afán y de contento,
en alas de inefable sentimiento
de estética ilusión enamorada,
para estudiar tan rico monumento;
mas á intentarlo el alma no se atreve
y en mi visita breve,
en tanta majestad puesta la vista
con especial rudeza,
en confusos y rápidos renglones,
dedico en mis ligeras impresiones
á tanta majestad, esta pobreza.

SIGLO XVI

SAN MARCOS

Sobre la puente famosa,
y del Bernesga á la orilla,
monumental y ostentosa,
alzó la fe religiosa
arrogante maravilla.

El gusto ojival cayó
de la Reforma al aliento,
y en pos de él se levantó
híbrido arte, que llamó
la audacia: «Renacimiento.»

Mezcla en que la fantasía
con lo clásico campea;
hojarasca culta y fea
sin principio, fin ni guía,
que en León inspiró á Larrea.

Él trazó esta gran fachada,
que en su línea dilatada
en cornisas y balcones,
en orlas y medallones
está de joyas cuajada.

.....

.....

Aun, en su rudo interior,
de la brisa al soplo vago,
se figura el soñador
que avanzan rezando, el prior
y los frailes de Santiago.

Y que altivos y severos
mostrando la roja cruz,
pasan santos y guerreros,
los treces y caballeros,
del claustro á la hermosa luz.

Poderosas hermandades,
que con reñir y rezar
no pudieron estorbar,
que un César las libertades
sepultara en Villalar.

Alzó el orgullo el convento,
alcázar, gloria y portento,
sin ver al lado del todo
á un pueblo ignorante, hambriento
revolcándose en el lodo.

Pasó el orgullo feroz;
solo la fama en su voz
recuerda del tiempo aquel,
el genio de Badajoz
y los de Orozco y Doncel.

Ellos en la extensa faz
de León y de ambas Castillas,
dejaron, con genio audaz,
estas raras maravillas
del arte hermoso y fugaz.

Quevedo su cárcel dura
tuvo aquí: musa traviesa,
que en medio de la amargura
hizo la caricatura
de la altivez santiaguesa.

.....
.....

Hoy da la culta León
gran destino á esta mansión,
y á otras ciudades ejemplo,
convirtiéndola en el templo
de la civilización.

Vía que la humanidad
sigue, buscando el atajo
del cielo, que á la verdad,
no es el claustro-vanidad,
sino la virtud-trabajo.

SIGLO XIX

LOS TALLERES

Así cual de Bernesga las ondas cristalinas,
á la ciudad que tiene sus templos y rüinas,
separan de este centro de férrea labor,

así al antiguo espíritu de mística conciencia,
separa del presente de luchas y de ciencia,
el prodigioso aliento y empuje del vapor.

Sobre el nublado cielo de la ciudad dibujas,
románticas ventanas y góticas agujas,
y altivos torreones de bélico perfil,

¡oh León!, y si al poeta su encanto no es bastante,
corona tus praderas vegetación gigante,
que forma en el contorno magnífico pensil.

Pero la torre, el bello pináculo tejido,
las grandes alamedas de suave colorido
inspiran solo dulce, poética quietud,

y cual mortuorios paños, tus gruesos murallones,
y tus erguidos chopos, cual fúnebres blandones
hacen de ti, en conjunto, histórico ataúd.

¡Mas no!; que el movimiento del siglo poderoso,
la vida de mi tiempo, sin tregua ni reposo,
al pie de tus grandezas se siente palpar;

cruje el sonante hierro con fiera melodía,
de mil fuertes martillos se escucha la armonía,
los encendidos hornos chispean sin cesar;

y cual gigante pira de inmenso sacrificio,
su oscura chimenea ostenta el edificio,
dejando oír la hirviente contienda en su interior;

desde ella hacia la atmósfera los átomos se extienden,
del humo en negras masas, que los espacios hienden,
y en expansivas nubes, blanquísimo el vapor.

Hierro y carbón, robados al seno de la tierra,
por el calor deshechos, mantienen cruda guerra
en foco ardiente, al soplo del aire que á ellos va;

y la potente fuerza que el combustible tiene,
á remover los átomos del duro metal viene,
y en estudiado molde un nuevo ser le da.

El admirable monstruo diseña la mecánica,
luego el taller se afana en su estructura orgánica,
enciende en sus entrañas la chispa su poder.

¡Sus!... que las plantas férreas tocaron en el suelo;
por la infinita vía veloz tendió su vuelo;
vedle los horizontes lejanos trasponer.

Y la quietud histórica, y la esperada muerte,
y cuanto en los recuerdos se mira frío, inerte,
despierta cuando pasa tronando con su voz;

los pueblos resucita, los mundos alborota,
al idealismo estéril con su potencia azota,
¡se ríe del pasado la máquina veloz!

Desconocidos héroes sus cálculos escriben,
soldados del trabajo en los talleres viven,
no tienen nombre apenas, ni historia, ni blasón;

del alba hasta la noche su fibra no reposa,
sus goces son sus hijos, su idolatrada esposa,
su consejero, el libro, sus galas el carbón.

Vedles negros, sudosos, del río en la ribera,
rigiendo el árbol férreo, el torno, la caldera,
creando maravillas, del émbolo al compás;

Son de la raza ilustre, del pueblo inteligente,
que en Suez y en el Mont-Cenis dejó escrita potente
la frase: *¡Mucho hicimos! ¡preciso es hacer más!*

La ciencia y el trabajo la humanidad fundieron,
y un solo pueblo hermano de cien pueblos hicieron;
en estos monumentos es donde á Dios se ve.

La catedral entone de ayer el santo hossana;
que á Dios honra hoy la ciencia, cual le honrará mañana,
mientras de los obreros la casa quede en pie.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.



LOS CIRCOS ECUESTRES

CONTINUACIÓN (1)



CONTINUAMOS la descripción de los anfiteatros que dejamos pendiente en el número anterior. La parte situada al otro lado pertenece al pueblo, y las gradas estaban cubiertas de madera, elevándose hasta un pórtico elegante que circuía todo el edificio.

Se entraba á las diversas precinciones por algunas *puertas* (*voluctorias*) abiertas en las gradas y artísticamente adornadas, y debajo había escaleras que dividían dichas gradas en *cunei*, en cada una de las cuales velaba un *cuniarius*.

Según cálculos aproximados, asistían al coliseo ó anfiteatro siete mil espectadores. Su diámetro era de 86'40 metros el menor, 38'50 en la arena, prolongado hasta el exterior ascendía á 188'50, y 155'60 la precinción se elevaba del suelo 49 metros. Exteriormente se componía de cuatro órdenes sobrepuestos; los tres primeros eran de arcos sostenidos en postes adornados de columnas embutidas, las cuales eran dóricas en el pie, jónicas en el primer orden, corintias en el segundo y siempre sencillas y de exquisito gusto que competía con la demás grandeza. El piso superior no tenía arcos, sino pilastras corintias intercaladas de pequeñas ventanas

(1) Véase la pág. 102 del T. LIX.

rectangulares y con una cornisa que coronaba todo el edificio. Encima de la cornisa se contemplaba un trofeo de bronce de armas y juegos.

Hasta ochenta ascendía el número de los intercolumnios de cada orden; los arcos inferiores estaban cerrados con barreras que se levantaban al dar principio los juegos; los de los pisos superiores se cerraban por parapetos coronados de estatuas. Todas las partes del edificio se comunicaban por diferentes pórticos que correspondían á cada uno de los tres primeros órdenes y desembocaban en la escalera, utilizándolos también para reservarse de la intemperie. Un toldo *velarium* extendido sobre la arena preservaba á los espectadores del sol y del agua.

En la época del Imperio se construyeron otros anfiteatros en ciudades de segundo orden, y aunque por lo regular eran de madera, el de Capua sobresalía por su esplendor y magnificencia.

Entre los que de este orden merecen especial mención podemos contar á más de éste el Flavio, el de Verona, el de Pouzoli, el de Sutrí, el de Cagliari en Cerdeña, el de Agrigento en Sicilia, el de Catania, los dos de Siracusa, sin enumerar otros de los que se encuentran vestigios en otros puntos, y especialmente en España. El de Mérida ocupa un lugar preferente y fué construído siendo cónsul Marco Agripa, hijo de Lucio, en el año tercero de su tribunicia potestad, y así consta en una inscripción grabada en una soberbia piedra berroqueña como de cinco varas de largo y una en cuadro, que figura en la portada del edificio y en la que se ve grabada en letras de bronce la antedicha inscripción que dice así: M. Agripa. L. T. Coss. III. Trib. Pot. III.

También merece especial mención el Circo Máximo, situado á la parte de Oriente de la ciudad, punto de la ermita de San Lázaro, á un lado del camino de Madrid, denominándose Máximo, no porque faltase otra menor á quien compararlo, sino por ser uno de los más grandiosos que se conocían y de mayor magnitud que el de Roma.

Su *espina*, que se extiende de Oriente á Poniente, está dividida en dos mitades, con distancia de veinte varas de una

á otra; su anchura es de doce varas, su altura de una y su largor total de doscientas cincuenta. Se verificaban en él tambien juegos navales, surtiéndole de agua por un conducto ó caño colocado á la parte del Mediodía, y en una ventana que da á la calle de Santa Olalla, existen dos trozos de piedra en que se leen estas letras: II. PP. C. Circens, y que deben ser fragmentos de alguna inscripción votiva dedicada á algún Emperador, en cuyo triunfo ú obsequio se celebrarían juegos circenses.

En las ciudades de poca importancia no se encuentra anfiteatro, lo que induce á creer que los juegos se verificaban en el circo. Quizá en alguno estaba combinado el teatro de modo que sirviese también de circo; tal parece el de Lillebonne, cuya forma es elíptica, y que aun en Roma alguna vez tenían lugar en los coliseos anfiteatros juegos gimnásticos, lo comprueba Horatio cuando dice:

*«Si discordet eques media: inter carmina poscunt
aut ursum aut pugiles.»*

y de lo expuesto por Dion, respecto á que los conjurados que asesinaron á César tenían dispuestos gladiadores en el teatro de Pompeyo, pretextando celebración de juegos gimnásticos.

Terminada la descripción de los circos y anfiteatros, en la que hemos extractado párrafos de la obra antes citada y de la Historia Universal de César Cantú, conviene á nuestro plan entrar de lleno en los juegos que en ellos se verificaban, convencidos de que de su simple lectura podrá deducirse la semejanza de aquéllos con los de nuestros días.

Los juegos del circo se reducen al número de siete, diferenciándose con los nombres de *Curules* ó ecuestres *Gimnásticos* ó de atletas, la *Pompa*, el *Juego de Troya*, las *Luchas* á pie y á caballo y las *Neumaquias*. Los primeros tienen su ascendencia en Rómulo, y después sus sucesores adoptaron

la costumbre de unir dos ó tres caballos en un carro, siguiendo en esto el fanatismo religioso de aquella época, por lo que se unían á las *bigas* dos caballos, uno negro y otro blanco, en honor de la Luna, que así ve de día como de noche, tres en los *trigos* en memoria de las tres parcas, cuatro de frente en las *cuadrigas*, en representación del Sol, que señala las cuatro estaciones, y seis en las *espigas*, dedicadas á Júpiter por ser el padre de todos los demás dioses.

En consonancia con esta idea, los carros tenían las ruedas en figura de concha, que representaban el Oriente y el Occidente, y los caballos estaban bajo la especial protección de Neptuno. Lo que prueba el entusiasmo que producían entre los romanos los caballos, no sólo por ser la guerra su principal objeto y su único cuidado, sino porque siempre esta especie ha sido el ideal de todos los pueblos, y como quiera que el trabajo que hemos emprendido constituye un elemento indispensable las recreaciones ecuestres y gimnásticas, es la ocasión de que nosotros le dediquemos algunos momentos de atención, paréntesis que no dudamos nos agradecerán nuestros lectores, atendida la predilección que desde añejos tiempos ha tenido España al arte de la jineta y de equitación, y que el caballo ha sido siempre, por su inteligencia y figura, el animal predilecto del hombre, su más fiel criado, el más amante de su dueño, y como dice Plinio, es la afición, que nos encanta cuando niños, nos entusiasma cuando jóvenes y nos sirve de grato solaz y agradable distracción en los últimos años de nuestra vida.

En la selva, libre de trabas, de restricciones, sin más ley que su voluntad, ajeno al castigo, compartiendo sus placeres con los de su misma especie, luce su belleza, se realzan sus encantos, y se contemplan y admiran sus perfecciones; luego, cuando el freno hiere su sensible boca, la espuela atormenta sus ijares, la montura entibia su hermosura, se ve la mano del hombre y su inteligencia en armonía con su proverbial docilidad, y claro instinto.

En la guerra, en el paseo, en las carreras y en los circos ecuestres demuestra palmariamente sus relevantes cualidades. En el combate no teme el peligro, le arrostra tranquilo con

su dueño; en el paseo parece tiene interés, así como en la carrera, en dejar lucido al que le monta y al triunfo le conduce; en la pista del circo, prueba su invidiable predisposición á la enseñanza, y aunque los ojos y el oído son las facultades más imperfectas que posee, la vista y la voz del picador, las indicaciones con la fusta y los gritos convencionales que emplea, le dominan y dirigen admirablemente, y cuando se presenta educado á la alta escuela, nos trae á la memoria los nombres de los célebres artistas Mme. Tourniere, Mr. y Mme. Tampé Ciniselli, Miss Ledia y Perelli, el mulato Hiller y Elvira Guerra, que últimamente causó la admiración de los *amateurs* del circo de Price.

¿Qué extraño es, considerado así el caballo, que se le haya tenido y se le tenga en tanto aprecio y en todos los pueblos del mundo se le dediquen preferentes cuidados y se le tributen grandes honores?

En Roma producían grande admiración, y bien claro lo prueba Calígula, que muy de acuerdo con las costumbres romanas, dedicó á su valiente caballo *Incitato* una pesebrera de marfil, una manta de púrpura y una comedera de oro; valiéndole grandes aplausos de su pueblo.

Con unánime aprobación vió también al patricio Capitolino erigir una estatua de oro y un magnífico monumento en el Vaticano á su veloz corredor *Volucra*, y cuando Comodo mostró al pueblo que enchía el circo á su viejo caballo *Pertinax*, dorados los cascos y engalanado su caduco cuerpo con ropaje de oro, multitud de voces—dice el historiador ya mencionado, Mary Lafon—y mayor número de manos palmorearon aclamando al vencedor.

Merced á esta pasión que tenían los romanos á los caballos en general y sobre todo á los del circo—que ha sido una de las razones que nos han obligado á detenernos en este punto,—han llegado á nuestra noticia los nombres de los hermosos corceles que pasaron por debajo de las espaciosas bóvedas de las torres *Menianas* con la cabeza ceñida de laurel, conservando el mármol los más ilustres y renombrados, que fueron *Nitidus*, blanco; *Fuscus*, ceniciento; *Devoratus*, bayo; *Viril*, rojo; *Soberbio*, bayo oscuro; *Polinice*, negro; *Rómu-*

lo, bayo; *Dragón*, rojo; *Desvastador*, negro; *Fastidioso*, rojo; el *Libre*, bayo; el *Ferrino*, rojo; el *Amoralazón*, lo mismo que *Delicado*, *Matrona* y *Palma*, bayo oscuro; *Rómula*, rojo; *Fedro*, negro; *Perdiz*, dorado; la *Licencia*, negro, y otros varios cuya fama no ha podido eclipsarse en cinco siglos.

Si esto acontecía entre los romanos, mucho más podríamos decir respecto á los árabes que le rendían un culto idólatrico, excediendo los límites del fanatismo al asegurar, que cuando Dios quiso crearle llamó en su auxilio al viento del Mediodía, y de él formó el caballo; le proclaman además como la criatura más eminente después del hombre, y añádese que la más hermosa ocupación es criarlo; la postura más noble el ir sentado sobre sus lomos, y la acción más meritoria de todas las domésticas, darle de comer, creyendo ganar tantos días de indulgencia como granos de cebada le presentan en su ración.

Le distinguen con el nombre de *Ail*, y se dividen en cinco razas, oriundas de Nojeda; el origen de dichas razas se eleva hasta el paganismo, tomando por originario al famoso caballo *Masour*, que pertenecía á Okvar, jefe de la tribu de Beni-Bedeida, y otros se creen procedentes de las cinco yeguas favoritas de Mahoma, *Rabdha*, *Noama*, *Nadea*, *Saadkha* é *Ilkerma*.

La amistad fraternal que les profesan se funda, no solamente en la utilidad que sacan de ellos durante su vida errante, vagabunda, sino también de una antigua preocupación que los hace mirar como seres dotados de sentimientos nobles y generosos, y de una inteligencia que no tienen los demás animales.

Se consideran perfectos siempre que reúnan las tres buenas cualidades de pescuezo ancho y arqueado, ancas redondas y altas y la cabeza pequeña.

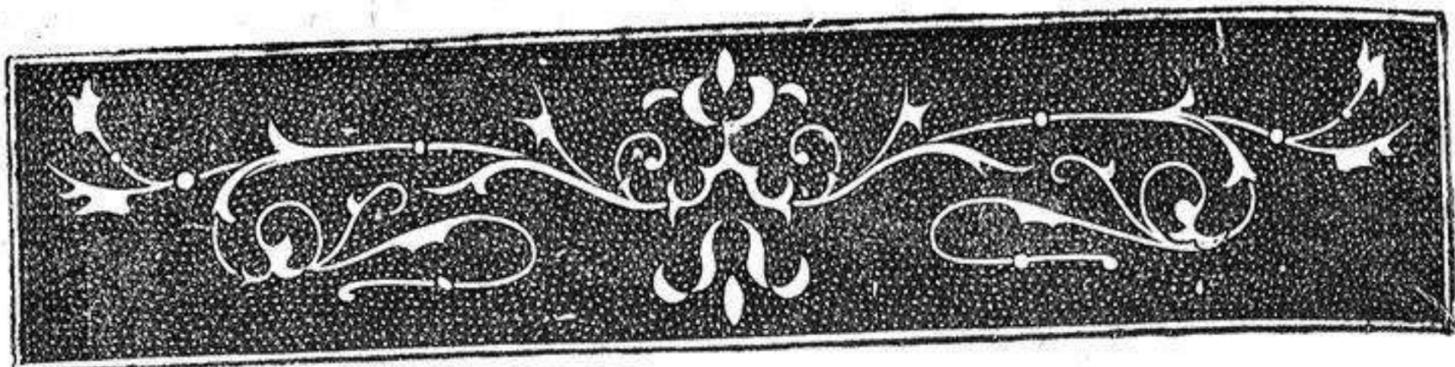
Las tribus, en su advenimiento á España por derecho de conquista, no sólo nos trajeron la raza de estos caballos, sino que de ellos viene, más ó menos directamente, el arte de la jineta, que tan en boga estuvo durante la Edad Media, y de la que tanta gala hicieron nuestros caballeros de aquella época en la suerte y juegos de caballerías, como la *Sortija*, el *Estafermo*, las *Justas* y *Torneos*, los *Golpes de espada* y el

Torear con varilla, que demostraban la existencia de la escuela de la brida, al paso que las *Cacerías*, las *Escaramuzas* y *Juegos de cañas*, los *Bohordos*, las *Carreras públicas con lanza y adarga*, el *Torear con lanza, rejón ó vara larga*, las *Cuchilladas al toro* y *Socorro de los peones*, así como las *Mascaradas*, se hacían siempre á la jineta.

No entra en nuestro propósito ocuparnos ahora de estos juegos, que llamarán nuestra atención si se presenta momento oportuno y encontramos en ellos origen de los que en nuestros circos se verifican, pero sí creemos que es ocasión de decir algo sobre estas dos escuelas, cuyas diferencias son notables y claras. En la jineta se hace correr al caballo y se le para con determinados principios; se le obliga á volver y revolver, marchar hacia uno y otro lado y hacia atrás con la mayor agilidad y presteza, sin otro auxilio que la ayuda de los pies y la mano izquierda; en la de la brida, la vara, cabezón, gamarra y otros instrumentos son sus elementos más esenciales.

También existen diferencias notables y prolijas de enumerar, en lo que se refiere al freno, de lo que se han ocupado Manzanos y Pérez de Navarrete; á la silla, á los estribos, á las espuelas en sus diferentes especies, y en la posesión del caballo, diferencias que forman una parte esencial del arte de la equitación, y que hemos creído oportuno mencionar, por servir como asunto en estos momentos, en los que, por ocuparnos de las cualidades del caballo y de su importancia en las fiestas antiguas y en las modernas, que constituyen hoy el primordial objeto de nuestro estudio, hemos hecho mención de los ejercicios de la alta escuela, tan aplaudida y celebrada en esta época, y que produce siempre entusiasmo en los asiduos concurrentes á los circos ecuestres.

Terminada esta digresión, que hemos juzgado conveniente y oportuna para que sirva como de fundamento á los principales juegos y fiestas en los que el caballo ha de desempeñar un importante papel, vamos á entrar de nuevo en la descripción de las carreras, que son el primer juego de los corceles, como ya hemos dicho, que se verificaba en el circo romano y griego.—RAMIRO.



LA ODA

ESBOZO HISTÓRICO-CRÍTICO

CONTINUACIÓN (1)



Esto es bello: se acerca al verdadero lirismo heroico: linda con él este escogido trozo, en que el vate, con férvida inspiración, anuncia lo porvenir:

... el andaluz jinete
beberá del Cedrón, el santo muro
libertado será, y fiel devoto
podrá cumplir su voto,
de tiranos insultos ya seguro.

Tendrá la España, más que un tiempo Roma
de su imperio en el coto,
el marfil indio y el sabeo aroma
para las aras y el sagrado fuego:
ven, ¡oh dichosa edad! pero ven luego.

Canción II. A la defensa de Orán:

(1) Véase la pág. 171 de este tomo.

... Veráse la campaña
de Marruecos, de Argel y Terudante,
de púrpura teñida y ríos rojos;
revolcará los bárbaros despojos
al mar de Mediodía y al de Atlante...

Una idea del número é importancia de odas heroicas ó canciones patrióticas se formará con el índice de las encontradas en los poetas líricos del siglo XVIII, algunas de las cuales exigen comentario y párrafo aparte.

(a) En loor de los héroes españoles.

Oda de Iglesias de la Casa.

Canta á Viriato, Pelayo, Bernando, el Cid, Hernán Cortés, etc., etc.

(b) A la batalla de Trullas (Rosellón).

Se refiere esta oda del Conde de Noroña á la victoria alcanzada por el General D. Antonio Ricardos, sobre el de la República francesa, Dagobert, el 22 de setiembre de 1793.

(c) A la paz entre España y Francia, año de 1795.

Del mismo Conde de Noroña y en liras de seis versos cada una y de epta y endecasílabos.

(d) Al Rey intruso José Napoleón, cuando entró en Córdoba en 1810.

Es oda de D. Manuel María de Arjona. La compuso cuando llegó á Andalucía el Rey D. Carlos IV en 1796, y la refundió su amigo D. José Marchena para obsequiar á Napoleón, no pudiendo hacerlo por sí mismo, por estar enfermo, á la sazón, D. Manuel M. Arjona. Esta oda anti-patriótica fué el cargo principal que se hizo á éste en la causa de infidencia que se formó en 1814.

(e) A la batalla de Trafalgar.

Son tres odas enlazadas de D. Francisco Sánchez Barbero.

I ¡Cuán corta y suspirada...

II ¿Quién es bastante á contener el llanto...

III Del piélago profundo...

(f) A la paz entre España y Francia en 1795.

Oda de Cienfuegos.

(g) La tempestad y la guerra, ó el combate de Trafalgar.

Notable canción de Arriaza.

(h) Restauración de nuestra marina.

Oda de Arriaza. Lisonjeras ilusiones sobre la restauración de nuestra marina. Exhortación á los que se hayan de poner á su frente á imitar el valor y la dura práctica de los antiguos almirantes Roger de Lauria y D. Juan de Austria.

(i) Odas de D. Dionisio Solís.

Aunque en otro capítulo se habla de odas á la guerra de la Independencia, queremos mencionar aquí la siguiente:

En elogio de Lord Wéllington, después de la batalla de Tolosa.

—La invasión francesa (1823).

Esta, como su fecha indica, no invoca la independencia de España, sino la libertad política, que es muy distinto. No es, pues, de este lugar.

(j) La conversión de los godos en el reinado de Recaredo.

Oda religioso-patriótica de D. Alberto Lista.

(l) A la restauración de Buenos Aires, en 1806.

Poesía de Lista.

(ll) La victoria de Bailén.

Del mismo autor.

(m) A las ruinas de Sagunto.

Del mismo.

(n) El Dos de Mayo.

Oda elegiaco-heroica de N. Gallego. A la defensa de Buenos Aires, en 1807.

Hermosísima oda de N. Gallego.

(o) En la revolución francesa. A Santiago, patrón de España.

Canción religiosa y patriótica de D. Tomás José González Carvajal.

¡Triste y amarga era,
en que el pueblo engañado no procura
libertad verdadera,
sino injusta soltura,
y perdición, y oprobio y desventura!

(p) En la guerra con los ingleses. A Santiago, patrón de España.

Del mismo autor y carácter.

Defiéndenos á España
por cuanto el mar extiende su rodeo;
guárdanos la montaña
¡oh ilustre Cebedeo!
de Pirene y el término europeo.

(r) En la invasión francesa. A la Santísima Virgen aparecida á Santiago.

Idem.

(s) A la instalación de la junta central de España.
Canción de D. José María Blanco y Crespo. (Sevilla, 11 julio 1775.—Líverpool, 20 mayo 1841.)

...Los vientos, en tanto,
susurran libertad, y las naciones,
alzando al cielo la temible frente,
y respirando encono,
hacen temblar al déspota en su trono.

(t) A los españoles en sus discordias civiles (1823).
Oda de D. José Musso y Valiente. (Lorca, 1785.—Madrid, 1838.)

Concluye así:

...En vano en son siniestro
invoca libertad tu poderío,
gente dura al honor, al vicio blanda...
¡No hay libertad do la virtud no manda!

Faltan en este índice odas de Quintana y de otros poetas, que no pueden ser dadas al olvido.

ODAS CONTRA LA INVASIÓN FRANCESA

La invasión de las provincias españolas en 1808 por el ejército de Napoleón, si produjo brillantes páginas en la gloriosísima historia de España, inspiró también himnos bélicos y cantos patrióticos á algunos poetas que, encendidos en el santo amor á sus hogares, no se espantaron del vuelo siniestro de las águilas imperiales, señoras de cien pueblos y naciones.

No es posible insertar aquí las varias composiciones poéticas que inspiró la guerra sublime de la Independencia; pero faltaríamos al fin capital de este Esbozo crítico histórico de la Oda si omitiéramos los fragmentos y muestras de las más entonadas y célebres. Sin orden cronológico, ni de mérito literario, vamos á dar noticia sucinta de algunas.

El Duque de Rivas, poeta romántico de bríos épicos, escribió en un campamento, en 1808, una oda pindárica «Al armamento de las provincias españolas contra los franceses,» con este vigoroso empuje:

¡Venganza! dice el animoso viento
 en las cavernas cóncavas zumbando.
 ¡Venganza! dicen las bramantes olas
 al azotar las playas españolas.
 ¡Venganza! dice el alto firmamento
 horrísonas tormentas agitando.
 Venganza contra el bando
 de los galos traidores,
 que escondiendo el puñal entre la oliva,
 con furia y saña altiva,
 de amigos se tornaron opresores,
 volviendo alevemente sus abrazos
 en férreos grillos y en traidores lazos.

El poeta español, en su bélico entusiasmo, ve ó columbra el triunfo de la justicia.

Como al impulso del furioso viento
 desaparece la espiga ya tostada,
 envuelta en remolino polvoroso,
 así la hueste del francés doloso
 se abate y desaparece en un momento,
 del ardor español arrebatada.
 Y huye desalentada,
 y es vana la carrera
 del bélico animal, y el reverbero
 del morrión guerrero
 y de la cota refulgente y fiera,
 que al valor de la Hesperia se ha humillado
 el potro, y la coraza, y el soldado.

Me gusta mucho más la conocida polisíndeton:

Y los dejó, y cayó en despeñadero
 el carro, y el caballo, y caballero.

La victoria de Bailén, cuyos cañonazos (según un escritor francés) resonaron en todos los Gabinetes de Europa, asombrada de ver vencidos á los *invencibles*, inspiró al Duque de Rivas otra oda, con estrofas como estas:

El noble monstruo, que abortó el tridente,
 relinchando ardoroso,
 el grave peso siente
 del gallardo español, que esgrime osado
 el acero lustroso,
 de virtud, de valor, de enojo armado.
 Ya llegan en tu busca, Dupont fiero,
 las fuerzas españolas
 al campo de Bailén, y en los pendones
 que abatieron del bárbaro agareno
 las blancas lunas y encrespadas colas,
 tremolan los castillos y leones.

.....
 Guerra en el monte, en la llanura hay guerra,

y guerra por doquier: desde la frente
de la enriscada sierra
hasta el mar de Occidente...

.....

¡Ay, cuánto de congoja y mudo espanto
reina ya entre tus bárbaros guerreros,
¡oh Galia injusta! al ver el poderío,
el denuedo y el brío
de los varones ínclitos iberos!

.....

Victoria suena el viento,
y victoria repiten los collados,
y victoria los buques destrozados,
y el raudó Betis grita
victoria, y en el mar se precipita.

En 1812 el Duque poeta escribía una oda «A la victoria de Arapiles.» Comienza invocando al Tormes, coronado de juncias y verbenas, para que el divinizado río llame á las ninfas y pastores y gentes de su orilla, dichosas ya con el gran vencimiento del impío. Y sigue, con entonación y manera clásicas:

Mira, oh Tormes, triunfante en tu ribera
al hijo de Belona, al anglo fiero,
libertador glorioso de Castilla,
al que Bengala victorioso viera,
á quien el Ganges la cerviz humilla,
al que es pavor de Galia en Tajo y Duero.

Esta manera ó estilo lírico, esta fraseología monótona clásica, este «anglo fiero,» protegido «del furibundo Marte,» capaz de llevar «su estandarte á la vana Lutecia,» está ensalzado y cantado, en la estrofa última de esta canción heroica, con lenguaje que sabe al modo bíblico, explotado una vez por Herrera.

Los bravos adalides,

que en tantas fieras lides,
y en Jena y Austerlitz triunfantes fueron,
con mudo espanto y con asombro huyeron.

A Wéllington miraron,
y su denuedo y brazo no vencido;
y mudos se turbaron,
y su antiguo valor quedó en olvido.

Mil falanges gimieron prisioneras,
rompiéronse del fuerte las banderas,
y el ferviente cañón, mudo y cautivo,
al vencedor altivo
sigue, y rechina sobre el eje ardiente,
con tardo paso, entre vencida gente.

Lo cual se acentúa en el símil del cedro, famoso en los Sagrados Libros:

Cayó el galo á su vista, de la suerte
que al rudo empuje del sañudo viento
altivo cedro, cuya excelsa cima
tocaba en el sublime firmamento,
y se ve en un momento
roto, sin hojas, mustio, destruído,
y su orgullo deshecho y abatido.

Este gran poeta, que en *La Fuerza del Sino* alzó con brío el estandarte de la escuela romántica, no había roto, cuando peleaba contra los franceses, las ligaduras de su educación literaria, llamada clásica vulgarmente, aunque en rigor es galo-clásica ó pseudo-clasicista la que recibieron nuestros ingenios en las postrimerías de la centuria pasada ó en los comienzos de la presente. Pero ya en esta mezcla de estilos y lenguajes que en la oda anterior y en otras se descubre sin esfuerzo, se revela también la lucha secreta de su genio poético.

En el mismo año 12, se alegra el vate español cantando á *Napoleón destronado*. La oda pindárica de este nombre mezcla y confunde la cítara de Apolo con el harpa de David, la

trifulca llama de Jehová y la viva lumbre de Titán, el dios de Abraham y el feroz Mavorte. Napoleón (según el poeta)

...Al carro horrendo
de Mavorte feroz subió arrogante,
agitó la cuadriga resonante,
y á su terrible estruendo
los robustos temblaron,
los altos y los fuertes se humillaron.

.....

El Nilo vió su encono fulminoso,
y de cálida sangre enrojecida
la frígida corriente,
arrastró al mar undoso
rompidos carros, miembros palpitantes,
cascos hendidos, bárbaros turbantes.

.....

Canta conmigo, oh Galia venturosa,
dulcísimas canciones,
himnos de gratitud al Ser eterno,
que al yugo te arrancó. Cantad, naciones,
la gloria del Señor...

Esta oda, que recuerda en sus liras irregulares ó silvas los triunfos y derrotas de Napoleón, no es extraña al capítulo actual de canciones á la guerra de la Independencia, citada también por el lírico español como prólogo que fué de la caída y ruina del coloso.

La Sociedad Económica de Sevilla premió en 1814 la oda rotulada «España triunfante» del mismo tono que «Napoleón destronado.»

Son de mal gusto enumeraciones como esta:

Tamanes, y Abisval, y Talavera,
y Chiclana, y Valencia, y Arapiles,
y donde fué Manresa desgraciada,
y Lerín, y Sampayo, y Albuera,
campos de horror á los traidores viles,
que osaron profanar la patria amada...

Y aunque el lirismo heroico adolece de hinchazón, parece excesiva la que se nota en este período:

Alcese en la elevada y agria frente
del nimbozo Pirene un monumento,
que domine el Tirreno, y mar de Atlante,
aun más que los egipcios eminente,
y el bélico furor allí sangriento
con cadenas de bronce resonante...

(monumento que se ha reducido á una ecuestre columna en un paseo de Madrid.)

Otra oda «Al mismo asunto» está en liras de esta clase:

El tardo Manzanares
fué el primero que vió tu alevosía;
después que entre sus lares
te acogió, Galia impía,
y aún los brazos amigos te extendía.

.....

Sí; ya tu regia planta
sobre rompidas armas estribando,
y la inicua garganta
de tu opresor hollando,
la admiración del mundo estás gozando.

Última lira de esta oda, cuyo mérito no se levanta sobre el poco admirable de los versos citados.

Bien se conoce que el ilustre Duque ya empuñaba la lira, ya la espada, en aquella guerra épica y formidable contra el nuevo Alejandro. El poeta lo declara en varias composiciones. Véase su epístola al satírico D. José de Vargas y Ponce que, en un romance-carta, le había censurado la afición á torear en el campo y á derribar vacas con la garrocha, diversión grata á los jóvenes andaluces de aquel tiempo, como hoy el toreo con todos sus accesorios es moda plebeyo-aristocrática. De este modo se defiende el poeta:

Si hubieras, Vargas, por mi mal sabido
que en ancho circo destrocé inclemente
lozano toro á la labor nacido;

si hubiera yo, siguiendo la corriente
de una costumbre bárbara que aún dura,
y que introdujo la africana gente,

gozádome, enemigo de natura,
en verter sangre y en ajeno daño,
con llanto de la triste agricultura,

tu enojo y tu rigor no fuera extraño,
y el orbe entero abominar debiera
tan gran barbaridad, crimen tamaño.

Si á tu noticia por ventura hubiera
llegado que yo estaba confundido
entre la turba vil, baja y torera,

cual suele tanto noble envilecido,
que perdiendo el respeto á sus mayores
desmiente su linaje esclarecido;

si yo, que al son de trompas y atambores,
cabe el Tajo mi patria defendiendo,
desprecié de Belona los horrores,

y el fulminante brazo sacudiendo,
por lo menos mostré no ser cobarde,
ajena y propia sangre allí vertiendo,

ahora degradado hiciera alarde
de empuñar vil estoque contra un toro,
fuera justo el enojo que en ti árde.

Sin duda entonces el virgíneo coro
que habita el alta cumbre de Helicon,
me negara indignado su tesoro.

Las nueve vírgenes no negaron sus dones al guerrero-poeta, que es notablemente épico en sus hermosos romances y en «El Paso Honroso» y «Florinda,» poemas; y es altamente dramático en «Don Alvaro» y «Doña Blanca» (tragedia extraviada esta última); y es verdaderamente lírico en la multitud de odas que brotaron de su fácil pluma. La romana Lucrecia, «salud de esclavos, muerte de opresores,» fué

reproducida por el pincel del ilustre Duque, también competente en el arte de Murillo.

Noble, valiente, pintor, poeta, ganó rojos laureles en la guerra que historió Toreno. Y fué tan pródigo en concederlos á todo el mundo, que su mano generosa los regaló á Fernando VII, porque en 1818 se dignó presenciar el ejercicio general de los escuadrones de la guardia de su real persona, honrándolos en seguida con ponerse á su cabeza.

Según reza la nota puesta á esta oda en las obras del Duque de Rivas—que todavía están en publicación,—se escribió esta poesía á insinuación del mismo Rey, y el autor la leyó delante de SS. MM., teniendo la Reina la bondad de alumbrar con una vela que alcanzó de un candelabro. No obstante estas circunstancias y los desmedidos elogios prodigados en ella al Rey, la oda no gustó al juez de imprenta, que prohibió su publicación, dando origen á una polémica muy original entre el autor y el juez, en la cual intervino el célebre literato D. Manuel María de Arjona. La discusión divirtió mucho á Fernando VII, que la cortó ordenando terminantemente la impresión de la oda. ¡Un juez más papista que el Papa!

La poesía que desagradó á ese famoso juez, pide aliento á las deidades de Helicon para cantar al ínclito Fernando y extender la voz desde el Sur al Norte, y desde un polo al otro, cantando, en liras de trece versos, la guerra de 1808 que arrancó al «Rey amado, predilecto de Dios,» de las garras del «monstruo horrendo.»

¡Ay, cuánto afán, y hazañas, y fatigas
costaste á tu nación!... Todo lo inunda
de la devastación el gran torrente,
y como el segador abate espigas
el filo de la muerte furibunda
troncha esforzados... ¡Ay! ¡cuánto valiente
á su impulso inclemente
cayó, cual en la sierra
de Moncayo los pinos,
si el Noto le hace guerra

y ciento á ciento arrastra á remolinos!
 Mas no cesa la lid; do mil perecen,
 otros mil á vengarlos aparecen.

En castillos las chozas de pastores,
 los cayados en lanzas se tornaron.
 Nadie evita el combate. Hundido el muro,
 ni se rinde á los bronce tronadores;
 las huestes rotas nueva lid buscaron:
 y no hay ceder. En el silencio oscuro
 el Orïon y Arturo
 ven combatir. La aurora
 ve combatir. La lumbre
 del sol, desde que dora
 del Pirineo la fragosa cumbre
 hasta que hunde en el mar su carro ardiente,
 ve combatir á la española gente.

Verdad y poesía. Lo que no es verdad y resulta anti-poético de risible, es presentar á Fernando, después de su vergonzoso cautiverio, al frente de sus escuadrones, haciendo temblar á las naciones y pueblos con el brillo de su espada, empuñada en ostentoso y pacífico alarde. Bastante era, y aun sobrado, evocar los sagrados manes de los mártires sacrificados en Madrid y coronarlos de blancas rosas y hacerles contemplar el júbilo y regocijo del pueblo castellano; y asaz hiperbólico entusiasmo nos parece á los fríos críticos de aquella epopeya sublime y de aquel héroe mezquino, el viva prolongado del fuerte Aragón, de la Celtiberia, del leve valenciano, de la Turdetania, del hondo piélago, del nuevo mundo y de todas partes...

Y en cuanto alumbra el sol y el cielo abarca,
 viva tu nombre, altísimo monarca.

Pero la verdad histórica es que recibía España con amor al cautivo de Bonaparte y los poetas reflejaban en sus cantos el amor y alegría de los pueblos.

MIGUEL GUTIÉRREZ.

(*Se continuará.*)



VARIEDADES

DEBERES DEL ESTADO PARA CON LA CIENCIA.—Tal es el tema elegido por Sir Lyon Playfair para el discurso inaugural de las sesiones que la *British Association*, que aquél preside, ha celebrado en Aberdeen en setiembre último. Vamos á recordar algunas de las atinadas consideraciones expuestas por el ilustre sabio.

Las relaciones entre la ciencia y el Estado—dice—deben ser íntimas, porque los progresos de la ciencia interesan á la prosperidad pública.

Hasta hace poco no han comprendido Francia y Alemania lo mucho que les importa estimular á los sabios. La nación verdaderamente notable en este concepto es la norteamericana, que reserva 150 millones de acres de bienes nacionales en beneficio de la instrucción científica. Puede asegurarse que los Estados Unidos marchan á la cabeza del progreso. Sus publicaciones científicas, los grandes trabajos de paleontología del profesor Marsh y de sus colaboradores de la comisión geológica pueden servir de ejemplo á todas las naciones de Europa.

Distinguidos botánicos y químicos trabajan en el Ministerio de Agricultura. Una comisión científica tiene el encargo especial de estudiar las costumbres, emigraciones y alimen-

tación de los peces; para este fin dispone de dos hermosos buques de alto bordo. Son ya de mucha importancia las investigaciones efectuadas, conociéndose con bastante exactitud la vida de los peces, temperatura de las aguas en que habitan, clase de sustancias de que se nutren y costumbres de sus enemigos naturales. Para conseguir este resultado, cede el Gobierno la marina y da á la comisión un cuerpo de naturalistas hábiles, de los que unos hacen sus estudios en el mar y otros trabajan en los laboratorios biológicos de Wood's Hall, Mass., ó Wáshington. Los gastos anuales de la comisión federal llegan á 50.000 duros, á los que hay que añadir otros 20.000 que invierten separadamente los Estados en estudios sobre el mismo asunto.

Ya van comprendiendo en Inglaterra las sabias palabras dirigidas por Wáshington á sus compatriotas en su proclama de despedida:

«Desarrollad, porque son de capital importancia, las instituciones que tienden á la difusión de la ciencia. Pues que el Gobierno debe ser expresión de la opinión pública, interesa mucho que ésta sea ilustrada.»

Laméntase Sir L. Playfair de que en Inglaterra sólo se halle sometida á la vigilancia del Estado la instrucción primaria, cuando hasta en las pequeñas naciones, Portugal, Grecia y Egipto, existe un ministerio de Instrucción pública; cree que la lentitud con que progresan las ciencias en su país débese á la indiferencia de las clases elevadas, y advierte con satisfacción que se nota un saludable despertar entre las clases laboriosas, pues son varios los profesores elegidos representantes en las Cámaras.

Examina después detenidamente la segunda enseñanza, y propone las modificaciones que conviene introducir, decidiéndose por que se armonice el estudio de la ciencia con el de la literatura.

Ocupándose en la enseñanza superior, observa que una sola Universidad de Alemania, Estrasburgo ó Leipzig, por ejemplo, recibe un millón de francos al año, 250.000 más que todas las universidades de Irlanda ó de Escocia. La ciudad de Estrasburgo ha invertido más de 17.500.000 francos

en reconstruir su Universidad y Biblioteca, excediendo de un millón su presupuesto anual de gastos.

Al reformar la Universidad de Estrasburgo se han abierto ocho laboratorios perfectamente acondicionados y provistos de cuantos instrumentos son necesarios para las investigaciones y la enseñanza (1). Prusia gasta más de diez millones al año en sus universidades.

La reciente actitud de Francia es todavía más notable. Después de la guerra de 1870, se discutió en la Academia de aquel país esta importante cuestión: «¿Por qué no ha encontrado Francia hombres superiores en el momento de peligro?» La respuesta unánime fué: porque ha dejado que baje el nivel de su educación universitaria.

Asustada Francia ante la postración de la enseñanza superior, ha gastado 82 millones en reconstruir los colegios de los departamentos y consigna anualmente una suma de 12.500.000 francos para subvenciones.

Las demás naciones siguen el ejemplo de Alemania y Francia. Suiza nos demuestra lo mucho que puede hacer un pueblo por su educación científica aun luchando con obstáculos naturales. Merced á su excelente sistema de escuelas y á su gran colegio técnico de Zurich, es hoy un país manufacturero próspero, apesar de hallarse separado de los grandes centros de consumo por altas cordilleras y de no poseer carbón ni las primeras materias necesarias para la industria. Bélgica reorganiza sus universidades y Holanda, con una población de 4 millones de habitantes y un presupuesto de 250

(1) He aquí el coste de estos laboratorios:

	<i>Francos.</i>
Química.....	875.000
Física.....	700.000
Botánica.....	650.000
Observatorio.....	600.000
Anatomía.....	1.000.000
Clínica quirúrgica.....	650.000
Química fisiológica.....	400.000
Fisiología.....	345.000

millones, gasta 3.400.000 francos en sus cuatro universidades.

Oxford y Cambridge, merced á su estado próspero, construyen nuevos laboratorios científicos, y los opulentos comerciantes de Mánchester han dotado á su nueva universidad Victoria de laboratorios semejantes. Gracias á donativos de particulares, las universidades de Aberdeen y Saint-Andrew, menos ricas que las anteriores, están regularmente organizadas...

El pueblo mide el valor de una ciencia por la utilidad de sus aplicaciones á la vida. No cabe duda de que la ciencia es interesante cuando proporciona al hombre un beneficio práctico. La mitología griega nos muestra las verdaderas relaciones entre la ciencia y la industria. Vulcano, dios de la industria, amó apasionadamente á la ciencia, bajo forma de Minerva; pero la casta diosa no se unió nunca á él. En nuestros días, el rápido desarrollo de la industria, se apoya en las aplicaciones de la ciencia; en otro tiempo, la industria procedía por tanteos...

A fines del siglo XV debiéronse al empirismo descubrimientos de importancia: el compás, la imprenta, el papel, la pólvora, los cañones, los relojes, las agujas, las herraduras, las campanillas, el grabado en cobre, el acero, los anteojos, el microscopio, el molino de viento, etc. Fundáronse estas industrias gracias al conocimiento más profundo de los hechos de la naturaleza. Aristóteles ha dicho: «Empieza el arte cuando después de un gran número de experiencias se forma una concepción general que abraza todos los casos semejantes»....

Los hechos aislados son como el polvo en la ciencia. Para el observador ordinario, el polvo que flota en la atmósfera es una materia incoherente que está fuera de su sitio; para el sabio, adquiere considerable importancia cuando los rayos caloríficos y luminosos actúan sobre sus moléculas, porque influye en las nubes y en la lluvia. Mediante la selección que ejerce en las ondas solares, adorna el azul del cielo á la naturaleza con sus colores más hermosos. Así estos hechos aislados, este polvo de la ciencia, dan á la naturaleza nuevo

aspecto. La ciencia nos permite interrogar á la naturaleza con la experimentación directa. La hipótesis que nos mueve á establecer una cuestión experimental, puede ser verdadera ó falsa, pero *prudens questio dimidium scientiæ est*. Davy llamó á la hipótesis el andamiaje de la ciencia, útil para construir el conocimiento verdadero, pero que se puede poner ó quitar según se desee. La teoría es transitoria, pues como dijo Bacon, «el hombre de ciencia prefiere la verdad á su teoría.» Las teorías que cambian y que acaba por desdeñar el mundo, son las hojas del árbol de la ciencia: protegen á las yemas permitiéndoles echar nuevas ramas y producir frutos; después se secan y caen, pero sirven todavía de alimento á las raíces del árbol, y reaparecen en forma de nuevas teorías...

Examinando el orden de los progresos de la industria, aun antes de que los guíe la ciencia, obsérvese que las mejoras dependen de las condiciones siguientes:

- 1.^a Empleo de las fuerzas de la naturaleza para satisfacer las necesidades del hombre.
- 2.^a Economía de tiempo.
- 3.^a Economía de producción.
- 4.^a Aprovechamiento de los desperdicios, manera de aumentar su valor industrial. Los desperdicios de las fábricas de gas transformados en esencias, en tintes brillantes y abonos para fertilizar la tierra.

A veces se consigue realizar estas condiciones á un mismo tiempo. Siempre, y en todos los casos, hay economía de tiempo y de producción, cuando las fuerzas naturales reemplazan á la fuerza humana.

En la industria, las concepciones del sabio han secado el sudor de muchas frentes. Ejemplo: la invención del molino. Penélope tenía doce esclavos para que moliesen el trigo. En la época de prosperidad en Atenas, cada hombre libre poseía, por término medio, 20 esclavos. Pero los esclavos son máquinas, y las máquinas no inventan ni descubren. Los esclavos de los judíos, los ilotas de Esparta, los esclavos de Roma, los siervos de Europa, los trabajadores ignorantes de nuestros días, son los instrumentos de la ignorancia, y no ayudan al progreso humano. Actualmente tiéndese á que las

fuerzas naturales sustituyan al trabajo muscular, y de esta manera la libertad camina paralelamente á la civilización. Las máquinas exigen dirección inteligente. Una sola fábrica de calzado en Boston hace un trabajo igual al de 30.000 zapateros. En estos últimos años se ha elevado la fuerza de vapor de 11 millones y medio de caballos de vapor á 29 millones.

En industrias importantes se ha obtenido inmensa economía de tiempo y de trabajo, aplicando diferentes descubrimientos científicos. El descubrimiento del calor latente por Black, llevó á los inventos de Watt; el descubrimiento del equivalente mecánico del calor, por Joule, sirvió de base á los diversos perfeccionamientos introducidos en las máquinas de vapor. Hoy consumen éstas la cuarta parte de combustible que al principio. Acaso llegue un día en que las máquinas de Watt y de Stéphençon sean reemplazadas por motores más económicos; pero han contribuído mucho más á desenvolver la riqueza, los recursos y la influencia del Reino Unido que todas las victorias de sus ejércitos y todas las negociaciones de sus diplomáticos.

Algunos preguntan: ¿Para qué sirve un descubrimiento científico abstracto? Faraday contestó á esta pregunta diciendo: ¿Para qué sirven los recién nacidos? Y, sin embargo, el niño es el centro hacia el cual convergen las esperanzas y el amor de la familia, y el interés del Estado que se preocupa por hacer de él un ciudadano útil. Rara vez se hallan reunidas en una sola persona las cualidades intelectuales necesarias para un descubrimiento y para su aplicación. El sabio trata de explicar las causas y relaciones del fenómeno: el inventor idea aplicaciones nuevas ó más eficaces. A veces logra buen éxito el inventor sin ser sabio: pero ¡cuánto más provechosos son sus trabajos, si comprende la causa de los efectos que pretende reproducir!...

Inglaterra, como país manufacturero, data del reinado de Isabel. Es cierto que antes de esta época poseía en abundancia el carbón mineral, el hierro y la madera, pero no los aprovechaba bien. Sus lanas eran expedidas á las manufacturas de Flandes, siendo entonces tributaria de Holanda, como ac-

tualmente lo es Australia del Yorkshire. Los errores políticos de España, desde Fernando é Isabel hasta Felipe III, arruinaron á la industria de esta nación, é Inglaterra ocupó su sitio. Los árabes, llenos de ciencia y actividad, habían fundado en España importantes industrias. Después de centenares de años, fueron expulsados los moros, y con ellos desapareció el espíritu industrial y emprendedor de España. La invasión de los Países Bajos por Felipe II, hizo que emigrasen á Inglaterra los fabricantes flamencos. La revocación del edicto de Nantes arrojó á los trabajadores hugonotes, que se llevaron con ellos la industria del algodón, de la lana y de la seda. El algodón, tejido con lana y lino, hízose de empleo común, pero fué necesario para esto que los inventos de Wyatt, Arkwright, Hargreaves, Crompton y Cartwright hicieran progresar á la industria moderna de modo tan sorprendente.....

El desarrollo de la instrucción es circunstancia esencialísima para la prosperidad de un país, y el que descuida ó tiene en poco á aquélla está llamado á desaparecer.

A medida que la educación científica se desarrolle en nuestras escuelas y universidades, será más íntima la relación entre la ciencia y la industria.

Sir Lyon Playfair concluye doliéndose de que su nación se quede, atrás en el esfuerzo que hacen todas por extender la instrucción, y desea que se penetre el Gobierno inglés de que la concurrencia del mundo se ha convertido en una concurrencia de inteligencia.

*
* *

HIPÓTESIS SOBRE LA CONSERVACIÓN DEL CALOR SOLAR.—
Habiéndose demostrado en nuestra época que el globo que habitamos depende directamente del sol, ha ocurrido preguntar cómo se mantiene este inmenso foco de calor. Si el sol fuese un simple cuerpo en combustión, su luz y calor se agotarían prontamente. Un globo de hulla de igual volumen, ardiendo, se consumiría en 4.600 años. ¿Qué es, pues,

lo que proporciona al centro de nuestro sistema esa luz que ilumina y ese calor que da la vida? Tres hipótesis se han expuesto; sus autores son Roberto Mayer, Helmholtz y Mohr.

Empecemos por la de R. Mayer. Si se lanza una bala de cañón contra una placa resistente de blindaje, al chocar aquélla con ésta el movimiento se convierte en calor y la temperatura de la bala llega hasta el rojo. Imaginemos ahora un cuerpo, que pese una tonelada, colocado á tan gran distancia de la tierra que apenas esté sometido á la atracción de ésta. Si este cuerpo cae sobre nuestro planeta, habrá adquirido á su llegada una velocidad de 11 kilómetros por segundo, y su choque con el suelo producirá en un instante tanto calor como dos toneladas de hulla que arden gradualmente. El mismo cuerpo, si cayese sobre el sol, cuya fuerza de atracción es mucho más poderosa, llegaría con una velocidad de 624 kilómetros por segundo y en su encuentro engendraría una cantidad de calor igual á la que produce la combustión de diez mil toneladas de hulla. Tan grande es, como se ve, el poder calorífico del choque, que R. Mayer ha imaginado que el calor solar puede ser debido únicamente á una continua lluvia de meteoros.

¿Hay motivo para suponer la existencia de cuerpos errantes que caen sin cesar sobre el sol? Considerando nuestra tierra, tan pequeña relativamente, podemos comprenderlo, porque en determinadas épocas las estrellas fugaces surcan el cielo á toda hora y en todas direcciones. En Boston, durante nueve horas, se contaron 240.000 y se calcula que el número de las que atraviesan nuestra atmósfera en un año alcanza á muchos millares. No cabe duda de que el espacio está lleno de innumerable multitud de asteroides. Ciertas perturbaciones del movimiento planetario sólo pueden explicarse admitiendo la existencia de estos planetas relativamente microscópicos. La luz zodiacal no sería otra cosa que una masa formada de meteoros, los cuales, arremolinándose en un medio resistente, se iluminan y acercan cada vez más al sol, acabando por precipitarse en él. En suma, la hipótesis de R. Mayer, adoptada por William Thompson, consiste en

considerar al sol como gigantesco fuerte bombardeado á cada minuto por 188 millones de billones de kilogramos de masas meteóricas. Pero, se ha objetado, si esa masa cayese sobre el sol, aumentaría muy pronto su volumen. No hay tal. Según cálculos de los astrónomos, dicha caída periódica de asteroides no habría hecho que variase el diámetro aparente del sol desde los tiempos históricos, y se necesitarían 66.000 años para que aumentase aquel diámetro en el arco de un segundo, magnitud que es la menor apreciada hasta ahora en las observaciones astronómicas.

La segunda hipótesis pertenece á Helmholtz. Este sabio parte de la teoría de Kant y de Laplace, según la cual todos los cuerpos celestes se hallan en su origen en estado de nebulosas, esto es, constituídos por materia cósmica, muy poco densa al principio, pero que contrayéndose lentamente alrededor de un núcleo central acaba por constituir las estrellas y los planetas. El sol, para Helmholtz, es una nebulosa en vías de contracción. Establecida esta hipótesis, calcula que la cantidad de calor producida en nuestro sistema solar actual por la contracción de la materia nebulosa (suponiendo que la masa que se condensa tiene el mismo calor específico que el agua) es suficiente para elevar la temperatura de la masa solar á 28 millones de grados.

Helmholtz admite que continúa la condensación y que las capas exteriores de la superficie del astro solar se aproximan gradualmente al centro, y calcula que al disminuir el diámetro de la masa en una diezmilésima se desprende una cantidad de calor bastante para subvenir á la pérdida de calor debida á la radiación actual durante 2.000 años.

Por último, afirma Helmholtz fundándose en el cálculo, que pasando el sol por contracción desde la ligerísima densidad que hoy tiene al estado de densidad de la tierra, el calor producido por esta contracción bastaría para cubrir durante 17 millones de años, la pérdida de calor ocasionada por la radiación.

La tercera hipótesis, que es la de Mohr, se apoya por completo en la indestructibilidad de la fuerza y de la materia. El autor se pregunta cómo podría haber pérdida de calor

en el universo, cuando el cambio continuo, al través del espacio vacío ó lleno de éter, daría por resultado llevar hacia los otros astros la radiación de los soles que hubiesen absorbido todo el calor que pueden tomar. Calentamiento, radiación, enfriamiento y recalentamiento: así se explicaría la conservación del calor en el mundo. No olvidemos, de todas suertes, que nuestro sistema planetario no es más que un punto en la inmensidad del universo, y que, si bien la fuerza y la materia son indestructibles, diferencias de fuerza entre dos sistemas pueden hacer que cese la vida en la superficie de uno de ellos.

*
* *

INFLUENCIA DEL AIRE ATMOSFÉRICO EN LA VEGETACIÓN.—

Los vegetales respiran y se nutren.

De Saussure introdujo en botánica la palabra *respiración*, lo cual se justifica por la analogía que existe entre los fenómenos químicos de la vida vegetal que aquélla designa y los de la respiración de los animales. Estos fenómenos consisten en la absorción de oxígeno y desprendimiento de ácido carbónico. Las plantas, pues, necesitan oxígeno para germinar, vivir y fructificar; pero respecto á este punto, el único cuidado del agricultor debe ser que, mediante labores bien dirigidas y la preparación que dé á la tierra en el momento de la siembra, circule el aire alrededor de las semillas en germinación y de las raíces, ya sea para favorecer el desarrollo de estas últimas, ya para facilitar las acciones químicas preparatorias de las sustancias alimenticias que han de ser introducidas en la planta.

Los vegetales se *nutren* tomando del suelo y de la atmósfera los elementos carbono, hidrógeno, ázoe y materias minerales que constituyen sus tejidos.

La mayor parte de los elementos de que se forma el vegetal puede proporcionárselos el aire, pero en cantidades desiguales y casi siempre insuficientes, excepto el carbono.

Si conociésemos con toda exactitud lo que el aire suminis-

tra anualmente á las cosechas, lo que recobra, también anualmente, por pérdida del suelo, y lo que la tierra puede dar de modo indefinido y sin agotarse; sabiendo, por otra parte, los elementos que las cosechas anuales contienen, sería fácil determinar con precisión las cantidades de los diversos abonos—de composición química bien conocida—que deben suministrarse anualmente á los campos.

La ciencia agrícola tiende hacia este resultado, pero está todavía muy lejos de alcanzarlo.

Dejando aparte el agua y el carbono, y fijándonos en el ázoe, las experiencias de Boussingault indican que el ázoe gaseoso de la atmósfera no interviene directamente, debiendo entrar de antemano en combinaciones oxigenadas (ácido nítrico) ó hidrogenadas (amoníaco); que las primeras pueden producirse en el aire, bajo la influencia del agente eléctrico, ó en contacto del suelo por vía de nitrificación; que las segundas provienen sobre todo de la descomposición espontánea de las materias orgánicas en contacto de la cal; pero hasta ahora son incompletos los resultados obtenidos respecto á las cantidades de estos productos que anualmente hacen llegar á las plantas el rocío, la niebla y la lluvia. De aquí que, por un lado, evalúe Mr. Marchaud en 8 kilogramos el peso de nitrógeno suministrado anualmente al suelo por hectárea en Fécamp, y, por otro lado, Mr. Barral haga subir dicho peso hasta 31 kilogramos, de ellos 9 en forma de amoníaco y 22 en la de ácido nítrico. El número más generalmente admitido en agricultura es el de 27 kilogramos, número muy cercano al que da Mr. Barral, si se considera que la atmósfera de las ciudades es mucho más rica en compuestos azoados que la de los campos. Hay que confesar, sin embargo, que esas cifras se han deducido de corto número de observaciones, por lo que sólo debe tenérselas como un valor aproximado.

La misma observación es aplicable á las materias minerales que trasportan los vientos ó que se originan por la oxidación de los productos hidrogenados, fosforados, sulfurados, etc., que emanan del suelo.

Es de desear que el análisis de la atmósfera, de sus lluvias

y de los polvos que contiene en suspensión, se emprenda de una manera regular y continua, no solamente en una ciudad, sino en sitios distantes de los grandes centros de población. Tan bien se ha comprendido la utilidad de este trabajo que en las numerosas estaciones agrícolas y forestales de Alemania que se ocupan en análisis, figura la determinación del amoníaco, ácido nítrico y sustancias minerales contenidas en las aguas de lluvia. Estos trabajos se efectúan actualmente en las estaciones de Regenwalde, Bonn, Kuschen, Insterburg, Ida-Mariengütte, Wiende, etc. Trabajos análogos fueron emprendidos en Francia hace ya bastantes años por diversos químicos, particularmente por los señores Boussingault y Barral; pero apesar de su amor á la ciencia, sabios aislados no pueden ocuparse por mucho tiempo en esta clase de observaciones continuas. En la nación francesa se ha organizado ya un servicio de esta clase en el observatorio meteorológico de Montsouris, y al frente de aquél se ha puesto el sabio microscopista M. Alberto Lévy. Hora es ya de que nuestro país imite este ejemplo y se acometan trabajos análogos en el Observatorio de Madrid, tan acertadamente dirigido por el respetable D. Miguel Merino; y á este fin, ocioso es decirlo, hácese indispensable que se dote á aquel centro de personal y material suficientes para el análisis de la atmósfera.

R. ALVAREZ SEREIX.





REVISTA DE TEATROS



UANTOS se conceptúen aficionados á la literatura dramática española y sientan un verdadero amor por el arte escénico, no podrán menos de sentir con nosotros un verdadero anhelo por que la temporada teatral comience, y un temor latente de que el telón de boca de los principales teatros de la capital se levante para presentarnos en la escena nuevas obras, como las que en tiempos no lejanos y de eterna memoria han dado ópimos y sazonados frutos.

Esperanza y temor que no se rechazan ni se repelen, sino que, por el contrario, se unen y adaptan perfectamente en el corazón y en la imaginación de todos los que ven la sensible y deplorable decadencia que se nota en nuestro teatro contemporáneo, sin que sea suficiente y bastante á evitar su caída la multitud de teatros de segundo orden que existen y la transformación que los de primero han experimentado, invadiendo el terreno de aquéllos, y el sin número de autores, que ayudados por las mil trompetas de la fama, arrojan en el inmenso piélago de la literatura, por secciones, los abortos de su preñado ingenio, tan fecundo como desgraciado.

Y que esta verdad no necesita pruebas no hay qué dudarlo, ni mucho menos perder lastimosamente el tiempo en probarlo que á la vista está, y sólo se necesita querer convencer-

se de que no nos dejamos llevar de un optimismo tan ciego como ridículo.

Lara, Eslava, Martín, Novedades, la Comedia y la Zarzuela abrieron sus puertas, algunos con obras de buen repertorio, y que nos recordaban tiempos mejores, y en cuya reaparición parecíanos oír: «Esto fuimos entonces, mañana veréis los que somos ahora.»

Otros, no olvidando tan buenas costumbres, ya porque no quisieron ocultar con una hipócrita máscara sus propósitos harto conocidos ó hijos de las exigencias del público y de la época, ya porque el cuadro de actores que debutaron no podían sobrellevar el recuerdo de los laureles recogidos en las mismas obras por escritores y actores de eterna y gloriosa memoria, inauguraron sus tareas con obras fabricadas al gusto moderno y al calor de una ganancia fácil y segura, sin quebrarse mucho los cascos, como vulgarmente se dice, y sin poner en prensa su entendimiento, que hace tiempo viene prometiendo algo que no cumple.

Variedades ha sido uno de los que se han levantado contra tan buena como loable práctica, causándonos verdadera sorpresa por haberla seguido siempre; pero sin duda Vallés, que, dicho sea de paso, es uno de los poquitos actores aficionados á nuestras glorias dramáticas, no ha juzgado oportuno confundir la ovación inaugural con la que justamente se ha tributado por su reaparición en la escena después de tan grave y penosa enfermedad, por cuyo restablecimiento le felicitamos sinceramente. Y esta fué la causa de presentarse con *La prima donna*, en vez de haber inaugurado la temporada cómica con una obra de Eguílaz, Ayala, Bretón ó Ventura de la Vega, que con tanta discreción y acierto, tanto él como la compañía que dirige, ha interpretado otras veces.

La Comedia y la Zarzuela, ni aun por respeto á sus tradiciones han seguido tan veneranda práctica, y en verdad que se hubieran visto muy apurados para ponerla por obra, atendidas las condiciones de sus respectivas compañías, que si son muy aceptables con sus correspondientes aditamentos de *couplets* franceses y acróbatas cosmopolitas, dentro de su terreno, no podrían luchar en manera alguna con los recuerdos

que traerían á nuestra imaginación las obras maestras de nuestro repertorio contemporáneo.

Sin embargo, justo es decir, en alabanza de los actores de la Comedia, que interpretaron á gusto del público las conocidas obras *Los dedos huéspedes* y *La primera cura*, y después *Los pantalones* y *La criatura*, y en elogio de Arderius que con haber presentado un baile, siquiera sea extranjero, en que la Sra. *Scarlino* consigue justos aplausos, ha realizado la obra meritoria de dar vida á una porción de gente que sin otro delito que el de haberse dedicado al arte coreográfico, se veía en la más triste y desesperada situación recordando que el baile fué una parte principal de nuestras representaciones teatrales, y digno émulo de la *Zarabanda* y el *Hermano Bartolo* de los tiempos viejos.

Los modernos le han sostenido con canciones francesas y ejercicios acrobáticos que no se implantaron nunca en nuestra escena, por más que al paso que vamos le queda sólo un tinte muy superficial de lo que fué nuestro teatro.

Lara y *Novedades*, el primero con *Cuentas atrasadas*, de Breton, y el segundo con el *Alcalde de Zalamea*, de Calderón, cumplieron como buenos, que no en vano están al frente de ambas compañías el decano de nuestros actores y el que lleva un nombre de imperecedera fama en nuestra escena.

Eslava y *Martín* cumplieron su parte con *Genio y figura*, de la Balmaseda, y *El loco de la guardilla*, de Serra.

* * *

A partir de este momento inaugural de nuestros teatros de segundo y tercer orden, los estrenos se han sucedido con una continuidad pasmosa que raya en lo maravilloso y que á seguir así, al final de la temporada será innumerable el montón de obras nuevas que habrán *enriquecido* el catálogo de nuestras obras dramáticas.

La vena poética de estos tiempos asombra y admira, deja muy atrás á la de Lope, y si el mérito estuviera en relación con la abundancia, no tendríamos que envidiar el siglo de oro

de la dramática española, que aquél sería un embrión del presente, para honra y prez de autores contemporáneos; pero no sucede así; el valor literario de las producciones dramáticas que se representan á bajo precio, al parecer—pues ya contamos con uno, quizá el más antiguo de los de este orden, que ha rebajado sus precios,—no está ni mucho menos en armonía con el número de las producciones dramáticas hasta ahora estrenadas, y no se necesitan aducir muchos datos en pro de nuestra opinión; bastaría con enumerar las que vieron por vez primera la luz el año anterior, y de ellas no se reunirán seis que merezcan los honores de la crítica, y entre las nuevas de este año no le merecen más que *Los niños terribles*, de Segovia Rocaberti, en la que se ve el autor dramático en todos los detalles que constituyen el plan, su desarrollo y las situaciones á que da lugar; lástima que haya echado mano de chistes atrevidos en demasía que le quitan valor y mérito, haciendo suponer que no ha encontrado otro medio de sostener la acción—lo que no es cierto—ó lujo de procacidad á la moderna—lo que es sensible,—sobre todo en una obra bien concebida, mejor planeada, admirablemente desarrollada, que reúne movimiento, versificación correcta, conocimiento perfecto de la escena y una interpretación esmeradísima por parte de la Valverde, Romero, Campini, Ruiz de Arana y Romea D'Elpas.

Fuera de esta, ni *La trompeta*, ni *La mujer de su casa*—muy bien escrita—estrenadas con muy buen acierto en Lara; ni *El hijo de la portera*, *Algebra superior* y *Se agrió la fiesta*, que fracasaron en Eslava, ni *Solteros entre paréntesis*, de los señores Perrín y Miguel Palacios; *Registro civil*, del Sr. Pastor, y *Toros de puntas*, de Jakson, padre é hijo, con música del maestro Hernández, que merecieron los aplausos del público, y figuran aún en los carteles, pasan de ser unos juguetes con chistes y gracia á la usanza moderna que distraen, pero no deleitan, y no aumentan ni en poco ni en mucho la galería dramática española.

Lo mismo ha sucedido en Martín, donde todavía no ha sufrido fracaso ninguna de las obras estrenadas. *El país del abanico* se salvó por la música del maestro Chapí; las tituladas *En*

las Batuecas y Animales y plantas no pasan de ser una de esas revistas que se producen á granel, iguales todas en su forma y en su fondo, sujetas á un patrón determinado y atestadas de chistes entre buenos y malos, de disparates que producen la risa unos y causan lástima otros, y ninguno de buena ley ni admisibles en su totalidad, pero que, apesar de todo, el señor Arenas, arreglador de la primera, y el Sr. Navarro Gonzalvo, improvisador de la segunda, con el auxilio músico de los maestros Rubio y Espino, ven colmados sus deseos, y riéndose de nuestras observaciones, dirán á coro con la empresa: dame pan y llámame tonto.

Lo mismo repetimos respecto á *Las niñas de Ecija*—que pueden volverse á su suelo natal cuando quieran, donde aguardan los niños á sus paisanos dentro del género que cultiva el Sr. Arderíus pueden pasar muy bien, y sus autores Sánchez Pastor y Ruiz darse por satisfechos; respecto al tiempo que durará en los carteles, nada diremos, ni del que debía haber durado tampoco.

* * *

Este es el presente de la temporada teatral que comenzó, y para fijarle bien, hemos repetido lo que ya habíamos indicado someramente en nuestras anteriores revistas. Hablar del porvenir es expuesto, porque está detrás de la cortina de los Teatros Español, Princesa y Apolo, que aún no han abierto sus puertas.

En el primero Vico, acompañado de Victorino Tamayo y los demás actores que actuaron el año anterior, ofrece las obras de Echegaray y de algún que otro primerizo en las lides dramáticas.

En el segundo Mario, con los mismos actores que figuraron en el escenario de la Comedia, en otras temporadas, se las promete muy felices con la novedad de un teatro digno de la capital de las Españas y del que la moda ha hecho su centro este año, y además con obras traducidas del francés y ori-

ginales de Echegaray (D. Miguel), Vital Aza, Ramos Carrión, Santero y alguna de Sellés.

Apolo inaugurará sus tareas con un escogido cuadro cómico dramático, á cuyo frente se presentan la primera actriz Sra. Tubau de Palencia, acompañada del primer actor Mata, del que decía hace pocos años D. Angel María Segovia en su libro *El Melonar de Madrid*:

«Para el que en el arte adora
nadie en el día atesora
las condiciones de Mata,
porque en el drama arrebatada
y en la comedia enamora.»

Ojalá que en el tiempo que ha estado ausente no se haya desvanecido ese concepto justo entonces, y que no dudamos lo será también ahora.

Con estos elementos reunidos, agregando Rafael Calvo, que emprende su campaña teatral en provincias, de su hermano Ricardo, que ya puede ocupar un puesto preferente en la verdadera comedia española, y Valero y Catalina, que como directores no tienen pero, podía el teatro español volver á ser lo que fué en aquellos felices tiempos en los que Latorre, Romea, Luna, Guzmán, Calvo (D. José) y Pizarroso, en unión de la Matilde Díez; Bárbara y Teodora Lamadrid, la Pepa Palma y la Llorente, trabajaban juntos.

Si esto sucediera, si las pasiones que, repitiendo la opinión de Balmes, nos impiden con su influjo el conocimiento de la verdad, y si entre éstas la soberbia, que naciendo de la vanidad y del orgullo es la más funesta de todas, y ciega lo mismo al ignorante que al sabio, no fuera la razón fundamental, que disgregando á nuestros primeros actores, evitara la formación de un verdadero teatro propiamente español, la musa dormida de nuestros primeros y casi olvidados dramaturgos contemporáneos, que no escribieron por efímero afán de una gloria prestada y pasajera sin dejar huellas ni rastro de su paso por nuestra escena, despertaría y á su ejemplo los que hoy se contentan con hacer *ensayos* dramáti-

cos que ellos, arrastrados de un amor propio incalificable, los avaloran como en obras de sobresaliente mérito, comprenderían su error y arrojarían avergonzados su pluma, si no podían competir dignamente en la lucha, ó encauzarían sus inspiraciones y su talento dentro de los preceptos naturales de la dramática.

Pero mientras esto no suceda—que no tiene visos de suceder,—es imposible que ningún hombre de verdadero mérito se avenga á sujetar su inteligencia y su genio al patrón que le presentasen las incompletas compañías dramáticas y cómicas que figuran en los teatros que nos ocupan.

De los que se han lanzado á la palestra y el público les ha colocado á la altura de aquéllos para salvar su compromiso y disimular su falta de condiciones, se acogen á una idea real ó fantástica que presumen está dentro de la verdad, sin estar sino dentro de sus convicciones y propósitos. Encariñándose con ella, uniendo lo real con lo ideal, amalgaman grotescamente lo romántico con lo material, y producen un engendro que el público no comprende, y unas veces se deja arrastrar por las alabanzas y aplausos de los prosélitos del autor, y otras protesta con toda la fuerza de sus pulmones ó con su glacial indiferencia.

Los que no se encuentran en tan alto predicamento, aprovechan la ocasión propicia que se les presenta de calzarse con un título de autor dramático sin mérito ni condiciones para ello, y aceptando una profesión en la que se puede ganar mucho con poco trabajo—cosa á que tenemos marcada predilección todos los humanos,—halagan los vicios, pasiones y afectos del público, como ya hemos repetido varias veces, y sin cuidarse en los unos ni los otros del fondo ni de la forma, dan al traste con las tradiciones, los recuerdos y la historia de nuestro teatro.

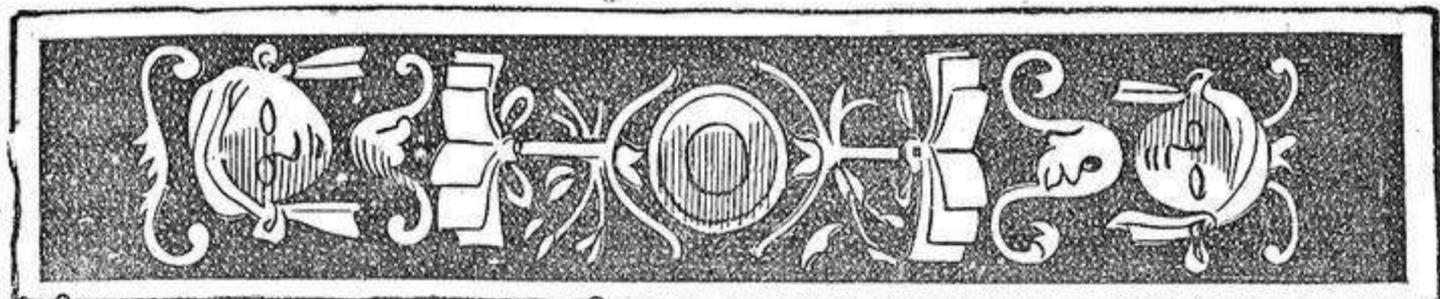
Por último, el público, entregado en cuerpo y alma á todo lo superficial y efímero, y que no reconoce más fondo ni más seriedad que aquello que satisface sus aspiraciones, ni más eminencias que las que producen los edificios de la plazuela de la Leña y de la plaza de las Cortes, acude al teatro como á un centro de reunión, y ríe ó llora, como pudiera reír ó llo-

rar al oír en la calle un chiste ó contemplar una desgracia, ahogando su risa y su llanto entre las armonías del baile, las murmuraciones del café, los placeres del casino y los proyectos de la política.

Este es lienzo sobre el que se va á pintar la temporada teatral que comienza. Mucho nos alegraremos que, los colores de la paleta, el arte del pincel y el talento del artista hagan desaparecer la fealdad del lienzo.

RAMIRO.





NOVELAS NORTE-AMERICANAS

EL CORONEL.—MI SUEGRA

Continuación (I)



EJÓSE oír en esto, detrás de nosotros, como el crujir de seda, y vimos una señora que entraba apresuradamente en el salón, y cuya presencia no habíamos notado porque la cortina nos la ocultaba.

Fred se volvió.

—¡Por Júpiter!—exclamó,—¡es la vieja Pink en persona! Creo que nos ha oído, lo cual estaba muy lejos de pensar.

—¿Que *nos* ha oído?—repetí.—Felizmente, yo no he dicho una palabra.

—No; tú has confesado solamente que te abrumba... ¡Ah! ¡Ah!... Buena te espera cuando llegues á casa.

Los cabellos se me erizaron de espanto.

—¡Bah!—repuso el bribón sin poder disimular el gozo que le causaba esta algarada.—Puede que no haya oído tu blasfemia... y en todo caso, es de creer que te la tomará á buena cuenta... Una hora de encierro en el cuarto oscuro, todo lo más, y supresión de los postres en la comida...

—Si piensas que estás muy gracioso, pobrecillo, vives en

(I) Véase la pág. 102 del T. LIX.

un grande error... pero ya viene hacia acá la Srta. Van, que te meterá en cintura y te prohibirá de una vez para siempre sembrar cizaña entre las familias.

Lo que la Srta. Van deseaba tan sólo, era que Marston invitase á bailar unos lanceros á una amiga suya, deseo que fué inmediatamente satisfecho.

Yo me quedé mientras tanto en mi rincón, quedándome muy sorprendido, cuando, presentándose de repente Jorge, me dijo:

—¿Qué, estás ahí todavía? ¿No te has ido, por lo visto, con las señoras?

—¿Las señoras? ¿Qué señoras?

—¿Quiénes han de ser?... Mamá y Bessie, que hace veinte minutos que se han despedido y yo creía que ibas con ellas... ¡Bonito negocio!... Fuerza es que Bessie estuviese indispueta...

—Me lo hubiera dicho antes que á nadie...; pero aquí no hacemos más que charlar... Y bajando la escalera de cuatro en cuatro, cogimos apresuradamente nuestros sacos, y metiéndonos en un coche de alquiler, nos hicimos llevar corriendo á casa.

Éra la una y media cuando llegamos. Mi ventana y la del cuarto de la Sra. Pínkerton tenían luz. Jorge me acompañó hasta la puerta de mi aposento.

—¿Eres tú, Carlos?—preguntó mi mujer.

—Sí, Jorge y yo.

Dicho esto abrió la puerta, y al verla del todo vestida como había ido á la reunión, me convencí de que hacía pocos instantes que había llegado á casa.

—¡Vaya un modo de dejar el baile!—dijo Jorge dejándose caer sobre una butaca. ¿A qué ha venido el asustarnos con una fuga tan repentina?

—Tal vez el Sr. Trawers podrá decirte el motivo mejor que yo—respondió Bessie esforzándose en dar á la frase cierto aire afectado.

—¡Ah! Vamos, según parece, el culpable eres tú, Carlos...

—Te aseguro que ignoro absolutamente cuál sea mi crimen, y por lo tanto no es fácil que explique...

—¡Cáspita! El misterio no se aclara... esto es un verdadero jeroglífico... ¿Apostamos á que me tendré que ir á la cama sin averiguar una palabra? En fin, si así lo quieren VV....; pero permita V. que le diga, joven esposa, que no es este el modo de comportarse. Cuando sorprenda V. á su marido coqueteando en regla con alguna sirena, agárrelo de una oreja, santo y bueno, pero no habiendo sucedido nada de esto... ya me entiende V....—y se marchó cerrando la puerta.

—Vamos á ver, Bessie, hija mía—dije abrazándola,—no llores más; tenemos que hablar seriamente.

La pobre joven lloraba entre mis brazos.

Por fin se calmó y pudo exponerme sus quejas.

La Sra. Pínkerton no le había dicho una palabra de lo que había pasado entre Fred y yo. Su dignidad ultrajada no le había permitido explicarse claramente acerca de la injuria recibida. Dió á entender á Bessie solamente que yo era culpable de una enormidad, de una infamia, y antes de que la joven hubiera podido serenarse, se la había llevado en un coche.

Se comprende fácilmente que me costó poco trabajo obtener perdón cuando restablecí los hechos en su natural sencillez, mientras que en casa del Sr. Desmond preguntaba todo el mundo la causa de aquella singular desaparición, acerca de la cual, gracias á la indiscreción de Fred, se supo pronto que había ocasionado una víctima en casa de la Sra. Pínkerton.

VI.

Pasó el invierno, siguióle la primavera, y con la llegada del verano coincidió un acontecimiento de capital importancia en nuestra sociedad conyugal, acontecimiento previsto, anunciado hacía ya algún tiempo, y cuya bienhechora influencia se había manifestado por cierta tendencia mutua á suavizar las asperezas y á hacer que reinase en la casa cierto aire de calma y recogimiento.

Los preparativos marchaban con actividad. Inútil es decir que mi suegra había tomado la suprema dirección. A mí me hubiera sido difícil disputarle esa autoridad usurpada; su experiencia y sus especiales conocimientos en la materia eran muy superiores á los míos; así es que apenas se contaba conmigo en el curso de los preliminares, como si se tratase de proporcionarme una grata sorpresa.

La Sra. Pínkerton tomaba, á propósito de aquel gran acontecimiento, cierto aire de misterio y de dirección exclusiva. La Srta. Van, que entonces se mantenía, respecto de mi mujer, bajo el pie de una íntima confianza, sabía muy bien de lo que se trataba, pero no dejaba traslucir nada al exterior. Todo el mundo parecía puesto de acuerdo para hacer creer á los demás que yo estaba ignorante de todo.

Estos procedimientos me mortificaban un poco, porque yo me lisonjeaba con el convencimiento de saber acerca del asunto tanto como los otros, y desde más tiempo atrás que cualquiera de ellos; pero quieras que no, era preciso sostener el unísono y respetar aquella original orden del día.

A medida que se acercaba el día solemne, los preparativos eran más activos y misteriosos. La dictadura de la viuda rayaba en despotismo.

Bessie me enseñó un día una canastilla que me divirtió mucho por el número y las proporciones liliputienses de sus variados objetos.

—¿No es verdad que es muy lindo todo esto?—me preguntó armando en su puño una gorrita y haciéndome ver luego un arsenal de objetos de tocador que parecían preparados por una boda, acabando por lo más extraordinario de todo, una cuna,

Y digo extraordinario, por el efecto singular que este espectáculo me produjo. No era la primera vez, por cierto, que veía estos nidos de seda y encajes; pero á pesar de esto, no tenía valor para preguntar cómo había entrado en casa de contrabando todo aquello sin que se dignasen consultarme. Estreché á mi esposa entre mis brazos y la dejé para ir á encerrarme, bastante pensativo, en mi cuarto.

Al día siguiente fué lanzada contra mí sentencia de des-

tierra. La Sra. Pínkerton fué de opinión de que Bessie estuviese sola en su cuarto, porque de un momento á otro podría la pobre niña necesitar los cuidados de su madre. Como yo no entendía de estas cosas, lo mejor que podía hacer era marcharme de mi cuarto. No traté de resistir; todos mis impulsos de independendencia se desvanecieron en presencia del inminente acontecimiento. Sin proferir una protesta ni una queja, emigré á la más triste de las boardillas.

A la segunda noche de dormir allí, me desperté sobresaltado, para recibir la orden de ir á buscar corriendo al doctor Lyman, y de apresurar la venida de la Sra. Sweet. Salté de la cama á medio vestir, me planté en la calle corriendo con tanta velocidad, que un agente de policía me detuvo al revolver de una esquina para cerciorarse de mi condición. Llamé á la puerta del doctor con inconveniente violencia, y respondiendo al *¿Quién es?* de su tubo acústico, le contesté dándole mi nombre y señas á gritos. Después, entrando por asalto en un establecimiento de coches próximo, sacudí al encargado como si se tratase del peligro de que se abrasase vivo, y le decidí á enganchar, partiendo en seguida con una impaciencia extraordinaria. Por fin, al amanecer, después de recorrer cerca de una legua, llegué á casa de la señora Sweet, una valiente *asistenta* que había oficiado ya á la entrada de Bessie en el teatro de la vida.

Regresé á mi domicilio, y lleno de ansiedad, me estuve paseando en la sala baja, agobiado con el peso de mi inutilidad y de mi ostracismo. De repente apareció el doctor, y abriendo la puerta me dijo con una calma prodigiosa:

—Todo va bien..... Un hermoso niño..... Volveré más tarde...

¡Y apesar de esto, tuve que devorar todavía mi afán en la soledad de aquella implacable sala baja! La vida de la casa toda, parecía estar reconcentrada en el primer piso, incluyendo el nuevo y pequeño aliento vital que acababa de aparecer en el Océano del mundo. Necesaria fué la intervención directa de Bessie, su voluntad formal, su orden dos veces repetida, para que se me indultase de la pena de destierro á que estaba condenado.

Por fin fuí admitido en el santuario; pero no seré yo, por cierto, el que profane sus misterios. Por lo demás, puedo asegurar que yo no ví otra cosa más que á aquel pequeño sér, cubierto ya con sus ropas de muñeca, y á Bessie fatigada, pero dichosa, con su asistente al lado, que seguía callada en sus faenas propias del caso.

La Sra. Pínkerton estaba más severa y majestuosa que nunca. Sus deseos habían salido fallidos por lo que toca al sexo del recién nacido. No pudiendo ver sin desconfianza la aparición de un nuevo Carlos en este mundo degenerado, había resuelto en su fuero interno que la criatura fuese una niña; pero Bessie y yo habíamos decidido lo contrario, de lo cual nos regocijamos mucho.

Pero aquella no era la ocasión de discutir. Sólo al cabo de algunos días la disciplina se relajó un poco y se dió principio á debates importantes con motivo de aquel nuevo personaje, que era ya, apesar de su pequeñez, el más importante de la familia; porque no hay necesidad de decirlo, mi misma suegra comprendía que desde aquel momento debía contentarse con el segundo lugar, lo cual, dicho sea entre paréntesis, me relegaba á mi al tercero.

—¿No le parece á V. que este niño es el vivo retrato de Carlos?—preguntó Bessie á la Srta. Van, así que recibió su visita.

—En verdad no podría asegurar... Me parece que tiene los ojos pardos de su papá, pero no encuentro otro parecido.

—¡Oh! ¡Es extraño!—exclamó Bessie.—¿Pero no reparas V. esa frente, esa boca?

Y en cuanto á los cabellos, estoy segura que serán del mismo color castaño claro...

La Sra. Pínkerton escuchaba todo esto con una mirada llena de reproche. Por fin exclamó:

—Bessie, hija mía, ¿es posible que no notes que tu hijo tiene todo el aire de nuestra familia? Es el retrato de Jorge cuando era de esta edad. Imposible distinguirlos uno de otro.

—¡Cómo!—dijo Jorge, que acababa de entrar;—¿pretende V. que yo me he parecido á ese átomo de humanidad gesticulador y voraz?

—Como una gota de agua á otra—replicó la señora Pínkerton.

Yo no había tomado parte en la discusión, pero confieso que no podía encontrar semejanza alguna entre aquel precioso niño y cualquiera otra persona, como no fuera con algún niño de su misma edad.

—Ahora, querida hermana—dijo Jorge,—no te queda más que hacer que designar el nombre que haya de llevar el niño.

—¡Oh! Esta es cuestión resuelta—respondió con arrogancia Bessie,—se llamará Carlos.

Era la primera noticia que tenía de esto, y confieso que el tono resuelto de mi mujer me sorprendió bastante. Yo pensaba que cuestión tan importante no pedía menos de haber sido resuelta *à priori* por la alta jurisdicción de mi mamá política.

La vieja se mostró tan vejada como sorprendida de esta resolución, pero hizo un esfuerzo para disimular un movimiento de mal humor y acabó por decir con bastante calma:

—Jorge sería un nombre mejor... Tal vez debieras dedicar un recuerdo á la memoria de tu pobre padre; se llamaba Benjamín, como sabes....

—Sí, ya lo sé—replicó Bessie con firmeza,—pero hay quien en este asunto tiene mayores derechos, y por lo tanto, el nombre del niño será Carlos.

—¡Brava muchacha!—dije para mis adentros.

El valor de Bessie me encantaba. Estaba seguro ya que si se declaraba la guerra abierta con su madre en adelante, ella estaría de mi parte.

Acababa de establecerse entre los dos un nuevo lazo más fuerte que los demás.

—Vamos—dijo Jorge,—no vale la pena de incomodarse por una cuestión de tan pequeña importancia.

—Cuando tengas, querido, un niño por bautizar, podrás entonces emitir tu opinión—le repliqué riendo.

Mi chanza no obtuvo buen éxito. La viuda me disparó una mirada feroz.

Bessie se sonrió y me reprendió con una mirada, y la señorita Van se puso á hablar de otras cosas; como si no hubiese

oído mi contestación. En suma, se me hizo comprender que hubiera obrado mejor callándome.

Pero esta escaramuza me hizo ver las verdaderas fuerzas con que podía contar en lo sucesivo, y en su virtud, tardé muy poco en utilizarme de ellas.

Bessie se había restablecido del todo y adquiría de nuevo su gracia y belleza, bajo la influencia de los cálidos rayos del sol estival. Con sus nuevos deberes adquiría una serena dignidad y una especie de autoridad á la que no estaba acostumbrada. No era ya la joven de antes, era la mujer, la madre del todo desarrollada.

Hacía un año que se había celebrado nuestro matrimonio, y cuando volvía la vista atrás no podía menos de pensar en que no habíamos sido *tan felices* como teníamos derecho á esperar, si bien es verdad que ni una nube había alterado el cielo de nuestra paz conyugal, ni había existido entre nosotros la menor frialdad, ni cuestión que hubiese dejado tras sí huella alguna. ¡Y, sin embargo, no habíamos sido del todo dichosos! Habíamos vivido bajo el peso de una opresión latente, de la que yo sufría más directamente que Bessie, pero que también la hacía sufrir á ella, siquiera fuese por lo que á mí me mortificaba.

Mi suegra no cambió: no era mala por naturaleza, ni se proponía, seguramente, amargar mi vida; me hubiera sido difícil reprocharle la menor falta, y, sin embargo, su sola presencia, su glacial actitud, la tiranía inconsciente que ejercía sobre los menores detalles de mi vida doméstica, me ponía en un estado de enervación continua.

Esta influencia no se limitaba á la vida de familia, sino que trascendía á la vida social, cuyas relaciones me achicaba y ahogaba, por decirlo así. Yo hubiera querido, por ejemplo, recibir á mis amigos, convidarlos á comer, ó á pasar el domingo con nosotros. La Sra. Pínkerton no hacía á esto objeción alguna, pero yo sabía que no gustaba de la compañía de mis amigos, y esto me bastaba para intimidarme y enfriar el entusiasmo que sentía por las proyectadas invitaciones. Mis amigos, por su parte, se desconcertaban ante las maneras majestuosas de la viuda, y nunca se encontraban bien en

su presencia, de lo que resultaba que, poco á poco, se alejaban de nosotros y acababan por no hacernos visita alguna.

A veces este mal era más grave. Fred y su esposa, entre otros, habían sido seriamente despedidos. Mi suegra no dirigía nunca la palabra á la Sra. Marston, y había dicho á Fred en términos bastante claros que «su lenguaje no era el de un caballero,» á lo cual había replicado aquél:

—Ruego á V. que se convenza que sus aires de gran señora no nos imponen en lo más mínimo ni á mi mujer ni á mí, y que, por lo tanto, no admito lecciones de V.

Dos ó tres días después, le encontré, y si bien me quiso convencer de que no me hacía responsable de la rudeza de mi suegra, añadió:

—Esto no quita para que tú debas mostrar más energía y no tolerar que la vieja Pink insulte á tus invitados.

Y es el caso que tenía razón. La misma Bessie opinaba también así. ¿No era ella, después de todo, la que debía ser la reina de la casa? ¿Por qué, pues, doblar la cerviz ante aquella absurda dictadura? Un sencillo esfuerzo hubiera bastado quizás para reconquistar nuestra independencia, y resolví hacerlo, ¿pero cómo? He aquí la dificultad. No encontraba un motivo serio para provocar la crisis, y yo no era capaz de fingir lo que no existiese. Hablé de esto con Bessie, y con gran gusto mío, la encontré dispuesta á asumir toda la responsabilidad del acto.

La cosa pasó del modo más sencillo del mundo. Con una firmeza de que no la hubiera creído capaz dos meses antes, con un tacto perfecto y sin dejar de mostrarse tierna y respetuosa, significó á su madre que desde aquel día en adelante pensaba ser la verdadera dueña de la casa, encargándose de su dirección, y sin más comenzó á dar órdenes, como si toda la vida no hubiese hecho otra cosa.

La Sra. Pinkenton, sorprendida y vencida por esta imprevista maniobra, se defendió haciendo una viva oposición en los detalles; pero encontró una resistencia tranquila é invencible que la exasperó. Mediaron palabras algo fuertes y fui acusado de haber inducido á Bessie á obrar de aquel modo.

—Te engañas, mamá—dijo con calma;—Carlos no ha he-

cho eso, ni tampoco desea que seas desgraciada; piensa tan sólo que lo mejor para todos es que tome yo la dirección de la casa, y yo pienso lo mismo.

La viuda tenía demasiado buen sentido para no reconocer que la razón estaba de nuestra parte; así es que se resolvió á ceder procurando disimular su mortificación.

Esta fué nuestra primera victoria; pero si mi suegra había perdido el gobierno de la casa, se reservaba el privilegio de la crítica, que ejercía sin piedad como para interrumpir la prescripción, especialmente por lo que hacía referencia á mi conducta, de modo que se hizo inevitable un segundo choque.

—Tengo el derecho de emitir mi opinión en mi casa, señora Pínkerton—acabé por decirle un día, respondiendo á una observación suya llena de desprecio para mí.

—Seguramente; es un derecho que nadie le negará á V. en *su casa*—replicó acentuando el sarcasmo de estas palabras.

—Usted, sin embargo, parece dudarlo—exclamé,—y tenga V. entendido que no estoy dispuesto á tolerar la manera de hablarme que V. tiene. Soy el dueño en mi casa, de mis acciones y palabras, y espero que mi libertad será respetada de hoy en adelante.

La Sra. Pínkerton, con labio trémulo y sus grandes ojos azules llenos de lágrimas, se levantó de la mesa y se marchó.

Casi me avergoncé de mi dureza, y de buena gana hubiera corrido trás de ella para pedirle perdón; pero conocía que de obrar así, peligraba nuestra dicha, y no me moví de mi asiento.

No me exigió explicación alguna de este incidente. Mi suegra iba y venía por la casa, con tanta calma y dignidad como antes. Una mujer tonta me hubiera puesto mala cara semanas enteras rehusándome la palabra; pero la Sra. Pínkerton no era una necia, de modo que de lo que trató fué de mostrarse menos áspera y de no ofenderme con su conducta ó sus palabras.

Evidentemente, capitulaba de nuevo. Era la victoria número dos. La tercera tuvo lugar un domingo del mes de Junio. Yo había invitado al Sr. Desmond y á su sobrina á

que viniesen á pasar la tarde con nosotros, é hice lo mismo con Fred Marston y su esposa, con el único objeto de consolidar el derecho que me asistía de recibir en mi casa á quien tuviese por conveniente.

La Sra. Pínkerton había ido sola á la iglesia. Cuando volvió, nuestros amigos acababan de llegar y se paseaban por el jardinillo de la casa. Mi suegra se caló el lente así que llegó á la verja, y examinando á la concurrencia, no pudo menos de hacer una demostración de disgusto. Saludó al Sr. Desmond, sin embargo, pero hizo como que no veía á los Marston, aun cuando los tenía delante, dirigiéndose luego pontificalmente hacia la puerta. Al mismo Jorge le chocó semejante proceder.

—¡Por Júpiter!—me dijo á media voz—será menester que hable alto á mi madre; no tiene derecho para conducirse así con tus invitados.

—Déjalo, déjalo—le respondí,—precisamente estaba esperando esta ocasión...

Apesar de que Jorge quería mucho á su madre, no le faltaba el buen sentido necesario para conocer que obraba mal. Desde este instante, tuve un aliado poderoso para la obra de mi emancipación.

A la hora de comer, la Sra. Pínkerton tuvo necesidad de presentarse, porque no era capaz de llevar su descortesía hasta el punto de negarse á tomar asiento en la misma mesa ocupada por mis amigos.

—¿No reconoce V. á los Sres. de Marston?—le dije á modo de presentación, cuando entró.

—Los reconozco muy bien—replicó;—«demasiado bien» quiso decir con el tono que dió á sus palabras. La cosa no pasó de ahí, pero esto fué bastante para que reinase durante la comida una gran frialdad, apesar de mis esfuerzos para animar un poco la conversación, decaída, indudablemente por una especie de sentimiento, de disgusto y tristeza, que pesaba sobre los convidados todos. El único que no sufrió aquella influencia fué el Sr. Desmond, que no estuvo ni más silencioso ni más hablador que de ordinario.

Cuando se marcharon los invitados abordé la cuestión, por-

que estaba resuelto á no consentir á la Sra. Pínkerton ni aun la protesta del silencio.

—Temo que no le haya satisfecho á V. la compañía de hoy—le dije acercándome.

—Es cierto, caballero—respondió recalcando la última palabra.—No entra con mis ideas el recibir á las gentes en domingo, y en todo caso, yo esperaba que hubiese V. dispuesto las cosas de manera que no tuviese que encontrarme con esos Marston...

—Perdone V., señora, pero yo solo soy el que puede juzgar acerca de la elección de los convidados y del día que me convenga recibirlos. ¿V. me negará ese derecho, no es cierto?

—Seguramente que no, caballero. Nunca lo he negado, y crea V. que no hubiera dicho una palabra acerca de esto, si V. no me hubiera interrogado.

—Lo he hecho con deliberado propósito, señora, como también he invitado á mis amigos con el único objeto de afirmar mis derechos. Debo declarar á V. que le agradeceré que los reconozca de buen grado y que no trate de violarlos tácitamente con su conducta con mis convidados...

Yo mismo me asombraba de la energía desplegada, pero más me sorprendió la respuesta de mi suegra:

—Sabe Dios que no he tratado nunca de molestar á V... La dicha de mi hija ha sido el único pensamiento de mi vida, y de hoy en adelante, esta dicha va unida á la de V... Yo puedo tener mis ideas y preocupaciones; no puede uno desprenderse de ellas en un día, pero por nada en el mundo quisiera contrariar las de V. Y como conozco que soy para V. una carga muy pesada, estoy dispuesta á hacer toda clase de sacrificios...

Al llegar aquí prorrumpió en llanto, lanzando ahogados gemidos.

Poco faltó para que yo hiciera otro tanto.

—No hablemos más de esto—le dije completamente apaciguado.—Estoy convencido de que nos entenderemos muy bien en lo sucesivo, después de esta pequeña explicación.

—Así lo espero—contestó recobrando su calma glacial.

Fué ésta mi tercera y última victoria; pero no podré ase-

gurar si podía vanagloriarme mucho de ella. Mi suegra, es cierto, se quedó relegada desde entonces en segundo término; pero se cubría, en su retirada, con un luto tan profundo, que no podré asegurar si hubiera preferido la guerra crónica. No había entrado nunca en mis planes ofenderla ó anularla; pero era evidente que ella se creía tiranizada, y era tal el esfuerzo que hacía para quitarse de delante, que esta actitud era aún más intolerable que la anterior. Una suegra, dominada y todo, es siempre una suegra. Su sombra melancólica é inconsolable se proyectaba cada día con más fuerza sobre el claro sol de nuestra vida conyugal.

VII

—¿Has notado el cambio que ha sufrido el carácter de Jorge de un tiempo á esta parte?—me preguntó Bessie un día.—No sé lo que tiene, pero está desconocido.

—Sospecho algo—dije, tomando un aire grave.

—¿Sí? Dímelo pues; te lo ruego.

—Pues bien, querida mía, ¿te acuerdas de la transformación que sufrió en otro tiempo cierto Carlos Travers, cuando dedicaba sus obsequios á una persona que se te parece mucho?

—¿Carlos! ¿Quieres decir?...

—No digo nada, entiéndelo bien... No quiero pronunciar nombres, porque no se dude de mis presunciones.... pero, en fin, yo no soy ciego y presumo de conocer los síntomas de esta enfermedad...

Dicho esto, salí para mi oficina, dejando á Bessie amplia libertad de discurrir sobre el tema que acababa de someter á su deliberación:

Por la tarde se me acercó Jorge mientras fumaba un cigarro por el jardín.

—¿Dónde diablos has pasado el día?—le pregunté maquinalmente.

—Esa es cuenta mía—me respondió con un tono que me llamó la atención.

—¿Y cómo sigue la Srta. Van?—repliqué maliciosamente.

—¿Y yo qué sé?

—Vamos, Jorge, el papel de pequeño Machiavelo no te sienta bien. ¿Por qué no te muestras franco conmigo y me dices dónde has ido?

—Me tomas por otro, querido. No soy un chiquillo. Á ese lo encontrarás allá arriba, distrayendo á su mamá.

Un sonoro grito, como el toque de una corneta, se oyó en aquel momento por la ventana del primer piso, demostrando claramente cómo se las componía el heredero Carlos para distraer á su madre.

—¿Y la clientela?—repliqué para cambiar de conversación.

—Ni un solo cliente. ¡Si por lo menos algunos de esos incrédulos doctores se decidiese á tragar sus propias medicinas! ¡Entonces no habría tantos profesores; pero se guardan bien de hacerlo, los malvados!

—Jorge, hay en tus palabras cierta amargura. evidente contra la sociedad. Me atrevo á asegurar que la visita á la ciudad no te ha proporcionado motivo alguno de gozo.

—¡Vaya al diablo la ciudad... y el país y todo! Demos una vuelta; ¿quieres? ¡Hace aquí un calor! ¿No tienes ni un cigarro que darme?

Salimos á la calle, y Jorge volvió á su silencio. Chupaba furiosamente su cigarro, y acabó, por fin, por tirarlo, reemplazándolo por un cigarrillo.

—He aquí una cosa que reviste gravedad. Cuando un hombre arroja así un *Reina Victoria*, preciso es que esté enfermo ó enamorado.

En vano esperé la confianza que tal vez pensó en hacerme al principio. Jorge no desplegó los labios; tanto, que volvimos á casa sin haber cambiado dos palabras.

—Esto es grave, esto es grave—dije yo á Bessie al retirarnos á descansar,—pero no hay medio de sacarle una palabra.

Al día siguiente Jorge salió después de medio día y no volvió á casa hasta muy tarde, cuando todos dormíamos hacía

ya rato. Un golpecito, dado con discreción en la puerta de mi cuarto hacia media noche, hizo que me despertase y me vistiera, lo cual hice procurando no molestar á mi mujer ni á mi hijo.

—Baja, te lo ruego—me dijo Jorge en voz baja.—Tengo que hablarte.

Me puse de prisa un pantalón y una bata, y me reuní con él lleno de curiosidad. Me bastó, por de pronto, ver la cara animada y radiante de mi cuñado, para comprender que todo iba bien y que no me había de dar más que buenas nuevas. Nos instalamos en dos butacas, colocamos los pies sobre la tarima, y Jorge comenzó su historia:

—Ayer estaba muy enervado, como no dejarías de notarlo—empezó diciendo.—Después de comer, conforme á lo convenido anteriormente, me fuí á la ciudad, alquilé un tilbury con un buen caballo, y me presenté en su casa para irnos á dar un paseo...

(Su casa; la casa de la Srta. Van, se entiende.)

—Habíamos convenido en tomar el camino viejo de Linwood hasta el pueblo, y después seguir á través del bosque hasta el parque de Maplewood, regresando á su casa hacia las seis de la tarde. Atravesamos la ciudad rápidamente, y á los pocos minutos nos encontramos en medio del campo. Yo dejé entonces que el caballo moderase su paso... La señorita Van no había estado nunca tan encantadora como entonces. Charlábamos y charlábamos como dos cotorras... Debo advertirte que estoy enamorado de ella desde que la ví la primera vez. Esta pasión me ha sobrecogido como una apoplejía, ó más bien, como una especie de síncope.

La frescura, la juventud, la pureza y la gracia de esa joven han hecho en mi espíritu enfermo el mismo efecto que un tónico y me han postrado á sus pies... Dirás que desvarío; es posible, porque estoy loco de amor... No te burles de mí... Nos hemos puesto á hablar según uso de los amantes... ¿Qué es lo que tendría más interés á sus ojos?—pensé yo.—Le hablé de mis negocios, de mi vida, de mis defectos, de mis cualidades, de mis esperanzas y de mis proyectos, y con mucha naturalidad, te lo aseguro... Esto no hubiera sido to-

lerable, á haberse premeditado, pero yo veía que me escuchaba. Por fin acabó por reírse.

—Es peligroso—me dijo—escoger una mujer por confidente. ¿No sabe V. que somos todas habladoras é incapaces de guardar un secreto?

—No es una confidencia, es una confesión — repliqué yo. — Una confesión sagrada. ¿Puedo esperar la absolución?

No la merecía del todo, seguramente. Ella me echó entonces un buen sermón sobre la necesidad de corregirme, de ser más formal y de adoptar un método de vida más ordenado. Era delicioso verla reprenderme así. Inútil es decir que prometí solemnemente seguir sus excelentes consejos. Con esto, llegó mi vez para preguntar, y después de algunas virginales vacilaciones, acabó por contarme toda la historia de su vida moral. ¡Ah, querida; cuán poco motivo hallé de reprensión! Una confesión como aquella, era para humillar al mejor y al más noble de los hombres. Yo ni aun me consideraba digno de oírla, y hubiera querido postrarme en el polvo para escucharla.

Interrumpió aquí su narración y se puso á redoblar frenéticamente con sus dedos sobre los brazos de su butaca.

—Te lo diré todo—continuó.—Antes de partir había formado el proyecto de suplicarle que se dignase ser mi esposa; pero después de lo que acababa de confiarme con tanto candor como sencillez, no tuve valor... Yo sabía bien que ella esperaba que hablase, sin lo cual no me hubiera demostrado tanta confianza, y sin embargo...

—¡Cómo! ¿No la dijiste nada?

—No. Soy un inocente, un cobarde, ya lo sé; pero la empresa era superior á mis fuerzas... La lengua se me pegó al paladar, y no pude hablar; así es que me volví completamente abatido y descorazonado. No dormí en toda la noche, y hoy he sido arrastrado á su casa por las leyes de gravitación... Me ha recibido amistosamente como de costumbre, pero con cierta melancolía que me ha enajenado. De ella he deducido que estaba inquieta por mi silencio, por lo cual me he decidido á dar el golpe.

—Ayer no agotamos el asunto de nuestra conversación— le he dicho de buenas á primeras.

—¿Qué asunto?... ¡Ah ya! Hablábamos de V... Por lo que parece, ese es un asunto inagotable.

Cátate, por lo tanto, que se pone á burlarse de mí con aquel tono ligero y amable que le es peculiar. Yo la miraba, acurrucado en un rincón del sofá, y admirando su fisonomía espiritual y animada, y la llama de sus grandes ojos pardos me decía que había una sola mujer en el mundo que me conviniese, una sola mujer á la que podría respetar y amar apasionadamente, y que esa mujer estaba allí... De repente, con un movimiento irresistible, me acerqué á ella, y estrechándola entre mis brazos, exclamé:

—¡Clara, la amo á V.! No desoiga V. mi amor...

En sus ojos he leído las palabras que el labio no se atrevió á pronunciar.

He aquí la historia. Soy demasiado feliz para dormir, y he aquí por qué me he tomado la libertad de despertarte... He pasado la noche en su casa. El bueno del Sr. Desmond ha llorado de placer cuando le hemos dado la noticia, á cambio de la cual hemos obtenido su bendición... He venido poco menos que delirante, y aun ahora mismo no sé de cierto si todo ello es un sueño.

—¿Puedo contar á Bessie lo que ocurre?—le pregunté después de estrecharle cordialmente la mano y enjugar una lágrima.

—¿Por qué no? No quiero que esto dure mucho. Deseo que el casamiento se haga lo antes posible.

Mi esposa se quedó encantada de la noticia. La señorita Van era precisamente la novia que ella hubiera elegido para su hermano; ¿pero qué efecto iba á producir la nueva á la señora Pínkerton?

Eso es lo que yo me preguntaba.

No tuve que esperar mucho tiempo para saberlo. Jorge rompió el fuego durante el almuerzo.

La Sra. Pínkerton, que estaba agitando su taza de café con leche, se detuvo de repente é irguió su espina dorsal, pero no respondió una palabra.

—Voy á casarme en seguida—prosiguió Jorge.—Creo superfluo decirte de quién se trata...

—Completamente superfluo—dijo la viuda;—mi opinión no tiene más que una importancia secundaria en estas cuestiones...

—Mamá, bien sabes que es todo lo contrario. Cree que no deseo obrar más que conforme á tu gusto, en tanto que sea posible...

—Bueno, dejemos eso. Hablaremos después de almorzar.

En efecto, después del almuerzo tuvo lugar un serio asalto de armas en mi cuarto. La victoria, como era de esperar, quedó por Jorge; pero esto no es decir que su adversario se declarase vencido. En rigor, este primer encuentro no era á sus ojos más que una declaración de guerra, por lo cual se proponía emprender una campaña vigorosa; pero tenía que habérselas con un estratégico que no esperaba los avances del enemigo. Desde aquel mismo día, Jorge trajo á la señorita Van á pasar la velada con nosotros, y por cierto que pasamos una noche deliciosa. Nunca había estado más bonita, más alegre y más adorable aquella encantadora criatura. La dicha es el mejor de los cosméticos y de seguro que no hay polvo ni carmín vegetal que pueda reemplazarla.

Contraído ya el solemne compromiso, apenas había vuelto en sí de su aturdimiento la Sra. Pínkerton, cuando se trató ya de fijar el día de la boda. Yo me preguntaba, naturalmente, si la iglesia de Santo Tomás iba á ser de nuevo teatro de las magnificencias desplegadas cuando tuvo lugar mi casamiento con Bessie. La Sra. Pínkerton no podía menos de insistir sobre ese punto, y yo tenía mucha curiosidad de ver cómo tomaría la cosa Jorge.

Bessie, yo ya lo sabía, participaba en ese punto de la debilidad de su madre, y hubiera deseado una boda lo más pomposa posible. La cuestión de los trajes le preocupaba mucho, y cada visita de la Srta. Van determinaba largas consultas sobre esa parte.

Una tarde, mi suegra entró precipitadamente en mi gabinete, y con inusitada vivacidad, dijo:

—¡Jorge, hijo mío, no es posible! No puedo creer que estés

decidido á tomar una resolución tan extraña y humillante para nuestros amigos...

—¡Nuestros amigos! Si no están contentos, que se vayan á paseo—replicó Jorge.—Es cuestión concluída. No habrá ceremonia, ni esuelas de invitación... pero tú podrás venir, mamá. Nos casamos el miércoles próximo á las dos en punto.

El golpe fué más cruel de lo que se podía pensar. Ví tambalearse á mi suegra, como si fuese á caer desmayada. Trató de hacer algunas advertencias, pero ya era tarde. Jorge le repitió que todo estaba arreglado y que estaba de acuerdo con Clara hasta en los menores detalles.

El buen anciano Juan Stephens nos dará la bendición—añadió Jorge,—y espero que sea tan buena como la del doctor Mac-Canon. Confío en que nos otorgarás el honor de ser de la partida, mamá. Date por invitada. Seremos siete ú ocho personas á lo más, y ¡ya verás qué traje de camino más lindo llevará mi mujer!

Más que una retirada, era una vergonzosa derrota la que sufría la Sra. Pínkerton. Apenas si pudo concentrar fuerzas bastantes para retirarse con orden.

Llegó el miércoles, y pasó todo como Jorge lo había anunciado. Sólo estuvieron presentes al acto algunos parientes próximos y amigos escogidos. Fué una de las ceremonias más cordiales y sencillas. Una hora después, Jorge y su mujer tomaron el tren y emprendieron el viaje hacia las montañas.

VIII

Ausentes los novios, no reinó en nuestra casa mucha alegría. Bessie estaba tan distraída con sus cuidados maternos, que no pensaba en otra cosa, y en cuanto á la Sra. Pínkerton, había acabado por desentenderse de todo; de manera que para distraerme tenía que acudir á mis propios recursos.

—El niño está pálido—me dijo una mañana Bessie.—Creo que sería bueno pasearlo en coche hoy arropándolo bien.

—Nada más fácil. Voy á ver si puedo obtener el caballo negro en el establecimiento de alquiler, y volveré á recogeros hacia las tres... Pero ¿para qué abrigar tanto al niño? Si hace un calor de todos los diablos...

—Carlos, el niño no es de tu competencia. Cuídate del caballo. Escoge un buen carruaje, con buenos muelles. Levaremos á mamá... Este paseo lo considero como una fiesta...

A las tres llegué con el faetón y todo el mundo ocupó su asiento. Puse el caballo al paso á lo largo de una bonita calle cubierta de sombra, y dejé charlar á Bessie y á su madre sobre el inagotable tema del heredero Carlos. Al subir por el lado de Linwood ví delante de nosotros á un hombre de cierta edad que andaba penosamente al sol y que se detuvo para enjugarse el sudor de la frente en el momento en que pasábamos.

—¡Calla! ¡Es el Sr. Desmond!—dijo Bessie.

Era, en efecto, el Sr. Desmond, con su pechera de la camisa más reluciente que nunca y con cara congestionada.

—¡Sr. Desmond!—grité, deteniendo el caballo.

—Sres. de Travers y Sra. de Pinkerton, tengo mucho gusto en verles. Hace mucho calor hoy.

—Pero, ¿cómo es que anda V. á pie por aquí, y tan lejos de su casa?—le pregunté.

—Tenía un negocio en Malton. Llegué tarde, en el tren de las tres y cuarenta, y me he decidido á venir á pie hasta Linwood, para tomar la otra línea. Me habían dicho que no había más que unos dos kilómetros escasos.

—Es una verdadera suerte que le hayamos encontrado á usted—dijo la Sra. Pinkerton cortándole la palabra.—Subirá V. con nosotros y le conduciremos á Linwood.

(Continuará.)





CRÓNICA POLÍTICA

SORPRESA manifestaron ciertos periódicos ante la noticia de la mediación de Su Santidad León trece en la divergencia entre España y Alemania, divergencia suscitada sobre una clara cuestión de derecho en la posesión de las islas Carolinas. La aceptación por parte del Gobierno de Berlín fué inmediatamente juzgada por la prensa europea como una solución definitiva y pacífica del conflicto, y todos los españoles sensatos se han felicitado al ver un inesperado desenlace que, ahuyentando toda perspectiva de desastres, calmaba una intempestiva agitación popular que, de no haber sido reprimida con mano fuerte y laudable energía, amenazaba crear graves obstáculos dentro y fuera de España.

Sin embargo, el muy esclarecido nombre del mediador, garantía la más firme de alta imparcialidad, pareció cosa anormal á los que nunca soñaron con designación más perfecta. No era extraño que Su Santidad fuese la persona propuesta por el Gobierno español de un Rey católico. La elección de León XIII era bastante para satisfacer y tranquilizar á la nación española, que en tan respetable personalidad encuentra todas las imaginables y posibles seguridades de acierto, siendo el jefe de la Iglesia bajo cuyas leyes y ense-

ñanzas nos cobijamos. Resuelva ó no el Papa la contienda de conformidad á la bula de Alejandro VI, que al hacer la división de los países entregados á la propaganda consignaba que las Carolinas eran de España, todo el mundo tiene la convicción firmísima de que el venerable Pontífice que hoy dirige con alta sabiduría las conciencias de millones de creyentes, no sabe inspirarse nunca en otros principios que en los del derecho y de la justicia. Pero no puede tener exactamente las mismas ideas ni se encuentra en idéntico caso que nosotros Alemania, país protestante en sus tres cuartas partes y no siempre en muy cordiales relaciones con el Vaticano.

Algunos políticos de Italia son los que más han manifestado su extrañeza y aun su disgusto. No esperábamos, dicen, ese golpe de Bismarck, el hombre de Estado que creíamos muy amigo, ni era de prever que una nación como Alemania viniese ahora á aceptar un acuerdo que tiende nada menos que á reconocer en León XIII el doble carácter de Papa y de Rey, despertando nuevamente las esperanzas del partido güelfo, que nunca abandona la idea de restablecer el poder temporal en plazo más ó menos breve. Esto dicen algunos italianos, á los que han aplaudido y hecho coro nuestros liberales, sin tener en cuenta que la Cancillería de Berlín, antes que atender á susceptibilidades infundadas, está obligada á mirar por los verdaderos intereses de Alemania. Por una parte, el Emperador Guillermo y el Canciller Bismarck han querido ser atentos con España, como en la cuestión incidental les correspondía, y por otra parte no ignora el Canciller que existen quince ó diez y seis millones de alemanes que dependen espiritualmente del jefe de la Iglesia católica, y que estos fieles no podrían dejar de ver con gusto una especie de reconciliación con Roma, después de los sinsabores que en el ánimo de los mismos produjo la pasada guerra de Alemania á los derechos de la Santa Sede. Este acatamiento á la autoridad del Romano Pontífice, es una prueba de que su fuerza moral es mucha y hasta á las naciones protestantes se impone, siendo tanto más significativo tal homenaje, cuanto se tributa á León XIII en una época en que, como ha dicho el *Osservatore*, la Iglesia pasa por una de las mayo-

res pruebas que ha sufrido durante su existencia de cien siglos.

Así, pues, la mediación del Papa, juzgada inverosímil é imposible por los radicales, se convierte en una cosa muy seria, sin que quepa duda que en el caso extremo de ser necesario un fallo, resultará de este mismo fallo una nueva gloria para el pontificado á quien han supuesto sus enemigos muerto, enterrado, desde larga fecha, como enemigo de toda civilización, precisamente en los momentos mismos en que más ha resplandecido la prudencia y el genio del sabio que ocupa hoy la augusta silla de San Pedro.

Ultimamente ha llegado á Madrid la contestación de Alemania á la segunda nota del Gobierno español, y según autorizadas versiones, insiste el Gabinete de Berlín en que el asunto se someta á la mediación del Padre Santo. Si es así, permítasenos decir que algo más pronto, decidido y satisfactorio podía esperarse, en vista de las repetidas declaraciones amistosas hechas por Alemania en los orígenes de este incidente. De todas maneras, nosotros creemos, como cree también la mayoría de la prensa europea, que la cuestión de las Carolinas está en vías de resolverse de una manera satisfactoria, quizás independientemente de la mediación aceptada en principio, reconociendo al fin el Emperador Guillermo la soberanía de España sobre el Archipiélago de la Micronesia que se extiende en la parte meridional de las Marianas.

*
**

Confirma lo que acabamos de decir un diario protestante de Berlín, la *Post*, que en un notable artículo eleva al más alto grado de esplendor el indiscutible prestigio que rodea al Sumo Pontífice en todo el mundo civilizado.

Es un hecho reconocido, dice el diario alemán, que el Papa va á pronunciarse como mediador y no como árbitro; pero también es cierto que el Gobierno alemán es quien ha propuesto á España el arbitraje del Papa.

Esto resulta claramente de las palabras de la carta enviada

el 31 de agosto al Gobierno español: «Si no se llega, dice la nota, á una inteligencia por la vía diplomática, entonces el Gobierno Imperial está decidido á someter la cuestión al *arbitraje* de alguna potencia amiga de las dos partes.» Más tarde, el mismo Gobierno de Berlín declara que está dispuesto á aceptar al Papa en calidad de árbitro. No puede admitirse que Alemania, al presentar la cuestión al Papa, haya cambiado los términos y pedido sencillamente al Papa que haga el papel de mediador. Es de creer que ha sido España la que ha pedido que el Papa no ejerciese sino el papel de mediador.

Después de esta suposición, que nosotros, españoles, debemos sospechar infundada respecto de la acción diplomática, porque es natural, que de existir la petición, haya sido dirigida de común acuerdo, la *Post* desvanece el error que la prensa había principiado á circular de que existiese ya la inteligencia entre España y Alemania, y de que León XIII no tenía que hacer otra cosa más que sancionarla. Pasa luego á explicar las diferencias que existen en procedimientos y efectos entre el arbitraje y la mediación, y en seguida añade:

«El fallo no puede tener efecto, sino siendo dado con arreglo á un punto de vista general. Alemania se ha mostrado dispuesta á someterse hasta al arbitraje; lo mismo aceptará la decisión del mediador.

Ese fallo ó más bien esa opinión del mediador, estará fundada sobre el derecho, no será dado sino después de largos estudios; al mismo tiempo el mediador propondrá un acomodo sobre la posesión efectiva, acomodo que podrá ser admitido por las dos partes.

La curia romana se ha encargado de una cuestión espionosa y difícil. Sin embargo, al propio tiempo se le ofrece ocasión de recobrar su antigua autoridad cerca de los Gobiernos. El Papa, según los deseos de España, no debe desempeñar más que el papel de mediador; pero él lo elevará más alto, porque en virtud de su posición, no puede para él haber gloria en llegar diplomáticamente á una conciliación; *deberá dar al mundo la razón de su opinión, porque su decisión será la base del derecho de gentes.*

La conferencia del Congo decidió que ninguna posesión

sería valedera en los nuevos continentes si el Gobierno poseedor no implantaba en ella la civilización y el cristianismo. Esa proposición forma parte del derecho internacional, y sobre ella está fundado el derecho de Alemania. No puede creerse que el Papa obre contra esa proposición en virtud de una bula del Papa Alejandro VI, porque si el Papa es infalible, es sólo en las cuestiones de dogma, y en la bula no se trata sino de un hecho puramente político.

Apesar de los *intransigentes* de la curia, el mundo espera una sentencia que confirme *la unión de la civilización moderna con las leyes del cristianismo; será una sentencia justa y sabia digna del que ocupa la cátedra de San Pedro.*

Alemania no puede ceder en la cuestión de derecho que sostuvo ya con Inglaterra hace diez años; pero podrá hacer concesiones en cuanto á la ocupación efectiva. Si el Papa llega á hacer que se admita esta opinión por los españoles, habrá hecho dar un buen paso al derecho internacional establecido por la conferencia del Congo y realizará una obra que le atraerá el respeto y el reconocimiento del mundo civilizado.»



Tanto más dignas de ser conocidas, por lo imparciales, son las apreciaciones del diario protestante que acabamos de citar, cuanto más vemos que el periodismo de partido tiende á desconocer los hechos y á desfigurarlos por espíritu de controversia. Con razón observa hoy mismo un corresponsal del *Diario de Barcelona* que, pasada la impresión producida por el resultado de las elecciones francesas, vuelven las oposiciones en España á pedir el poder con la fórmula sacramental que usan los Sres. Arzobispos para pedir el palio á Roma, esto es, *instanter, instantius, instantissime.*

«Yo quisiera—añade,—aunque es imposible, que las oposiciones, ó al menos los que las dirigen, examinaran el asunto con imparcialidad. Yo procuro tenerla y estoy para ello en buena situación, porque ni la pasión ni el interés me mue-

ven, y así, que sin afirmar que el actual Gobierno haya sido en todo feliz, á lo cual nadie puede negar que han contribuído las circunstancias, superiores á su voluntad y á sus medios, muy desgraciadas para la nación, lo que no puede desconocerse es que los errores cometidos por la oposición á que aludo, desde que la hacen, son tales y tan graves, que bastarían en cualquier país á alejarles del poder por muchísimo tiempo. En efecto, empezaron sus hostilidades por la involuible campaña del motín de los estudiantes, asunto que, visto á la distancia que de él nos separa, no habrá quien desconozca, que si de algo se puede acusar al Gobierno, es de flojedad en la represión, y sin embargo, se le acusó de tiránico, de cruel y hasta de *sanguinario*, lo cual ahora resulta completamente ridículo.

Con esta ocasión, la oposición de que voy hablando no vaciló en apoyar á los revoltosos, á los que procuraron dar á aquel suceso un carácter antirreligioso y antimonárquico, lo cual no puede menos de ser contraproducente para llegar pronto, y llegar en buenas condiciones, á ocupar el poder por que suspiran, y en aquella tarea antipatriótica y para sus propósitos absurda, emplearon casi tres mortales meses de una discusión, que por lo infecunda para el país, constituye un verdadero escándalo en nuestra historia parlamentaria. Después de esto, y con el pretexto de la separación del Ayuntamiento de Madrid, pedida antes por todo el mundo, se lanzaron á formar la monstruosa coalición electoral que todos sabemos, pactando con los enemigos jurados é irreconciliables de la Monarquía, no sólo para triunfar en unas elecciones de carácter administrativo, sino con tendencias y propósitos políticos, según entonces declararon, y después no han desmentido, y gracias á un espíritu recto, que no podía ver sin repugnancia aquel nefando consorcio, no pasaron las cosas adelante.

Vino luego la cuestión sanitaria, convertida en arma política por esa oposición, que llegó á decir que el cólera era una invención del Gobierno, preparó y alentó la manifestación del cierre de las tiendas porque se declaró oficialmente la epidemia en Madrid, donde en efecto existía, y donde si no

ha hecho grandes estragos, ha producido víctimas como Pérez Hernández, Gutiérrez (D. Benito) y otros muchos que lloran sus desconsoladas familias.

Por último, y para no hablar sino de lo más importante y característico, surge el conflicto con Alemania, y apesar de todas las habilidades y tergiversaciones, no es posible atenuar la gravedad de los acuerdos adoptados con aquella ocasión en casa del Sr. Sagasta, que sin la alta inteligencia del Rey y la prudencia del Gobierno, hubieran producido una guerra que habría consumado la total ruina de la patria. Ahora bien; ¿tales precedentes inmediatos, son títulos para pedir el poder y para obtenerlo? ¿No aconseja la razón que se deje pasar tiempo para que se olviden los errores, y se corrijan las faltas, rompiendo vínculos peligrosos y defendiendo principios verdaderos de gobierno, para que en su día pueda ejercerse sin peligro del trono ni de la paz interior y exterior del país, que necesita ante todo seguridad en el porvenir, y calma y tranquilidad para reparar sus pasadas y presentes desgracias?»

Sabido es, y mucho lo hemos repetido, que la política española juega con los conflictos nacionales, con el cólera y hasta con los terremotos, agravando de ordinario los conflictos más terribles, siempre que no está en el poder el hombre de su amistad ó el partido de sus ideales.

*
* *

Viene hablando la prensa de los discursos del Sr. Castelar en Vigo y otros puntos de Galicia, en donde el célebre tribuno hace nuevamente apologías de la revolución de setiembre, proclama una y otra vez la conciliación de los liberales y explica á los gallegos la razón y el sentido del triunfo de los conservadores en Francia. Algunos colegas se incomodan, por encontrar contradicciones de concepto en sus discursos. ¡Tiempo perdido! No pasa el Sr. Castelar de ser un orador elocuentísimo, y muy evidente ha sido el objeto de sus últimas campañas veraniegas, ajenas ciertamente á los intere-

ses de la democracia y hasta de la política. Pero el que nació para perorar y en la profesión encuentra sus delicias, fuerza es que perore, y perore por instinto natural y sin fin trascendente, como canta el ruiseñor en la jaula como en la enramada.



Noticias recientes de Kororo dicen que el Sr. D. José Montes de Oca salió de Fernando Póo el 16 de julio, con objeto de hacer un viaje al interior de las islas Elobey, llegó á ellas y desde allí subió el río Muny, entrando por el Naya, el cual ha recorrido en una extensión bastante considerable, en pequeñas canoas del país. Los pueblos por donde ha pasado han quedado todos anexionados á España, según consta de las actas, revestidas de todas las formalidades necesarias que se han redactado.

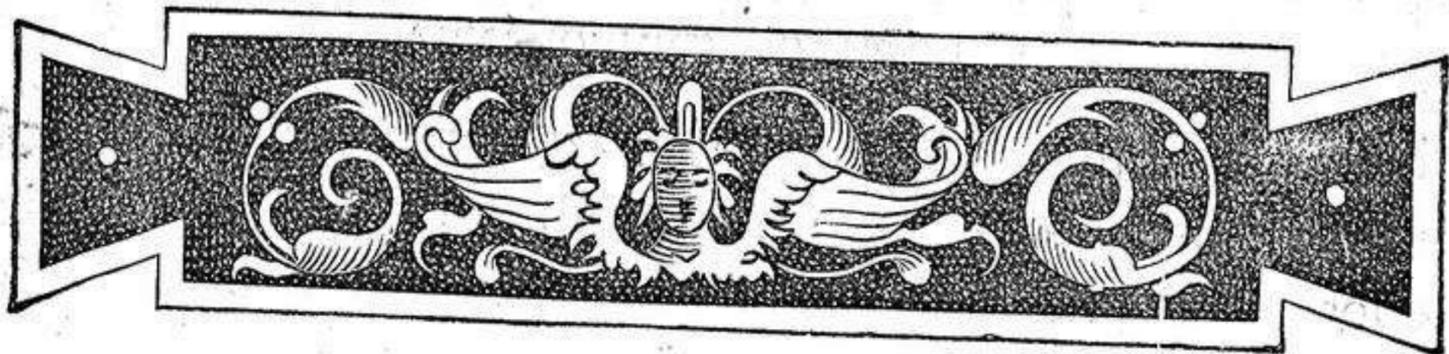
Desde el río Naya pensaba pasar el Sr. Montes de Oca las montañas llamadas Sierra del Cristal y salir á encontrar el río Benito; pero los indígenas están en malas relaciones con el interior, y no se han atrevido á acompañarle, viéndose obligado á atravesar los montes que separan el Naya del Utombong, con intención de pasar luego al Benito.

Acompañan al Sr. Montes de Oca el Dr. Osorio, de la Sociedad de Africanistas, y cinco cubanos que salieron voluntarios desde Fernando Póo, además de 80 á 100 indígenas para trasportar la carga.

Las exploraciones y anexionaciones de territorios vuelven á ser la preocupación de Europa, como lo fueron ya en los tiempos posteriores del descubrimiento del continente americano.

No es extraño que el ejemplo también nos arrastre. La lástima es que la colonización no puede darnos las ventajas que otras naciones buscan en lejanos mares.

A.



REVISTA EXTRANJERA



ABLÓ por fin la voz del sufragio universal en Francia; y nuestros vecinos, hallándose en plena república, acaban de decirnos que no están de acuerdo con los procedimientos republicanos.

Importantísimo ha sido el triunfo de los candidatos de la derecha, al cual corresponde naturalmente otro avance también muy marcado de los partidarios del radicalismo. Este triunfo es sin disputa alguna uno de los hechos más elocuentes de la historia contemporánea; es la condenación de la equívoca política de aventuras; la protesta del sentimiento público contra las faltas cometidas por el oportunismo, al que las elecciones de 1877 y de 1881 entregaron el destino y la fortuna de Francia. Nuestros vecinos se encuentran hoy con un rompecabezas en el Tong-King, con el déficit, la guerra religiosa y los insaciables apetitos que alarman y disgustan. No es extraño que las urnas nos digan que Francia quiere libertad, pero también justicia para todos, paz interior y exterior, buena administración y reformas prácticas que mejoren las condiciones del trabajo, de la agricultura, de la industria y del comercio.

El peligro está en la derecha, dicen los republicanos; pero el país comprende que el centro se inclina por una fatal pen-

diente á la izquierda, y que en la izquierda está la más peligrosa amenaza contra el orden social, y si el país no es amigo de los monárquicos, da cuando menos á entender que rechaza con todas sus fuerzas la anarquía.

*
* *

Las elecciones francesas han sobrecogido por sus resultados á los que militan en uno y otro campo, obligando á todos á discurrir sobre las graves cuestiones puestas de improviso sobre el tapete, bajo el punto de vista político y gubernamental. ¿Cuál será la actitud del Presidente de la República? ¿Qué será y qué hará la nueva mayoría parlamentaria? Tales son los oscuros temas acerca de los que se discute. Dícese que el Presidente ha quedado sorprendido como todos del movimiento de opinión que acaba de producirse, y que está convencido de la necesidad de volver á una política moderada, en vez de dar un nuevo paso hacia los radicales. Dícese también que el Ministerio está á punto de dar su dimisión, y aun se añade que se retirará antes de reunirse las Cámaras, reconstituyéndose, bajo la presidencia de Mr. Brisson, con algunos elementos radicales el nuevo Gabinete, cuyo objeto inmediato ha de ser la liquidación de las aventuras coloniales, el estudio de los medios de restablecer el equilibrio del presupuesto, sin descuidar una campaña en regla contra los partidos monárquicos y contra el clero principalmente.

Parécenos que en todos estos cálculos hay siempre un exagerado prurito de querer penetrar los secretos del porvenir, en unos tiempos en que tan difícil es precisar y fijar las situaciones, por las continuas novedades y fases distintas que de la noche á la mañana los acontecimientos presentan.

*
* *

Son notables las palabras atribuídas al diplomático Príncipe Hohenlohe, acerca de las elecciones del 4 de octubre.

Un corresponsal del *Times* las traslada en los siguientes términos:

«Ni mi Gobierno, ni tampoco los demás, daban particular importancia á estas elecciones. No pensábamos que pudiesen modificar de una manera sensible la marcha de la política francesa, ni que pudiesen ser una cuestión más, entre las grandes que llaman ya la atención de Europa. Cuarenta ó cincuenta votos más ó menos, en la derecha ó en la izquierda, no podían cambiar en nada las bases capitales de la política gubernamental en Francia.

»Pero los inesperados triunfos de los conservadores, añadidos á la ventaja obtenida por el partido de la extrema izquierda, estrechan estas bases hasta el punto de alterar radicalmente el equilibrio gubernamental francés.

»Si las dos izquierdas siguen siendo disidentes, la vida ministerial, cualquiera que sea el Gabinete que se forme, será del todo precaria, y ningún Ministerio podrá contar con el día de mañana, porque es imposible que satisfaga á la vez á los del ala derecha y del ala izquierda, manteniéndose en equilibrio entre dos exigencias tan irreconciliables.

»La única estabilidad posible sólo podría resultar de la alianza de dos fracciones, entre las tres de que ha de componerse la Cámara, y es evidente que semejante alianza no puede producirse sino entre las dos secciones de la izquierda que tienen más ó menos el mismo origen. Pero la cuestión está en saber cuál de estas dos secciones absorberá á la otra. Es improbable que la izquierda radical lleve su disciplina hasta el extremo de inclinarse ante la superioridad numérica de la izquierda moderada; y, por el contrario, es cierto que ésta se inclinaría ante la seguridad numérica, si se presentase del lado de los radicales.

»Ahí está precisamente el interés de la situación, y es bastante importante para que yo me crea obligado á seguirla atentamente. Europa ha podido vivir hasta aquí en buena armonía con la República francesa; pero la República de mañana puede no parecerse en nada á la República de ayer, y el concierto establecido con la una pudiera muy bien llegar á ser imposible con la otra.

»Si los conservadores no quieren valerse de su victoria relativa, más que en interés del país, su más eficaz interven-

ción en los negocios públicos podría fácilmente contribuir á mantener y hasta á mejorar las relaciones entre Francia y Europa. Pero si los conservadores pretenden emplear sus crecidas fuerzas en procurar sustituir, bajo una ú otra forma, el orden de cosas hoy establecido, entonces entrará Francia en un período de disturbios y agitaciones que obligaría á más atenta observación por parte de los hombres de Estado extranjeros, quienes deben, ante todo, calcular las eventualidades del porvenir, ante el que pudieran hallarse. Todo tiene su gravedad, tratándose, principalmente, de un país como Francia, cuyas oscilaciones producen considerable mudanza en los cálculos políticos que á Europa preocupan.

» Esperemos, sin embargo, que cuando la primera efervescencia esté un poco calmada, cada partido comprenderá que la prudencia es el más imperioso de los deberes; porque actualmente, gracias á la evolución que acaba de ejecutar el sufragio nacional, ningún partido es bastante fuerte y dueño de los acontecimientos, para manifestarse impunemente audaz, y bien puede repetirse ahora con más oportunidad que nunca el dicho de Mr. Thiers: «La victoria está reservada al más cuerdo.»

*
* *

Europa sigue también con interés las evoluciones de las nacionalidades en Oriente.

El problema traído al debate por los sucesos de la Rumania, consiste menos en la violación del tratado de Berlín, que en la ruptura del oriental equilibrio.

Las grandes potencias parecen estar de acuerdo, salvas algunas reservas, en reconocer la unión búlgara; pero no es aun conocida la manera de restablecer definitivamente el perturbado equilibrio, calmando las aspiraciones de los pueblos vecinos, y las agitaciones inevitables de Grecia, Servia y Montenegro. Por más que las grandes potencias se esfuercen en contener á los pequeños Gobiernos, no es muy fácil asegurar con acierto que éstos sean bastante fuertes para conte-

ner á sus súbditos. No es fácil predecir que las jóvenes dinastías de Oriente, de origen extranjero, consigan, sin peligro para su existencia, enfriar el patriotismo de los pueblos que las han adoptado.

Grecia, particularmente, se encuentra en una situación que paraliza las mejores intenciones. Los griegos han sido ya engañados, y no quieren volverlo á ser como ocho años hace. En aquella época el Congreso de Berlín les había concedido el Epiro y la Tesalia, consignando el hecho en un párrafo de los protocolos; pero cuando los griegos, llenos de gratitud, quisieron tomar lo que se les había concedido, Turquía se opuso, objetando que un párrafo de los protocolos no podía considerarse un artículo del tratado, y por consiguiente, que los griegos no tendrían el Epiro ni la Tesalia. Con mucho trabajo pudieron las grandes potencias, cuya palabra estaba comprometida, conseguir para sus protegidos una pequeña porción de aquellos mismos territorios que con tanta razón pedía Grecia.

Violando en poco ó en mucho los búlgaros las estipulaciones del Congreso de Berlín, con aquiescencia más ó menos franca de Europa, mal podría ésta protestar en el caso de que los griegos, prevaliéndose de las circunstancias, tratasen de restablecer, en lo que les concierne, aquellas mismas estipulaciones en su integridad primitiva.

No es tampoco menos comprometida que la del Rey Jorge la situación del Soberano de Servia.

La tranquilidad resignada con que Turquía parece aceptar en parte el golpe de Filipópolis, ha tenido la ventaja de evitar complicaciones inmediatas, dando tiempo á las potencias para volver de su sorpresa; pero también ha suscitado codicias que están siempre en acecho, y sólo esperan un momento propicio para manifestarse.

Si nuestra atención se fija en el estado de los ánimos en Oriente y tenemos debidamente en cuenta las irresistibles afinidades de raza y las legítimas ambiciones nacionales, habremos de convenir en que Europa necesita hoy emplear toda su influencia para contener á los servios, á los montenegrinos, á los albanos y macedonios.

Esta es la tarea compleja que incumbe á los Embajadores reunidos ahora en Constantinopla.

*
* *

Parece que los plenipotenciarios han adoptado, como base de las ulteriores decisiones de sus Gabinetes, aconsejar á la Sublime Puerta que el Sultán, por un *motu proprio* de su soberanía, y cediendo á los votos de la Rumelia, proclame la reunión administrativa con la persona del Príncipe Alejandro, de las dos Bulgarias, que, unidas por el tratado de San Stéfano, quedaron separadas en el Congreso de Berlín, conciliando hasta donde es posible este cambio en la organización de la Rumelia Oriental, con todas las demás garantías que á la Turquía da aquel pacto internacional, como son el tributo que debe pagar á la Sublime Puerta y la alta soberanía del Sultán, que la ejerce también en Bulgaria.

Hay, sin embargo, gravísimas dificultades. ¿Se modificará ó no el artículo del tratado de Berlín que da al Sultán el derecho de enviar sus tropas previniendo á las potencias garantes, siempre que así lo exijan el orden interior ó la seguridad exterior de la Rumelia? Es este el verdadero atributo de la soberanía; pero los búlgaros y rumeliotas no podrían aceptar jamás lo que sería una amenaza constante para su independencia y autonomía.

El Rey Milán, al abrir la Asamblea en Nisch, ciudad tan inmediata á la Bulgaria y á la Turquía, ha dejado adivinar que Servia no podría aceptar la violación del tratado de Berlín, si al lado de un Estado de Bulgaria de 3 millones de habitantes, con aspiraciones sobre territorios servios y macedónicos, no se le daban compensaciones en el territorio que se llama la Vieja Servia, ó en las fronteras del Danubio por la parte de Widdin, sitios de donde arrancan los recuerdos de la antigua monarquía servia, y las más grandes victorias que han asegurado su independencia.

El Presidente del Consejo rumano y el Ministro de Negocios extranjeros de Servia han estado: el primero en Viena y Berlín, y el segundo visto al Emperador Francisco José y al

Conde Kalnocky. A su regreso por Pesth, asistió á las declaraciones hechas en la Dieta húngara por el primer Ministro Tisza, en las cuales, además de desaprobado el movimiento de la Rumelia, que dijo haber sorprendido á la Europa, añadió que los intereses del Imperio austro-húngaro y su alianza con la Servia, le impelían á velar por el equilibrio de Oriente establecido en el tratado de Berlín.

Coincidiendo con las primeras reuniones de los representantes de las grandes potencias, llegaron por Andrinópolis los emisarios búlgaros, á fin de impetrar del Sultán que acceda á los deseos de los rumeliotas, aduciendo el hecho de haber restablecido el Príncipe Alejandro las armas y banderas en los edificios públicos de Filipópolis, de haber respetado á los musulmanes sin cometer la menor violencia y de haber asistido en la principal mezquita á las preces por el Sultán.

Confusas y contradictorias son hasta ahora las noticias que se refieren á la actitud de las grandes potencias, ante los hechos de que es teatro la provincia de los Balkanes.

*
* *

Se sabe por los diarios de San Petersburgo que el único acto oficial hasta ahora en Constantinopla es la recepción de la diputación búlgara por el Gran Visir y por los demás Ministros turcos; pero que todavía no es conocida la contestación de los Ministros á las demandas de la diputación y que por lo tanto hay que tener presente que toda solución de la cuestión está reservada á la competencia de las grandes potencias, á las que, como es sabido, se ha dirigido la Puerta.

Acerca de la recepción de la diputación búlgara por el Emperador de Rusia en Copenhague, el señor de Giers ha dirigido al agente diplomático ruso en Sofía el siguiente despacho, que ha sido impreso y distribuido directamente por el cónsul de Rusia, residente en Rustchuk:

«El Emperador ha recibido á la diputación búlgara, á la

que manifestó que los sentimientos de la Rusia hacia la Bulgaria no habían cambiado, apesar de la conducta reciente del Gobierno búlgaro.

»La idea de la unión de las dos Bulgarias se comprende, y Rusia la desearía también; pero el Emperador no aprueba los medios elegidos por la Bulgaria.

»La conducta de la Bulgaria coloca á este país en una situación crítica. El Gobierno imperial hará lo posible para librarla de los peligros que la rodean, poniendo á salvo sus intereses; pero es preciso para eso que los búlgaros permanezcan tranquilos, esperando á que la cuestión haya sido arreglada definitivamente.»

En Constantinopla se decía que algunas potencias han opuesto objeciones á la declaración de los Embajadores, y que ésta no sería entregada sin algunas modificaciones notables por lo menos. Según otras versiones, los Embajadores no habrían tomado actitud alguna sobre la solución que haya de darse al fondo de la cuestión, y se ignoraba todavía el pensamiento de los diferentes Gabinetes en este punto.

El Gobierno austriaco persiste en creer que la unión de la Bulgaria y de la Rumelia bajo el Gobierno personal del Príncipe Alejandro, es una solución apetecible. Por lo demás, este punto es el que actualmente ocupa la atención de las potencias.

Un telegrama de Berlín que publica el *Standard* de Londres anuncia que el Gobierno alemán, contando previamente con la aprobación de Rusia, Austria y la Gran Bretaña, propone á las potencias las siguientes bases de acuerdo para el arreglo de la cuestión de los Balkanes:

«1.º Las pretensiones de Grecia y de Servia á obtener compensaciones territoriales por el engrandecimiento de la Bulgaria serán rechazadas.

»2.º Se aconsejará nuevamente á Turquía que termine sus armamentos con el fin de repeler por la fuerza cualquier ataque contra sus derechos soberanos ó contra la integridad de su territorio.

»3.º En caso necesario, las potencias ejercerán la intervención armada para restablecer la paz en los Balkanes.

»Las potencias se comprometerán á observar las anteriores reglas de conducta durante el actual conflicto.»

Es de notar que en las anteriores bases se hace caso omiso del punto relativo á la unión de la Bulgaria y de la Rumelia, que es precisamente la cuestión capital, cuya solución está encomendada á las grandes potencias.

Graves son los problemas y difíciles las soluciones, como siempre que luchan intereses opuestos y de importancia. La guerra sería hoy en Europa una calamidad terrible. Creemos que se encontrarán fórmulas eficaces para evitarla, por más alarmantes que sean los telegramas y las noticias acerca de armamentos extraordinarios y militares aprestos.

Libre Dios á Europa de una conflagración en que tantas naciones se verían envueltas y comprometidas.



Estas cuestiones orientales y los sucesos que en estos momentos se desarrollan en Francia, son los que ocupan casi exclusivamente la atención de la diplomacia.

La prensa alemana explica el movimiento actual por la imperiosa necesidad en que está Francia de inclinarse, cada diez y ocho años próximamente, ora á la izquierda, ora á la derecha, y al efecto recuerda á la actual situación los acontecimientos del segundo Imperio, los del reinado de Luis Felipe y de la restauración en 1815. Esta necesidad forma, á su modo de ver, parte esencialísima de la idiosincracia de un pueblo que reúne elementos de expansión y de vitalidad, superiores á los de las demás naciones europeas.

El espíritu francés viene revelándose hasta en las anécdotas que suelen formar las delicias de un público ávido siempre de buenas impresiones. Prescindiendo de la crisis política, ó mejor dicho, como elegante ó quizás frívolo corolario de ella, sacan á relucir con insistencia muchos periódicos, particularidades sin cuento de determinados personajes, como por ejemplo, de la Princesa María de Orleans, próxima á

casarse con el Príncipe Waldemar, y de toda la familia de los Orleans que ocupó un día el trono y que bien pudiera de nuevo ser llamado á regir los destinos de Francia.

No hay cualidades que no tenga la Princesa María, cuya joven agraciada reanuda las antiguas alianzas de su familia con las casas reinantes de Europa. Refiérese, á propósito, un incidente relativo á su padre el Duque de Chartres, de quien en lo moral es un vivo retrato dicha Princesa.

«Roberto de Orleans, muy joven aún, salió de la Escuela Militar de Turín con el empleo de subteniente y el núm. 2 en la lista de clasificación, lo cual demostraba elocuentemente su aprovechamiento.

Incorporado al regimiento de caballería de Niza, y montando siempre un hermoso caballo blanco que le había regalado el Rey de Cerdeña, se batió bizarramente en Borgo, en Palestro y en otros campos de batalla: merced á su brillante comportamiento, ascendió pronto á teniente y luego á capitán, con aplauso de sus compañeros de armas, que le profesaban ardientes simpatías.

Estaba en su elemento el joven Duque, cuyo carácter nervioso, genial y arriesgado, no podía ser más apropiado para la carrera militar que había abrazado.

Pero un día se supo con gran sentimiento en Turín que el ya brillante oficial del ejército sardo había presentado su dimisión, apesar de su amor á la profesión de las armas.

Un sentimiento de pundonorosa delicadeza había dictado aquella resolución.

El ejército á que pertenecía como hijo adoptivo iba á invadir los Estados Pontificios, y el Duque de Chartres se dijo que un hijo de la casa real de Francia no debía empuñar su espada contra la Santa Sede.

En su virtud, el mismo día en que las tropas del Piamonte penetraban en Las Marcas y rebasaban las fronteras papales, Roberto de Orleans entregaba su renuncia al Ministro de la Guerra de Víctor Manuel, y se retiraba del servicio.

Durante la guerra de sucesión en los Estados Unidos, el Duque de Chartres, destinado por la fatalidad á combatir siempre bajo estandartes extranjeros, porque el destierro del

suelo patrio le impedía hacerlo á la sombra de la bandera de Francia, se alistó en el ejército de la Unión.

En cierta ocasión, el General americano, que mandaba el cuerpo de ejército de que formaba parte el Príncipe, le ordenó que se apoderase de un edificio fortificado, que se divisaba á lo lejos del cuartel general.

Lanzóse á galope Roberto de Orleans, seguido de algunas fuerzas de caballería, y se fué derecho al punto indicado. El enemigo les dejó acercarse, y cuando estuvieron á 20 metros, les recibió con un nutrido fuego de fusilería: en cada ventana había cinco ó seis defensores, que acribillaban á balazos á la escasa fuerza del de Chartres, que en un momento quedó diezmada.

Entonces el Príncipe, lejos de retroceder, echó pie á tierra y mandó que los demás le imitaran, tomó la carabina, que aún empuñaba uno de los soldados muertos, y seguido de los suyos, se precipitó hacia las puertas del edificio, que apesar de tener parapetos detrás, cedieron al empuje de aquel puñado de valientes: los sitiados, desconcertados al verse sorprendidos de aquella manera, pagaron bien caras las bajas que habían causado á los asaltantes y se rindieron á discreción, después de un rudo combate cuerpo á cuerpo.

La carabina del soldado muerto, que el Príncipe usó en aquella memorable jornada, figura en las panoplias de sus armas de honor: la Princesa María profesa una especie de culto á la humilde carabina, que parece simbolizar el valor y el temerario arrojo de su adorado padre.

El palacio de la calle de Jean-Goujou, donde se han deslizado la adolescencia y la juventud de la Princesa María, fué adquirido por su padre en 1874. Antes había pertenecido á aquel famoso Príncipe Demidoff, que durante algún tiempo asombró á París con sus prodigalidades, su fausto oriental y sus incomparables rasgos caritativos también.

La suntuosa morada del opulento magnate ruso recibió algunas modificaciones más en armonía con la sencillez y el delicado instinto artístico del Duque de Chartres, que ha hecho del palacio del barrio de los Campos Elíseos un nido del arte y del buen gusto.

Allí se ven hoy una magnífica biblioteca, un taller de fotografía y una sala de armas. Ingres, Horacio, Vernet, Gustavo Doré y otros grandes artistas han abrillantado con sus obras la preciosa residencia donde la futura Princesa de Dinamarca ha cultivado las ciencias y las letras y donde ha descansado de los largos viajes á que tan inclinado es el Duque su padre, y en los que casi siempre le ha acompañado la hija adorada.»

No cabe dudar de la veracidad de estas anécdotas. Pero, ¿no son también un reclamo? Múltiples y tortuosos caminos sigue también la propaganda política en nuestros días, y la prensa no deja nunca de ser un ariete inconscientemente demolidor y de trabajo constante.

Mucho ingenio tienen los franceses al pintarnos á los alemanes; pero mucha más razón tienen algunas veces los alemanes al apreciar el espíritu de los franceses.

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Afirmaciones católicas, por don VICENTE DE MANTEROLA, *canónigo penitenciario de la Santa Iglesia Catedral Primada de Toledo.*—Segunda edición.—Un tomo en 8.º mayor de 552 páginas con el retrato del autor.—Madrid, 1885.—Véndese al precio de 4 pesetas en casa del editor D. José del Ojo y Gómez (San Bernardino, 10, segundo derecha) y en las principales librerías.

Hace ya diez y siete años discutíase en las Cortes constituyentes de la revolución la libertad de cultos. Acababa de embebercer Castelar á sus oyentes con un elocuentísimo discurso, cuando desde la extrema derecha de la Cámara se levanta á impugnarle un diputado apenas conocido que viste el traje de sacerdote: fijanse todas las miradas en aquel hombre de aspecto simpático y continente modestísimo; asómbranse todos de que haya quien se

atreva á combatir al príncipe de los oradores parlamentarios; pero cuando el sacerdote habla y empieza á exponer con lógica incontestable y sencillez extraordinaria las razones que tiene para pedir que no se rompa en España la hermosa tradición de la unidad católica, siéntense los representantes del país embelesados por la erudición inmensa, la facilidad de palabra que da á los períodos deleitable armonía, y el clarísimo talento, en fin, del orador D. Vicente de Manterola, canónigo magistral de Vitoria, que desde aquel momento hízose célebre en nuestra patria.

Trascurren algunos años, y en 1876, si no nos es infiel la memoria, nótase que acude desusada concurrencia á la iglesia de San Antonio del Prado, y que en aquélla, cosa también desusada, predominan los hombres. Es que todas las tardes hace oír su voz desde

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

la sagrada cátedra el ilustre predicador D. Vicente de Manterola, y la muchedumbre asiste á San Antonio ansiosa de enseñanza, deseando sentir afirmarse su fe, los tibios, y que renazcan las antiguas creencias, aquellos que tuvieron la gran desgracia de perderlas. Y no se engañaron ciertamente. Empeñado el Sr. Manterola en la magnífica tarea de combatir errores y preocupaciones, ataca duramente á la doctrina espiritista, tan contraria á los sentimientos religiosos como á la misma razón humana. Comprende el Vizconde de Torres Solanot el desastroso efecto que, para los engañados espiritistas, ocasiona la irrebatible dialéctica del P. Manterola, y desde las columnas del periódico *El Globo* le reta á una detenida polémica en el libro sobre aquella cuestión. Acepta gozoso D. Vicente de Manterola, cual siempre que se le ofrece oportunidad para defender los principios de la Iglesia católica, y á poco publica una obra notabilísima en que desmenuza y tritura las pretensiones de los ilusos partidarios de Allam Kardec. ¿Qué hace, entretanto, el ufano retador? Se calla, porque no se atreve á presentarse en el terreno que él mismo eligiera. No tiene una objeción que oponer á cuanto el Padre Manterola dice en un libro que derrumba el edificio espiritista.

He aquí dos grandes triunfos logrados por D. Vicente de Manterola.

Un tercer triunfo acaba de conseguir con su obra titulada *Afirmaciones católicas*, cuya segunda edición, á poco tiempo de haberse impreso la primera, es señal clara de la gran aceptación que ha obtenido. Tres temas harto difíciles son los que magistralmente desenvuelve en esta obra el Sr. Manterola, á saber: la intolerancia

doctrinal de la Iglesia, el celibato eclesiástico y la autoridad pontificia. Querer dar idea á nuestros lectores de los sublimes conceptos en que abunda el trabajo de aquel insigne sacerdote, sería loca pretensión. Falto de competencia, sólo tenemos sentidos para admirar las bellezas de la obra, sin que nos sea dable detallar tantos rasgos de ingenio, tanta elocuencia y tal suma de perfecciones.

¿Hay alguien que no conozca aún el estilo galano y correctísimo del Padre Manterola? Pues lea una cualquiera de las páginas de *Afirmaciones católicas*, la primera del primer capítulo, para no ir más lejos, en que dice:

«Cuando tanto se encarece, acaricia y ensalza la tolerancia; cuando en todas partes se levantan altares á ese ídolo de los tiempos modernos; cuando se la eleva y coloca en primer término entre las preciosas conquistas de la civilización contemporánea, justo es que nos detengamos á examinar el verdadero sentido de la palabra, con tanto énfasis y tanta frecuencia repetida.

»Si por tolerancia se entiende la transacción entre la verdad y el error, la indiferencia ó no distinción entre la verdad y el error, la igual aceptación de la verdad y del error, la tolerancia es una idea completamente absurda, y en este sentido no puede ser defendida por quien no haya perdido el juicio ó no sienta trastornada su razón.

»La verdad fué, es y será siempre intransigente con el error. Es porque la intolerancia doctrinal está en la naturaleza misma de las cosas. Si yo afirmo una cosa, niego su contradictoria, porque dos proposiciones contradictorias no pueden ser ambas verdaderas; y en esta negación consiste

puntualmente la intolerancia de la verdad. Sí; porque la negación es la pena de expulsión que nuestra inteligencia impone al error, es la sentencia de condenación que contra el error formula el entendimiento del hombre.»

Y así prosigue el Sr. Manterola hasta el término de su trabajo, en todo el cual fluyen los razonamientos con la misma serena limpieza que las transparentes aguas de tranquilo manantial.

Tocante á la parte tipográfica, el libro reúne las mismas condiciones de elegancia y buen gusto, que cuantos ha publicado el editor D. José del Ojo y Gómez, quien cuidando sólo de difundir los sanos principios religiosos, desecha todo intento de lucro. El papel es excelente y los caracteres muy claros: basta decir en su elogio que está impreso en el establecimiento de los sucesores de Rivadeneyra. Acompaña al libro un buen retrato de su autor D. Vicente de Manterola, con el facsímile de la firma.

Entre las muchas obras que el señor D. José del Ojo ha publicado, merecen particular mención la que contiene las magníficas conferencias del P. Cámara, tan unánimemente aplaudidas (cuya obra se vende á dos pesetas), y la novela *Guerra sin cuartel*, compuesta por el Sr. Suárez Bravo y premiada por la Real Academia Española. Más adelante hablaremos de este trabajo detenidamente.

No desmaye en sus nobles propósitos el Sr. D. José del Ojo y Gómez, al cual enviamos especialísima enhorabuena.

*
* *

Gramática inglesa: método teórico-práctico, por MANUEL BLASCO Y

AMIGÓ, *catedrático numerario de esta asignatura, en el instituto provincial de segunda enseñanza de la Coruña.* —Un tomo en 4.º de 228 páginas.— Coruña, 1885. Se halla de venta en dicha ciudad al precio de cinco pesetas.

Pocas empresas exigen estudio más detenido y meditación más larga que la de componer una gramática en que debe enseñarse la estructura y peculiar modo de ser de un idioma extranjero. Hácese preciso, para salir airoso de tan difícil empeño, reunir muy especiales condiciones, que rara vez concurren en una misma persona: firme voluntad para perseverar años y años en el estudio de una sola materia y práctica de la enseñanza, que constituye quizás el más importante de todos estos requisitos fundamentales, porque enseñando es como se logra descubrir el modo de facilitar la comprensión de las reglas al alumno y como se tocan los defectos de los tratados gramaticales.

Pues bien; todas estas cualidades reúnelas en alto grado el señor don Manuel Blasco y Amigó, quien hace más de veinte años que se dedica con fruto extraordinario á la enseñanza de idiomas, particularmente el inglés. Es el Sr. Blasco hombre de suma actividad, está dotado de clarísimo entendimiento y conoce á fondo las relaciones íntimas y carácter filosófico de las lenguas. Producto además su gramática inglesa de bastantes años de maduro examen, no es maravilla que la podamos calificar de «verdaderamente notable,» y con esto no hacemos más que repetir lo ya dicho por personas de indiscutible competencia al dar la enhorabuena á su distinguido compañero Sr. Blasco.

Siendo muchas las gramáticas escritas para que los españoles apren-

dan la lengua de Shakespeare, entre las cuales recordamos en este momento las de Robertson, Bergnes de las Casas, Ollendorff, Peña, Cornellas y Ayuso, personas todas muy ilustradas, parecía punto menos que imposible hallar medio hábil para que resultase cierto sello de novedad en el trabajo, apartándose con provecho para la juventud de la senda trillada por los pasos de los autores precedentes. Y, sin embargo, ha conseguido esto el Sr. D. Manuel Blasco, triunfo que bastaría para hacer su elogio.

Plácenos sobre manera lo modestamente que en el prólogo aparece el autor pues no se dedica á encomiar los méritos de su obra, y menos á deprimir los trabajos análogos de los demás. Concrétase con plausible sencillez á llamar la atención sobre varias de las innovaciones que ha introducido. Recordamos, entre otras igualmente importantes, las que siguen:

1.^a La separación del conocimiento de las partes del discurso, de lo relativo á estas mismas en el orden gramatical, con los modismos, idiotismos, régimen y acepciones de las proposiciones, novedad que no suele hallarse en las gramáticas, y que es merecedora de especial alabanza, porque facilita el conocimiento progresivo del idioma.

2.^a Las reglas de pronunciación, las cuales, aunque al pronto parecen extensas, se aprenden fácilmente y se hallan tan bien entendidas que no escapa nada y puede el que las conozca dominar parte tan principal en el estudio del idioma inglés.

3.^a Las reglas para la división en sílabas son sencillas, claras, y no sabemos que se hallen en más gramática que en la del Sr. Blasco.

4.^a La conjugación de los ver-

bos la presenta también de una manera muy sencilla, y las reglas relativas á los pronombres, casos y géneros facilitan mucho el conocimiento gramatical y propiamente literario del idioma.

Nuestros lectores comprenderán por lo dicho que el Sr. D. Manuel Blasco y Amigó ha prestado un servicio con la publicación de su gramática, la cual deben preferir resueltamente los que deseen emprender con fruto el estudio del repetido idioma. El profesorado de segunda enseñanza—y permítasenos esta digresión—que tantas pruebas viene dando de su indiscutible aptitud; que tanto se afana por instruir á los jóvenes, y compone libros como el del Sr. Blasco, es bien acreedor á que se le recompense en cierto modo, concediéndole el premio gradual de antigüedad por quinquenios, para que desaparezca la incomprendible anomalía de que, después de veinte, treinta y hasta cincuenta años de enseñanza, disfrute un catedrático el mismo corto sueldo que al principio. Tenemos entendido que pronto se remediará esto, y sea cualquiera el Ministro que tome determinación tan justificada, enviámosle de antemano nuestra enhorabuena.

Hemos concluído: plácemes mil para el Sr. D. Manuel Blasco y Amigó, que confiamos obtendrá del Gobierno y del público la recompensa que merece, alentándole aquél á que persista en tan buen camino y prefiriendo éste su notable *Gramática inglesa*.

Las condiciones tipográficas del libro honran á la imprenta de la Coruña en que ha sido compuesto. Claridad y limpieza en los tipos, y excelente papel, recomiendan la obra.

R. A. SEREIX.